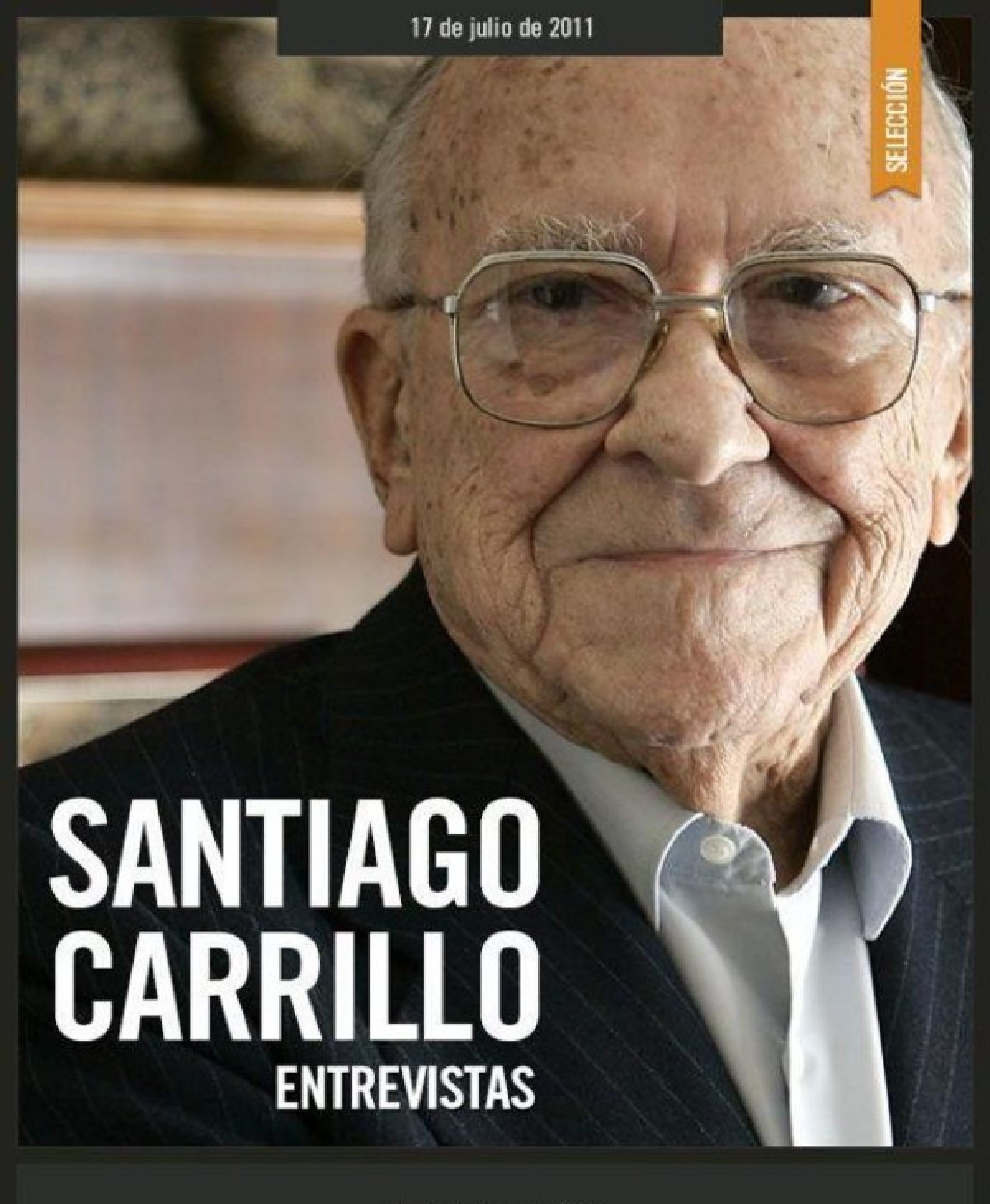

17 de julio de 2011
SELECCIÓN
SANTIAGO
CARRILLO
ENTREVISTAS

EL PAÍS

Entrevistas a Santiago Carrillo

Prólogo

“Si fuera a España me entrevistaría con el Rey y con Suárez”

“Suarez marcha sobre un hilo fino para neutralizar a las fuerzas democráticas y a las neofranquistas”

“La ofensiva contra el «pacto de la Moncloa» proviene del «bunker» económico”

“El proyecto para las municipales está orientado a establecer un bipartidismo”

“Si Calvo Sotelo sustituye a Suárez el PCE le hará la vida imposible”

“Si UCD se empeña en gobernar en solitario se convertirá en el primer obstáculo para la democracia”

“Los que no respeten los acuerdos del X Congreso serán expulsados del partido”

“Ya he chocado otras veces con la mayoría”

“No comprendo de dónde saca Izquierda Unida el dinero”

El hombre de los ojos grandes

El viejo zorro

“Veo que vienen a escribir mi necrológica”

“Mi balance no lo veo negativo”

“Los comunistas fuimos los ateos más creyentes”

“Mi palabra favorita en Madrid es ‘chachi”

‘Hágase el milagro, hágalo el diablo’

“Sigo teniendo la mala leche de siempre”

Un resistente de la política

“Don Juan Carlos supo renunciar al poder dictatorial heredado”

“Este país no se parece nada al de julio de 1936”

“Cuando escucho a algunos obispos me viene a la memoria 1936”

“De Juana es un terrorista y un desgraciado, pero ha cumplido su condena”

“Es triste que el heredero del PCE-EPK sea Ezker Batua

“No imaginábamos una guerra”

Prólogo

Pocos meses después de la muerte de Franco, Santiago Carrillo recibió un mensaje indirecto del rey don Juan Carlos pidiéndole que su partido, el PCE, tuviera paciencia para ser reconocido como un actor legal en el marco político de España. Carrillo ya vivía clandestinamente en Madrid, en un tiempo en que no todos los partidos, aún ilegales, gozaban de la misma tolerancia. Años atrás había lanzado las ideas de reconciliación nacional y pacto por la libertad, pero la operación encabezada por don Juan Carlos y por Adolfo Suárez para organizar la democracia no incluía inicialmente al PCE, entre otras razones por temor a la reacción de los militares que habían sido compañeros del dictador.

Carrillo consiguió esa legalización, a base de renuncias que favorecieron el clima de tranquilidad necesario para convocar las primeras elecciones. La aportación de Carrillo a la Transición fue el punto culminante de una vida política iniciada como revolucionario en la II República y continuada hasta su expulsión del PCE, en 1985, cuando la plena participación de este partido en el sistema democrático le había conducido, paradójicamente, a la irrelevancia. Esa exclusión le convirtió en observador de la actualidad, cada vez más inquieto por la derechización de la vida pública española.

Todo ello sin renunciar a su pequeña afición personal: ser la ruina de las campañas antitabaco.

Joaquín Prieto

19 de septiembre de 2012

Foto de portada: **Ricardo Gutiérrez**

“Si fuera a España me entrevistaría con el Rey y con Suárez”

Declaraciones de Santiago Carrillo

13/08/1976

En su propósito de ofrecer responsablemente una información válida sobre el panorama político español EL PAIS publica hoy una entrevista con Santiago Carrillo, secretario general del PCE. Algunos semanarios, como *Cuadernos para el Diálogo, Guadiana* **o** *Por Favor*, **lo hicieron ya con anterioridad. El señor Carrillo puede suscitar filias o fobias. Pero no tendría sentido tender sobre él una manta de silencio. El régimen del general Franco lo hizo y bajo su mandato el PCE alcanzó unas cotas de afiliación e influencia que han transformado en una gran formación política el pequeño partido de 1936. Entiéndase que resulta imposible lograr un mínimo nivel de objetividad e incluso de independencia en este país sin escuchar las razones de todos los**

españoles. Por eso cedemos hoy la palabra al secretario general del PCE.

La familia Carrillo está haciendo las maletas. Dentro de unos días, de unas semanas, su casa de Champigny Sur Seine, en una de las barriadas de la periferia de París, quedará vacía. Otro piso, en el barrio madrileño de Las Ventas después de casi cuarenta años de exilio, acogerá a Carmen, la esposa, barcelonesa, que el pasado 3 de julio ya se despidió definitiva mente de la farmacia en la que trabajó como empleada.

En estos momentos sólo les que da pendiente el último detalle: el pasaporte del jefe de la familia Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España.

Carrillo, nacido hace 61 años en Gijón, vivió desde los nueve años en Madrid. Cuando empezó la guerra era secretario general de la Juventudes Socialistas. Su ingreso en el Partido Comunista de España se realizó en el momento de la defensa de Madrid, en noviembre del año 36, cuando se unieron las Juventudes Socialistas y Comunistas. Al exiliarse, a los veinticuatro años de edad, era secretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Su exilio tuvo varias patrias: México, Estados Unidos, Argentina, África del Norte. En 1944, a la hora del desembarco de las tropas aliadas en la última guerra mundial, fijó su residencia en Francia: hasta finales de este mismo año fue clandestino. Después vivió libremente hasta el año 50, para estar de nuevo en la clandestinidad durante dieciocho años. Su nueva vida libre duró tres años. Y, por fin, en 1974, Giscard d’Estaing, al ser elegido presidente de la República francesa, legalizó su situación definitivamente.

A raíz de su visita al embajador de España, Carrillo fue interrogado por EL PAIS en la capital francesa sobre su porvenir y el

de su partido.

Mi regreso favorecería el diálogo entre el gobierno y la oposición

EL PAIS: ¿Qué hará, señor Carrillo, si obtiene el pasaporte?

Carrillo: Ultimar detalles y, en dos o tres días, coger el avión de regreso a España, con mi familia.

EL PAIS: Imagínese en España: ¿estaría dispuesto a entrevistarse con el Rey o con el presidente del Gobierno, señor Suárez?

Carrillo: Sin duda alguna, me entrevistaría con el Rey y con Suárez. Pero de manera pública, sin tapujos, para exponer las posiciones del Partido Comunista sobre los problemas actuales.

EL PAIS: Según reveló en Roma días pasados, durante los últimos seis meses ha ido a España, clandestinamente, varias veces. ¿Cómo encontró el país, respecto al año 39?

Carrillo: Visité no sólo Madrid, sino varias regiones. Pero no vi España con la libertad que me procurará, espero, el pasaporte en la mano. El desarrollo de los grandes centros urbanos me impresionó tanto como el retraso de algunas áreas del agro español. Ahora bien, de todas maneras, he reconocido a mi patria. En Madrid hice el peregrinaje hasta la Casa del Barco, una casa de vecinos, en Cuatro Caminos: aquí vivía yo. Aún existe, pero ha cambiado mucho su entorno. También fui hasta la Dehesa de la Villa, en donde vivía un gran amigo de mi padre, Largo Caballero, pero no encontré ni rastro de la modesta casa que habitó.

EL PAIS: Su eventual vuelta a España, ¿cree que favorecerá el diálogo entre el Gobierno y la oposición?

Carrillo: Si realmente el Gobierno desea negociar con la oposición, mi regreso no puede más que favorecer ese diálogo.

EL PAIS: ¿Las manifestaciones democráticas del Gobierno desunen a la oposición?

Carrillo: No solamente no lo creo, sino que, por el contrario, la oposición cada día que pase, se fortalecerá y ampliará.

El Gobierno provisional debería respetar las bases americanas en España

EL PAIS: En la coyuntura actual, ¿cuál sería la misión de un Gobierno con participación de todas las fuerzas políticas, en lo económico, en materia diplomática y, más concretamente, cara a la construcción europea?

Carrillo: Un Gobierno provisional, que tendría vida limitada, no podrá resolver plenamente los problemas económicos del país. Su objetivo sería más modesto en este terreno: frenar la inflación y el alza del coste de la vida. Abordar el problema del paro, uno de los más graves, con un plan de urgencia de construcción de escuelas, de hospitales y de otros servicios públicos, además de garantizar un seguro a los parados, pensiones a los más modestos y aumento - de los precios agrícolas, particularmente a los propietarios medianos y pequeños.

Pero ese Gobierno no debería proponerse otras transformaciones y cambios ambiciosos que deteriorarían la economía y, con ello, dificultarían el nacimiento de la democracia. Los problemas estructurales ya se abordarán en su día en las Cortes.

En el plano diplomático, lo primero es aplicar, consecuentemente, los acuerdos de Helsinki y revisar el Pacto Ibérico, adecuándolo a las circunstancias actuales. Por otro lado, aunque nosotros nos

oponemos a las bases extranjeras, el Gobierno provisional debería respetar las bases americanas en España, a condición de que Estados Unidos no se mezclara en los asuntos internos españoles. Y esto último, en espera de una negociación internacional que afronte el problema de las bases extranjeras tanto en el bloque americano corno en el soviético. Por lo que concierne a la construcción europea, habría que iniciar rápidamente las gestiones para que España ingrese en la CEE.

EL PAIS: A propósito del bloque soviético: ¿opina usted que la URSS y demás países del Este europeo llegarán a superar algún día la dictadura del proletariado?

Carrillo: Creo que sí, que superarán la dictadura del proletariado, asumiendo formas democráticas de Gobierno. Y, sobre todo, pienso que un socialismo democrático, en países de economía desarrollada, ayudará la evolución de esos países.

EL PAIS: Sin embargo un número muy elevado de españoles no cree en la sinceridad del Partido Comunista Español cuando explica sus diferencias de fondo con el comunismo soviético.

Carrillo: Todo el mundo sabe que entre mi partido y el soviético existen diferencias importantes sobre la concepción del socialismo y sobre ciertos aspectos de la diplomacia de la URSS, como su intervención en Checoslovaquia, por ejemplo. Estas diferencias quedaron expuestas, explícitamente, en Berlín. Y, además, ya habían sido manifestadas con anterioridad. Es posible que los soviéticos prefiriesen una dirección del PCE que estuviera de acuerdo con sus puntos de vista. Pero quien decide sobre su dirección es el Partido Comunista de España. Y sólo él.

Yo no soy un asesino

EL PAIS: ¿Cómo es Carrillo?

Carrillo: Ni tan grande como algunos piensan, ni tan bueno como yo me creo, ni tan malo como dicen los ultras. Lo que no soy, desde luego, es un asesino. Creo ser un hombre que, a sus años, no cortos ya, ha acumulado cierta experiencia, humana y política. Un hombre que, por imperativo del exilio, ha conocido el mundo, ha intentado aprender en las lecciones de nuestra propia historia y en la de otros pueblos. Y también un hombre que ve la España de hoy con ojos distintos de los que la miraban durante los años treinta. En fin, por haber participado en la guerra y por haber sufrido la derrota, no deseo otra prueba semejante para mi país, ni que ningún español tenga que sufrir lo que sufrimos los que perdimos la guerra.

EL PAIS: ¿Por qué cree usted que no le dejan volver a España?

Carrillo: Hasta ahora hubo en los Gobiernos anteriores una resistencia, no confesada, a proclamar el fin de la guerra civil. La oposición a mi vuelta, como a la de otros exiliados, se debía a ese estado de espíritu. Pero, ahora, cuando parece claro que hay que liquidar la guerra, lo que queda es una especie de mitificación, como si el que volviéramos «Pasionaria» y yo fuera a producir un seísmo. La realidad es que nuestro regreso a España contribuirá a descargar la atmósfera de electricidad y a desmitificarnos. Si el Gobierno, como lo espero, me da el pasaporte, no sólo me quitará a mí algunos dolores de cabeza, sino que se los evitará también.

EL PAIS: ¿En dónde piensa instalarse al volver a España?

Carrillo: En Madrid, aunque uno de mis primeros viajes será a Gijón, mi pueblo.

EL PAIS: ¿Cómo es, en estos momentos, una jornada de Carrillo?

Carrillo: Empieza a las ocho, desayunando y leyendo la prensa, termina a las doce de la noche. Me veo con camaradas, con hombres políticos de tendencias diversas, escribo artículos, recibo a periodistas españoles o internacionales, pero el tema Je cada una de las jornadas de mi vida ha sido y supongo que será siempre el mismo: España. Por esto, precisamente, puedo decir que cuando pisé tierra española clandestinamente no sentí la emoción de otros exiliados, porque, en realidad, nunca me he sentido alejado de mi país. En estos momentos, también estoy escribiendo un libro sobre el Estado.

EL **PAIS:** ¿Será heterodoxo en el marco del marxismo?

Carrillo: Ya veremos.

EL PAIS: Sus admiradores dicen que es usted un gran estratega. Otros simplifican y hablan del «animal político». Pero, hasta la fecha, toda su acción, prácticamente, se ha desarrollado en la clandestinidad. ¿Qué ocurriría si se legalizara el partido y usted se encontrara en España a la luz del día?

Carrillo: Creo que es mucho más difícil emerger de la clandestinidad, en donde no hay *marketing,* para fabricarse una imagen. En todo caso, para el futuro, yo sé que mi vida tiene sus límites, como la de cualquier ser humano.

EL PAIS: ¿Cree usted que el poder, en España, en Francia y, de manera general, en Occidente, debe ser el objetivo número uno de los partidos comunistas?

Carrillo: El objetivo número uno es la transformación socialista de la sociedad. Y, en España, concretamente, es la democracia. Esto significará la llegada al poder de las fuerzas que quieren este objetivo. Pero dichas fuerzas no son sólo las comunistas, sino las

socialistas y las partidarias de un auténtico progreso democrático. Por esto, la toma del poder por el partido no se plantea así. Se trata de la llegada al poder, por medios democráticos, del conjunto de fuerzas obreras y democráticas, diversas, plurales, que puedan realizar entre sí un compromiso histórico.

EL PAIS: ¿Sospecha usted que los Estados Unidos, de manera muy especial, y otros muchos países occidentales obstaculizan la legalización del Partido Comunista de España?

Si se cree a algún comentarista anglosajón de gran fama, parece que Kissinger intervino en al sentido, así como el embajador norteamericano en Madrid. Hoy, precisamente, he comido con Sulzberger, el editorialista y copropietario, del *New York Times*, y él considera improbable una intervención de este género, ya que, de realizarse, pondría en entredicho la inteligencia y el realismo político de Kissinger.

EL PAIS: ¿La pretendida evolución, en el sentido democrático, de los partidos comunistas occidentales modificaría el sentido de los partidos socialistas?

Carrillo: Sí, al hacerse los comunistas más democráticos, los socialistas, paralelamente, se hacen más socialistas. Ello conducirá a formas de unión que permitirán superar la escisión del año 1920.

El Partido va a perder la mística de la clandestinidad

EL PAIS: Otro tema distinto: en la reciente conferencia de los partidos comunistas europeos en Berlín, usted declaró que la URSS ya no existía en tanto que «Vaticano del comunismo». ¿Y a nivel de partido, del suyo concretamente, la dirección y sus estructuras de

centralismo burocrático, ha dejado, también, de ser el «Vaticano» de los militantes?

Carrillo: La pregunta no es oportuna, cuando se dirige a un partido como el nuestro, cuya, única fortuna es la persecución y cuyos dirigentes viven en las catacumbas, en la cárcel o en el exilio. Lo que sí puede decirse es que el PCE, al salir de esta situación, se hace más democrático, más transparente, pierde la mística de la clandestinidad y se dispone a obrar a la luz del día, sin misterios, ni dogmas, ni ritos, como corresponde a un partido demócrata de la clase obrera.

EL PAIS: Su partido actúa en España con una notable falta de humildad. Y la humildad es aconsejable mientras no se triunfe en las urnas, lo cual no ha sido logrado por ningún partido comunista en Europa Occidental. ¿Por qué hacen sus compañeros de su condición de comunistas una especie de profesión de superioridad?

Carrillo: Es posible que haya comunistas que se consideran superiores. Pero la razón fundamental para excluirlos consiste en que son portadores de un proyecto de transformación social que las estructuras dominantes rechazan. En España ser comunista, hoy, es militar en el partido que ha desarrollado la lucha por un régimen democrático, a lo largo de casi cuarenta años, de la forma más consecuente y combativa.

EL PAIS: ¿Le ha favorecido la ilegalidad al Partido Comunista?

Carrillo: Se especula fácilmente sobre lo que la ilegalidad y la persecución han favorecido al partido. Creo que lo que nos ha dado prestigio ha sido nuestra capacidad para aguantar la represión y la ilegalidad. Pero, en el momento actual, empiezo a creer que esta resistencia última contra el reconocimiento del partido quizá pueda favorecernos. En efecto, se está haciendo del PC el problema

número uno de la política española, y ello atrae la simpatía de gentes que se rebelan contra tal injusticia.

EL PAIS: En España un sector, más o menos amplio e influyente propugna todavía la exclusión radical del PC. ¿Cómo ve usted este problema?

Carrillo: El partido manifestará una actitud liberal ante esas personas. Con esto quiero decir que no les negamos el derecho de defender sus ideas en condiciones de libertad democrática. Y estamos convencidos que muchos de esos hombres, cuando vean cómo somos, en vez de ver, como ahora, la caricatura horrenda de una propaganda interesada, no digo que se harán comunistas, ni que dejen de ser anticomunistas, pero se convencerán de que los comunistas, aunque estén lejos de ellos por sus ideas, son hombres con los que se puede convivir civilmente.

Estamos dispuestos a respetar la independencia de la Iglesia

EL PAIS: Después de la presentación pública, en Roma, del Comité Central del partido, ya se sabe claramente que Marcelino Camacho por ejemplo, es dirigente del partido y líder de Comisiones Obreras. Muchos piensan en el sindicato, correa de transmisión del partido. ¿No es comprensible la sospecha?

Carrillo: El PC ha hecho mucho por fortalecer y desarrollar las Comisiones Obreras, en favor de los trabajadores, que, sin ellas, no hubieran obtenido los logros económicos de estos últimos años. CCOO es una fuerza potente y responsable que defiende, a la vez, los intereses de la clase obrera y el interés de cada uno de los pueblos de España. El hecho de que los comunistas hayan participado activamente y que miembros de nuestro partido

desempeñen un papel dirigente en CCOO no quiere decir que hay que asimilar a ambos. CCOO son un movimiento autónomo, independiente, unitario. Y los comunistas, en Comisiones, son los primeros en defender su independencia y su unidad. La vieja concepción de la correa de transmisión ha sido superada. Y, voy, los partidos, empezando por, la comunista, tienen que reconocer el movimiento obrero su plena responsabilidad y representatividad.

EL PAIS: Otra cuestión: la Iglesia el comunismo. Alguien recordada recientemente que usted, no hace mucho, dijo lo siguiente: Sólo la mística cristiana y la mística marxista pueden conducir al mundo hacia el socialismo. ¿Es así?

Carrillo: No sé si he dicho eso. Lo que sí digo es que la fe en un ideal es lo que puede mover montañas. Y la conjunción de nuestra fe en la justicia de nuestros ideales, con la fe de los cristianos, aplicada a la transformación y al progreso social de nuestro país, pueden hacer milagros.

EL PAIS: ¿Cómo enfoca el partido su colaboración con los cristianos?

Carrillo: De hecho, en el PC ya hay una importante representación cristiana. Creo que es el único partido que tiene un sacerdote en el Comité Central. Y, por lo demás, estamos dispuestos a desarrollar una política de colaboración con los cristianos de progreso y de respeto hacia la independencia y la autonomía de la Iglesia católica.

EL PAIS: Días pasados pidió usted una audiencia al embajador de España en París, señor Lojendio, con el fin de solicitar su pasaporte. Ha sido un hecho suficiente para conmover a los medios informativos. ¿A qué atribuye usted la atención que ha despertado su gesto?

Carrillo: A fuerza de resistir a mi regreso, éste se ha convertido en un acontecimiento político europeo. Y el acontecimiento será mayor cuanto más se tarde en darme el pasaporte, cosa que, por añadidura, al final se producirá.

EL PAIS: Y si no se lo dieran, en definitiva ¿qué haría usted, señor Carrillo?

Carrillo: Exactamente lo mismo que he hecho hasta la fecha.

“Suarez marcha sobre un hilo fino para neutralizar a las fuerzas democráticas y a las neofranquistas”

Reacciones a la legalización del PCE. Carrillo, contento, pero preocupado

12/04/1977

El secretario general del PCE estuvo en París para ver de nuevo a su hermano Roberto, enfermo. A mediados de la semana última ya había pasado, con el mismo objeto, por la capital francesa; después permaneció unos días en el sur de Francia. Ayer, en una oficina que fue del órgano del PC, Mundo Obrero, al lado de su mujer, Carmen, y de una docena de camaradas que le esperaban bebió una copa de Jerez para celebrar la legalización de su partido, al mismo tiempo que atendía a varios cámaras de televisiones extranjeras. Pocos momentos antes de tomar el avión que lo devolvió a Madrid, conversó con nuestro corresponsal, Feliciano Fidalgo.

EL PAIS. Tiene usted buen aspecto, pero parece preocupado.

Carrillo. No, no. Pero pienso en la semana que me espera.... Bueno, y en la otra, y en la otra... Ahora, ya legalizados, vamos a trabajar más simplemente, es necesario que se nos conozca realmente; contamos, para ello, con las verdaderas libertades, no sólo para nosotros, sino para todos los partidos. Haremos presión, con las demás fuerzas democráticas, para que se legalicen todos. Y si esto no fuese así, todas estas fuerzas democráticas tendríamos que reconsiderar nuestra situación.

EL PAIS. ¿Por qué cree usted que Suárez ha terminado por legalizar el PCE?

Carrillo. Porque Suárez es un anticomunista inteligente, que prefiere combatir nuestras ideas políticamente y no por la fuerza.

EL PAIS. A estas alturas del proceso iniciado con el segundo Gobierno del Rey, ¿qué piensa usted de Adolfo Suárez?

Carrillo. Es un personaje contradictorio. Mucha gente pensó que representaba un paso atrás respecto al Gobierno anterior, a causa de su trayectoria política franquista; sin embargo, es de los pocos políticos del régimen que han asimilado el lenguaje democrático y algunos de los componentes esenciales de la transición hacia la democracia. Por ejemplo: comprendió que era necesario negociar con la Oposición, pero luego, esa negociación, no ha sido todo lo consecuente que podía esperarse.

Suárez comprendió que había que legalizar al PCE, a pesar de ser ideológicamente anticomunista, porque vio claro que sin el PCE no había posibilidad de cambio con un mínimo de credibilidad democrática, pero, al mismo tiempo, prohibió el *Aberri Eguna, lo* que es absurdo, puesto que esto aumenta la desconfianza y la hostilidad

de los vascos hacia la política que pretende. Suárez marcha sobre un hilo muy fino, tratando de neutralizar a las fuerzas democráticas y a las franquistas o neofranqui9tas: esto es lo complejo del personaje y, quizá, de la situación también. Naturalmente, llegará un momento en que Suárez tendrá que optar. De todas maneras, si se hace el balance del período que indicaba usted, resalta más lo positivo que lo negativo. Pero insisto, hay incógnitas en el comportamiento del personaje que son difíciles de comprender desde el punto de vista de la política. Hablo de política con P mayúscula, por ejemplo: el que hombres como Suárez y Areilza no hayan podido entenderse, sobre todo si se trata de articular eso que ha dado en llamarse política de centro y que yo calificaría de derecha civilizada. En esa política hay sitios para varias personalidades fuertes.

Suárez, candidato

EL PAIS. ¿Qué piensa sobre el discutido tema de Suárez-candidato en las próximas elecciones?

Carrillo. Su participación no me sorprendería. Suscita críticas amplias porque, tal participación, pondría en entredicho la imparcialidad del Gobierno en el proceso electoral. Esto podría evitarse ampliando el Gobierno actual con varios ministros sin cartera, encargados de vigilar la pureza del sufragio universal. Dichos ministros tendrían que representar a las familias políticas más importantes. Este sería un Gobierno excepcional en la Europa de hoy, sí, pero que respondería al carácter excepcional de la situación española, de paso de la dictadura a la democracia.

EL PAIS. En la Oposición democrática e incluso, al parecer, en el seno de su partido, algunos acusan al PCE de excesiva

complacencia con el Gobierno. ¿Puede explicarse al respecto?

Carrillo. Quienes piensan así no tienen en cuenta la realidad española. La política del PCE tiende a potenciar todas las fuerzas democráticas y a aumentar entre ellas una coordinación por encima de diferencias que suscite el periodo electoral. En España, hoy, no se puede en una alternativa de izquierdas y cualquier táctica vanguardista pudiese provocar una reacción de un Estado que aún es el de ayer Potenciar fuerzas democráticas significa contribuir a crear una correlación de fuerzas favorables a las corrientes democráticas y progresistas, esta correlación aún no existe en el país, no existe bien perfilada al menos. Nosotros hemos luchado cuarenta años con paciencia contra la dictadura, y no vamos a comprometer resultados aún inciertos con una política de impaciencia. En realidad, en España, hoy, no hay más opción que potenciar fuerzas democráticas a través de un proceso que exige inteligencia y flexibilidad política, o provocar un retorno al pasado, que sería catastrófico para toda la sociedad y para la izquierda en primer lugar.

EL PAIS. Como otros partidos comunistas occidentales, el PCE, ¿ha tenido contactos con los nuevos gobernantes de Estados Unidos?

Carrillo. No.

“La ofensiva contra el «pacto de la Moncloa» proviene del «bunker» económico”

El secretario general del PCE, a favor de la flexibilización del crédito

08/12/1977

La flexibilización del crédito hacia las grandes empresas que atraviesan dificultades de tesorería respecto a las Navidades; la toma de conciencia ante las dificultades del tránsito de una dictadura a una democracia y el mentís de una inmediata presencia de los comunistas en el Gobierno de Madrid son algunas de las principales manifestaciones emitidas ayer por Santiago Carrillo, durante una entrevista que mantuvo con EL PAIS.

EL PAIS. Algunos sectores asocian el anunciado reajuste ministerial con la entrevista que usted ha mantenido recientemente con el Rey y el martes con Felipe González. ¿Qué relación hay entre estos tres hechos?

Santiago Carrillo. Me sorprende mucho que haya gente que asocia estas entrevistas con el reajuste ministerial, ya que en realidad no tienen nada que ver. Estas entrevistas son normales en nuestra actividad.

EL PAIS. A partir de ahora, ¿resulta pensable la presencia de un comunista en el Gobierno?

S. C. Yo creo que la presencia de comunistas en el Gobierno es pensable siempre, desde el día siguiente al 15 de junio, lo cual no quiere decir que esta presencia se vaya a producir ahora. Me parece que se ha desatado un poco la imaginación pretendiendo que estas entrevistas puedan tener relación con cambios gubernamentales. Únicamente cabe decir que se insertan en el marco de contactos relacionados con el *Pacto de la Moncloa.*

EL PAIS. ¿Cómo interpreta usted los sucesos de Málaga? ¿Qué cree usted que ha desbordado los acontecimientos?

S. C. Yo creo que la responsabilidad de los sucesos de Málaga compete al presidente de la Diputación. Lo único que en un principio pretendían los manifestantes era colocar la bandera andaluza junto a la bandera nacional. No hubo ninguna ofensa a la bandera nacional. Además de la responsabilidad del presidente de la Diputación está implicada también la del gobernador civil que, sin duda, no dio órdenes adecuadas, cuando un hecho tan sin importancia provocó un desenlace como el que sobrevino.

Sin que lo sucedido pueda conducir a nadie a posiciones de histeria política, lo que parece evidente es que la política de orden público esté todavía lastrada por residuos del sistema anterior. En Málaga, las cosas debieran de haber transcurrido como en Sevilla y otras ciudades, esto es, de la manera más pacífica. Los sucesos de Málaga muestran la necesidad de que las» funciones de gobierno, a nivel provincial y local, se democraticen de una vez, y para ello es indispensable la celebración de las elecciones municipales y provinciales.

EL PAIS. ¿A qué cree que se debe la actual ofensiva contra el *pacto de la Moncloa?*

S. C. La ofensiva contra el pacto de la *Moncloa está* desatada por el *búnker* económico, que considera este *pact*o demasiado progresista, simplemente porque se trata de un acuerdo entre las fuerzas parlamentarias y porque en él no se descarga el peso de la crisis sobre los hombros de los trabajadores, exclusivamente. Creo que, además, ese *búnker* económico utiliza situaciones de disgusto que pueden estar justificadas de masa de pequeños y medianos empresarios, que sufren la crisis y quizá utiliza también las apetencias personales de algunos políticos que no tienen suficientemente en cuenta los intereses del país. En respuesta' a esto, creo que las conversaciones que hemos mantenido con Felipe González, Enrique Múgica y Javier Solana, del PSOE, son un paso importante de las fuerzas de izquierda para contribuir a la aplicación global de los acuerdos de la Moncloa, en interés de todo e*l* país.

EL PAIS. ¿Cree usted que el *pacto* saldrá adelante?

S. C. Yo creo que tiene que salir adelante si queremos que el país salga adelante. Como todo pacto elaborado para un período amplio de tiempo, los acuerdos de la Moncloa pueden precisar de ciertas correcciones y adaptaciones, teniendo en cuenta el criterio de la práctica y siempre que éstas no supongan una desviación del contenido esencial de lo pactado. Por ello, nosotros hemos propuesto una cierta institucionalización de los órganos creados para el *pact*o, es decir, una especie de instrumentos consultivos que tanto a nivel político como a nivel social y técnico sigan la aplicación de los acuerdos.

Yo creo que en la actualidad estamos pagando las consecuencias de que el período de transición que vivimos no esté regido por un Gobierno provisional con amplios poderes para resolver una serie de problemas que el cambio plantea y hay que buscar sustitutivos a la ausencia de ese Gobierno provisional.

En otro caso pueden crearse situaciones de cierto vacío político que pueden ser perjudiciales.

EL PAIS. ¿Cree usted que el *pacto de la Moncloa* resulta lesivo para los intereses de los empresarios?

S. C. No creo que el *pacto* sea lesivo para el empresariado. Es cierto que en este país hay algunos empresarios acostumbrados al período anterior en el que, durante años, los conflictos laborales se resolvieron de un modo autoritario, sin negociación, aunque más tarde, el Régimen anterior trató de superar las dificultades políticas haciendo concesiones en el terreno social. Lo cierto ahora es que lo que perjudica a empresarios y trabajadores es la crisis y no el *pacto de la Moncloa,* y la crisis se resolverá con el esfuerzo de todos y de este esfuerzo una parte corresponde al empresariado.

Naturalmente existen ciertas categorías de la pequeña y mediana empresa que requieren una atención especial y una ayuda mayor; yo diría además que hay determinadas grandes empresas que se encuentran en una situación económica difícil que deben ser atendidas para que no se produzcan quebrantos económicos graves al país. Por ello, es muy importante la flexibilización de los créditos en el período inmediato, con el fin de que estas empresas no encuentren dificultades insuperables de tesorería en este fin de año y comienzo de 1978.

EL PAIS. Respecto a la actual crisis de la UCD, ¿confía usted que se resuelva de un modo positivo para la consolidación de la democracia en nuestro país?

S. C. En este momento creo que a ningún auténtico demócrata le interesa que la crisis de UCD no se resuelva. La Unión de Centro Democrático se enmarca en un equilibrio político surgido de las urnas el 15 de junio y sería grave que este equilibrio quedara roto

por la descomposición interna en uno u otro grupo de los que la componen. Otra cosa sería que mañana los electores con sus votos puedan introducir modificaciones en este equilibrio.

EL PAIS. ¿Qué alternativa ve usted al actual Gobierno de la UCD?

S. C. La alternativa más lógica sería la de un Gobierno de concentración democrática. Ello no significa que no existan otras alternativas - que puede haberlas -, pero éstas sustancialmente no cambiarían nada la situación actual...

EL PAIS. ¿Cuál cree usted que es el mejor paliativo para esta situación de inquietud y de violencia que el país experimenta?

S. C. El mejor paliativo consiste en que todos seamos conscientes de que estamos en un período de transición donde todos tenemos que arrimar el hombro y hacer sacrificios y que el paso de una dictadura a la democracia tiene costos inevitables que hay que afrontar; y si esta toma de conciencia fuera ayudada por la presencia en el Gobierno de representantes de las más amplias fuerzas políticas, quizá se produjera más rápidamente. En todo caso, la solución a la inquietud presente no está ni en el retorno al pasado ni en una carrera desenfrenada, hacia adelante, que agravaría todavía más la situación.

EL PAIS. ¿Cómo ve usted la solución de los problemas planteados en el País Vasco?

S. C. En definitiva, el problema vasco tienen que resolverlo preferencialmente los mismos vascos, con un régimen de autonomía, y quiero añadir que la autonomía no significa la rotura de la unidad de España, sino, por el contrario, su afianzamiento.

EL PAIS. ¿Cuál es su opinión sobre la presencia de dos comunistas en el Gobierno de la Generalitat?

S. C. Me parece totalmente normal esta presencia. Si no fuera por el carácter excepcional de este período. También por el hecho de la representación electoral obtenida por los comunistas en las elecciones del 15 de junio.

“El proyecto para las municipales está orientado a establecer un bipartidismo”

Santiago Carrillo secretario general del Partido Comunista de España

22/01/1978

Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista, ha hablado por fin del libro Autobiografía de Federico Sánchez, de Jorge Semprún. En la primera entrevista que concede a la prensa desde que la polémica en torno al premio Planeta se iniciara, el señor Carrillo asegura no haber leído el libro por falta de tiempo, pero ejerce un juicio sobre él, calificándolo de intento de «ajuste de cuentas». Durante una conversación de más de dos horas con redactores de EL PAÍS, el veterano líder comunista se extiende en consideraciones sobre el eurocomunismo y el papel de su partido en el momento político español. Al comentar el próximo congreso del PCE, primero que se celebrará en la legalidad desde la guerra civil, asegura que se prepara con amplia libertad y no se muestra temeroso de ser relevado en el cargo de secretario general. «El partido es muy dueño de quitarme su confianza o renovármela», confiesa. Los rumores sobre las dificultades de Carrillo en el seno de su organización se han venido extendiendo en los últimos días, coincidiendo con la polémica que el libro de Semprún ha levantado y con lo que el líder comunista considera una campaña de descrédito contra el PCE. Interrogado sobre las sucesivas posiciones contradictorias que su partido ha adoptado respecto al problema de las elecciones municipales,

Carrillo se pronuncia por la necesidad de celebrarlas lo más pronto posible, incluso antes del referéndum constitucional. Respecto a las elecciones sindicales, censura la actitud del Gobierno y reconoce sin empacho la inspiración comunista de las Comisiones Obreras. También señala que no se puede decir que el marxismo de hoy sea el leninismo, y reitera su creencia de que la religión católica puede no ser un motivo de alienación, sino de liberación; asegura que mantiene relaciones de matizado diálogo con la Iglesia y se pronuncia a favor de las subvenciones a la enseñanza privada. Carrillo, que cumplió esta semana los 63 años y cumplirá la que viene los dieciocho en su cargo de secretario general, dice, por último, que en su partido el carrillismo no existe, para acabar rotundo y socarrón: «No soy más que un simple hombre y un modesto político.» He aquí la entrevista.

EL PAÍS. ¿Ha leído usted ya el libro de Semprún?

Santiago Carrillo. Aunque parezca imposible, he querido leerlo en estos días, y no he tenido tiempo. Pero tengo una idea aproximada de qué es, y le puedo contestar. El libro de Semprún me ha sorprendido. Es cierto que hubo entre nosotros diferencias políticas en un momento dado, y que esas diferencias condujeron a su expulsión del partido. Pero a pesar de ello hemos mantenido siempre relaciones de amistad. Pensaba que entre él y yo existía una cierta consideración mutua. El libro me descubre un Semprún en el cual casi el odio inspira muchas de las cosas que dice o, peor aún, que sugiere. Da la impresión de un ajuste de cuentas. Ese libro no es una disputa teórica ni política. Ante la perspectiva del congreso del Partido Comunista es una especie de venganza; como si Semprún pensara que con sus ataques mi posición va a ser debilitada y que voy a pagar hoy lo que, para él, hoy quizá aparece como un crimen. El único crimen y la única sangre real es haberle derrotado en 1964.

EL PAÍS. Usted ha dicho que había una campaña *contra el Partido Comunista,* una campaña polarizada, por lo menos, en Moscú y Washington, y no contra el Partido Comunista español, sino contra el eurocomunismo. ¿El libro forma parte de esta campaña?

S. C. Yo no puedo creer que Semprún haya actuado inspirado por potencias extranjeras. Pero sin duda, por el momento en que ha salido ese libro, se ha convertido en una de las armas de dicha campaña, aunque esa no fuera la intención de Semprún.

EL PAÍS. Muchos que, incluso, critican el libro en sentido peyorativo, critican también la reacción del Partido Comunista, que no ha sido serena. Parece que también el partido se haya dejado arrastrar por la pasión.

S. C. Creo que si se observan las reacciones, no del partido, que no ha contestado como tal a ese libro, sino de los camaradas del partido que lo han hecho, se verá que no hay una reacción desmedida ni un ir al terreno al que ha querido llevamos Semprún. Que yo sepa, las únicas cosas que se han publicado, en primer lugar, el artículo de Vázquez Montalbán, *Mundo Obrero,* en el que, manteniendo sus distancias con el libro, había una cierta comprensión hacia la actitud de Semprún. Después hubo una carta de Soto, considerando que el tratamiento de Vázquez Montalbán era más bien ingenuo. Más tarde, un artículo de Azcárate en EL PAÍS, que trataba de objetivizar los temas y llevarles a un terreno político sin ninguna saña contra Semprún. Finalmente, el artículo de Melchor, *en Mundo Obrero,* es el más vehemente. Melchor pone en evidencia la actitud contradictoria de Semprún en 1963 y hoy ante el caso Grimau; juzga el libro como un libelo. Es una opinión de Melchor, que considero justificada y creo que es todo lo que ha habido como respuesta a un libro que lleva circulando un par de meses, y que tiene una connotación anti PC evidente. No veo dónde está la desproporción de la respuesta. El partido ha recibido ese

libro con una gran serenidad, con un gran distanciamiento del tono y la atmósfera que Semprún trata de recrear en su autobiografía.

EL PAÍS. Hablaba usted antes del próximo congreso que va a celebrar el PC. Se asegura que puede plantearle, como secretario general, algún problema, o que puede haber una discusión de las bases, sobre todo las bases más jóvenes, de la estructura del partido.

S. C. Tal como yo pienso que el congreso puede transcurrir, en él van a reflejarse las corrientes que existen hoy en el partido. El congreso va a ser un congreso con problemas, con matices, con discusión, vivo. Toda la preparación va a hacerse con una gran libertad. No sé si habrá algún sector del partido que cuestione mi presencia en la secretaría general. El partido es libre de hacerlo. Por mi parte, no tengo inquietud, porque pienso que la variedad y la riqueza de opiniones que pueden manifestarse va a ser en definitiva positiva para la influencia del PC en la opinión pública. Y para romper esa imagen que se trata de hacer perdurar de un partido cerrado, que constituye una especie de sociedad en la sociedad. En cuanto a lo que a mí personalmente concierne, el partido es muy dueño de renovarme su confianza o quitármela.

EL PAÍS. ¿Entre los temas de fondo se llevará la propuesta de hacer desaparecer el leninismo de los postulados del partido?

S. C. No es que yo piense, o mis camaradas de la dirección piensen, que el partido debe abandonar su tradición. El nacimiento de los partidos comunistas fue una necesidad histórica del movimiento revolucionario. Tenemos el honor de haber repudiado la tradición socialdemócrata que llevó a los partidos obreros de la época a convertirse en instrumento de la burguesía en cada uno de sus países, y a participar en ambos bandos en la guerra imperialista de 1914-18. También seguimos teniendo como un rasgo

característico de nuestra personalidad el haber sustentado y defendido la revolución soviética. Ahora, podría discutirse, y nosotros no nos negaríamos a hacerlo, en el terreno teórico, si las veintiún condiciones de Moscú fueron acertadas o no. Y quizá nosotros mismos no estuviéramos todos de acuerdo sobre la cuestión. Pero lo que desde luego consideramos acertada, fue la creación de nuevos partidos obreros que representaron una posición crítica, no sólo frente al sistema capitalista, sino frente a los partidos obreros que de hecho se habían transformado en un instrumento de este sistema.

EL PAÍS. ¿Esta necesidad de reunificación de la izquierda quiere decir que han desaparecido las condiciones que llevaron a la escisión en la Segunda Internacional?

S. C. Han desaparecido las razones esenciales, que eran dos. Una, que la clase obrera no debía identificarse con la política imperialista que de una manera regular conducía a la humanidad a guerras por la redistribución de las colonias y de los mercados. Hoy es inimaginable una guerra mundial, que no convendría a nadie, a causa de la existencia del arma nuclear. La segunda razón, que entonces originó la escisión, la defensa de la primera revolución anti-capitalista, ha desaparecido también, porque independientemente de los juicios que se pueden hacer, que nosotros mismos hacemos, sobre la evolución del sistema soviético, hoy ya no hay ninguna necesidad, desde el punto de vista de clase, de agruparse en tomo de una potencia que tiene fuerza sobrada para defenderse y hasta, a veces, para dictar sus condiciones políticas al resto del mundo. Los problemas se plantean hoy a otro nivel histórico, y cuando se agota el modelo de la sociedad capitalista tradicional, la colaboración, la cooperación, la reunificación, en alguna forma de las fuerzas que nos dividimos entonces, es posible y necesaria.

EL PAÍS. Usted dice en su libro *Eurocomunismo y Estado* que aquél no es la socialdemocracia. Sin embargo, en España, en Italia, y relativamente en Francia, los partidos comunistas parece que tratan de cubrir el terreno político de los partidos socialistas. Ello hace que mucha gente empiece a tener una idea socialdemócrata del PC. Esto, por otro lado, deja a la izquierda del PC una cantidad de formaciones heterogéneas, muchas de ellas que se llaman comunistas también, a las que acude una parte de los jóvenes revolucionarios desilusionados de lo que llaman el socialdemocratismo del Partido Comunista.

S. C. La competencia entre socialistas y comunistas por el espacio político que ambos reivindican, que es el de la clase obrera y de los trabajadores en general, es un fenómeno que yo he conocido en este país en el período anterior, y que conocí después en el resto de Europa. Recuerdo la historia del Partido Socialista de los años treinta. Aunque ahora se trata de presentarla de una manera simplificada, mostrando un partido socialista ideal, parlamentario, democrático, la realidad no era esa. El Partido Socialista en esa época era algo mucho más diferenciado, más abigarrado y más contradictorio que lo que pretende presentarse hoy. Ahora, el Partido Comunista, que quizá es el único partido que ha analizado la historia de la izquierda de este país, de una manera autocrítica, trata de «aggiornar» sus concepciones, y de superar también errores que ha podido tener en el pasado. No se trata de que el PC diga cruz y raya con todo lo que ha representado en una época el leninismo. Creemos que en el leninismo hay todavía la crítica del imperialismo, que es justa, una concepción innovadora del marxismo mismo, que es sugestiva para nosotros. Lo que sucede es que no puede decirse, como decíamos en otra época, que el leninismo es el marxismo de hoy. El leninismo en estos países ya no es el marxismo de hoy. Y en ese sentido hay que superar una serie de tesis clásicas del leninismo, a las que en realidad los partidos comunistas de Europa occidental han renunciado desde hace muchos años,

aunque nunca como ahora se lo hayan planteado en el terreno de la doctrina. Respecto a los grupos que se dicen a la izquierda, hay, por un lado, una supervivencia de los residuos ideológicos del movimiento comunista. Son grupos que unos se consideran todavía ligados de la Unión Soviética y que estiman que deben seguir definiéndose, no por, su actitud ante los problemas de hoy, sino por su actitud ante la Unión Soviética y su política. Hay también grupos que se definen de la misma manera hacia China. Me parece que estos son restos residuales de las formas que ha tenido el movimiento comunista, que están condenados a desaparecer, pienso yo. Hay otro problema que me parece más importante. Es el problema de amplios sectores de la juventud, que se encuentran marginados de la actual sociedad. Las transformaciones que ha habido en el terreno cultural, la crisis de la familia, tal como la entendemos tradicionalmente, la crisis de los valores morales y culturales de esta sociedad, coincide con un momento de crisis económica en que la juventud, tanto obrera como universitaria, en un sector muy amplio, se ve fuera de toda posibilidad de trabajar, de lograr un lugar al sol, pierde la ilusión de una manera global. Y eso ha dado origen a un nuevo acratismo, que puede transformarse también, en algunos momentos, en un nuevo fascismo, que contesta por igual a los partidos conservadores de derecha como a los de izquierda, a los que considera integrados en esta sociedad. Ese es el problema más serio. Y no se puede responder a él más que aceptando todo lo que hay de válido en la contestación de la juventud, a los valores morales, culturales, que son tradicionales en la vida actual, y al mismo tiempo haciendo una auténtica política para la juventud, que tiene que abordar ese problema de integrarla y dar la perspectiva, tanto en el terreno de la ocupación como en el terreno de los ocios, como en el terreno de la libertad personal. Esos problemas nuevos que crean un distanciamiento entre los partidos tradicionales, incluso de la izquierda, y ese sector de la juventud.

EL PAÍS. Ha hablado de una crisis moral. Muchos piensan que los partidos comunistas están produciendo una especie de sustitutivo de un orden moral. Se suele decir que el Partido Comunista es un partido, de orden.

S. C. El Partido Comunista trata, y al decir trata significa que tiene todavía que profundizar en el análisis de ese conjunto de problemas, de crear no sólo, sino con el conjunto de fuerzas progresistas, un modelo de valores morales, culturales y sociales que pueda ser presentado como una alternativa. Lo que es cierto es que el PC considera que ni el nihilismo ni la droga ni, en otro terreno que no trato de comparar, el gamberrismo, son una salida no sólo para la sociedad, sino para la misma juventud. Esos fenómenos lo que hacen es acentuar la marginación de algunos sectores de la juventud. La sociedad hay que transformarla, sin duda, pero el individuo no es posible más que formando parte de la sociedad.

EL PAÍS. ¿Esto quiere decir que ante una hipotética proposición de ley sobre la legalización de la marihuana el PC votará a favor o en contra?

S. C. Yo no sé lo que haría el PC en ese caso. Lo que sé es que fumar marihuana no es la solución para los problemas de la juventud y de la sociedad actual. Quizá tampoco lo sea fumar los cigarrillos que yo fumo.

EL PAÍS. En su libro ya citado asegura que la religión, en las nuevas circunstancias, lejos de convertirse en un motivo de alienación puede ser hasta un elemento de liberación. ¿Cree definitivamente que la alienación religiosa tal cual fue definida por Marx no existe?

S. C. Cuando Marx vivió, la sociedad de la época, el sistema político-social en general aparecían íntimamente entroncados con la Iglesia como aparato ideológico que transmitía la ideología de la

clase dominante en este período. En muchos aspectos Marx criticaba la religión para criticar la política de la época. Lo que yo trato de expresar en mi libro es que en una suciedad como la actual, en que hay una diversidad ideológica evidente, la recuperación a la que estamos asistiendo del cristianismo evangélico, del cristianismo primitivo, por amplios sectores de los creyentes representa una ruptura ideológica y política en la concepción de una sociedad dividida en clases dominantes y, objetivamente, puede convertirse, de en vez en una forma de alienación, en un estímulo, en un factor de progreso. El sentimiento de igualdad, de fraternidad, de sacrificio por el prójimo que era propio de ese cristianismo primitivo, en la práctica hoy se identifica con el sentimiento que anima a las fuerzas revolucionarias y progresistas. Esa es mi concepción. Las cuestiones que conciernen a. la ideología pueden aparecer en la vida, en la historia, en algunos momentos con caracteres contradictorios.

EL PAÍS. ¿Cómo son las relaciones ahora del partido con la Iglesia católica, al margen del hecho de la existencia de militantes católicos? Nos referimos a la Iglesia católica como institución.

S. C. Se puede decir que son unas relaciones matizadas de diálogo. La Iglesia como institución es inevitable que intervenga en los problemas de la sociedad. Nuestra voluntad es, en toda la medida de lo posible, buscar un terreno de cooperación con esa realidad social que es la Iglesia. Nos esforzamos y nos esforzaremos por ello, a fin de superar lo que ha sido la característica de la historia española, es decir, del enfrentamiento histórico de los movimientos progresistas con la Iglesia. Desde el momento en que la Iglesia ha aceptado el pluralismo político, ese tipo de relación de cooperación, de respeto, es posible, independientemente de que en un momento dado podamos o no coincidir sobre algunos temas sociales importantes. Pero incluso en esos temas trataremos de evitar que el enfrentamiento sea un enfrentamiento violento, me refiero a violento

en términos semánticos, en términos dialécticos, porque no creo que otro tipo de enfrentamiento se diera en España.

EL PAÍS. Por ejemplo, el tema de la educación.

S. C. En el tema de la educación he quedado muy bien impresionado de algunas conversaciones que he tenido con autoridades de la Iglesia, que aceptan para el futuro un sistema de educación estatal único, en el que haya lugar y tiempo para que los hijos de los padres creyentes reciban también instrucción religiosa. En definitiva, eso es un punto de coincidencia con nuestra propia posición. En las condiciones presentes la defensa de la libertad de enseñanza y las necesidades reales exigen que el Estado siga subvencionando a la escuela privada. No hay ninguna posibilidad material de reemplazarla de la noche a la mañana. Nosotros vamos a apoyar, pues, la subvención de la enseñanza privada, pero pensamos que en su día habrá una escuela única, quizá dentro de bastantes años, y entonces la libertad de enseñanza consistirá en que en esa escuela única (y al decir escuela yo me refiero a todas las etapas de la formación del hombre, incluidos institutos y universidades) todas las filosofías y confesiones tendrán la posibilidad de expresarse y de intervenir en la educación de las nuevas generaciones. No habrá una concepción filosófica única del Estado que se impondrá, sino la libertad dentro de esa escuela pública para todos de expresarse y de educar con arreglo a lo que son los principios de cada grupo.

EL PAÍS. Vamos a cambiar de tercio. Las elecciones sindicales. ¿Cómo cree que se están celebrando y cuáles pueden ser los resultados?

S. C. El Gobierno ha tratado de reducir, limitar, la importancia que tienen estas «elecciones para la sociedad española. Uno tiene la impresión de que el Gobierno no renuncia a tener en un momento u

otro sus propios sindicatos, y al decir el Gobierno me refiero a las fuerzas conservadoras. La publicación del proyecto de ley gubernamental en estos días es una muestra de ello. Por otra parte, el Gobierno ha tratado de cortar las posibilidades de las centrales sindicales democráticas no poniendo a su servicio los bienes y los instrumentos del antiguo sindicato vertical y obligando a los nuevos sindicatos, que están todavía organizándose y estructurándose, a buscar soluciones de fortuna para actuar. Las elecciones, sin embargo, son un hecho importante. Son indispensables para establecer un sistema de relaciones sociales empresariado-obreros, que funcionen y que permitan reducir el número de conflictos incontrolados. Por otro lado, esas elecciones van a dar una idea de cómo se reparte la influencia de las fuerzas de izquierda en el movimiento sindical.

EL PAÍS. ¿Por qué el empeño en negar la inspiración o el carácter comunista de Comisiones Obreras?

S. C. No tenemos ningún empeño en disimular la influencia de los comunistas en CCOO. Esa influencia es real, aunque esté compartida con otros grupos, y aunque en CC.OO haya un gran sector de trabajadores que no se identifica, ni mucho menos, con el PC. Lo que nos preocupa, no solamente en lo que concierne hoy a las CCOO, sino en lo que respecta al futuro del movimiento sindical, es el principio de que éste no debe ser una simple correa de transmisión de los partidos políticos. Principio más indispensable de tener en cuenta el día que en este país, y yo pienso que ese día llegará, haya una sola central sindical de los trabajadores en la que diferentes partidos tendrán que actuar respetando y creando sistemas de equilibrio entre las influencias de unos y otros. Si el PSOE insiste tanto en identificar con él a la UGT es porque el PSOE sigue considerando el sindicato como una correa de transmisión del partido político y, por otro lado, porque considerándose una alternativa de poder próxima cree que está en condiciones de

inspirar más garantías, no ya a los trabajadores socialistas, sino a los trabajadores que no tienen ninguna idea política. Quieren hacerles pensar que es mejor identificarse con un partido que puede estar mañana en el Gobierno para resolverles toda una serie de problemas concretos más fácilmente. Por lo demás, sería un error considerar que los que votan a CCOO votan directamente al PC, o que los que votan a UGT votan a los socialistas y a sus ideas.

EL PAÍS. Hablemos de las elecciones municipales. Ha habido, por parte del PC, varios cambios de posición respecto a la conveniencia de celebrarlas antes o después del referéndum constitucional, o la posibilidad de instrumentar comisiones gestoras en los municipios.

S. C. El PC pretendía que las elecciones municipales se hubieran celebrado el pasado mes de diciembre. Eso hubiese resuelto muchos problemas y, por lo mismo, presentamos un proyecto de ley al respecto. Pensábamos que era urgente hacer las elecciones porque nos preocupaba y nos preocupa que a los ojos del español de a pie las Cortes, que son la única institución democrática de este país, aparecían como un islote relativamente impotente en medio de un océano de municipios, de diputaciones, de órganos del Estado que siguen siendo los mismos del período de la dictadura. En el cierto desencanto que pueda existir en un sector del país sobre el cambio democrático influye el hecho de que las instituciones que están más cerca del ciudadano son todavía dictatoriales. Nuestra proposición de septiembre, por razones técnicas y burocráticas del funcionamiento parlamentario, no se ha puesto sobre el tapete más que en el mes de enero, en una situación ya distinta, y, cuando el Gobierno había presentado su propio proyecto. Cuando yo hablé con Suárez la última vez saqué la impresión de que él no veía la posibilidad de hacer elecciones hasta el otoño. No sé si esa impresión era correcta O no, pero nos parecía imposible continuar hasta el otoño con los actuales gobiernos municipales. Y en ese momento me interrogué sobre la necesidad de modificar el curso de

los municipios con comisiones gestoras, a pesar de que esa era una solución que a nosotros no nos ha gustado nunca. Después ha habido, muy recientemente, la conversación de Felipe González y Adolfo Suárez. Aparentemente, en esa conversación ambos se han mostrado de acuerdo en celebrar las elecciones municipales antes del verano. En ese caso es preferible que haya elecciones a que se nombren gestoras.

EL PAÍS. ¿Antes del referéndum constitucional?

S. C. Incluso antes del referéndum constitucional. Me parece que lo ideal hubiera sido que se hubieran hecho antes de comenzar a discutir la Constitución sin que los temas constitucionales se mezclaran con las elecciones municipales. Pero hemos llegado a una situación en que, de hecho, se están mezclando. En la ofensiva a la que estamos asistiendo contra el proyecto constitucional yo creo que laten ya intereses electorales referidos a las municipales.

EL PAÍS. En su conversación con Felipe González se habló de una especie de estrategia común PCE-PSOE para las municipales...

S. C. Nosotros propusimos que como la existencia del caciquismo, desgraciadamente, es una realidad muy seria para desarraigarla, sobre todo en ciertas zonas, hubiera sido interesante que comunistas, socialistas y otros grupos democráticos hubieran trabajado en común. La respuesta de Felipe fue que ellos definirían su posición cuando conocieran la ley Electoral. Aunque en principio ellos prefieren que cada partido vaya a las elecciones con .su propio rostro y no en alianza, Felipe dejó entreabierta la posibilidad de que después de las elecciones hubiese acuerdos para nombrar alcaldes y juntas municipales. Ahora vamos a ver qué elecciones vamos a tener. El proyecto del Gobierno es disparatado. Ese depósito de 5.000 pesetas es netamente antiobrero: los candidatos de los partidos obreros no disponen fácilmente de ese dinero, que supone

trescientos millones de pesetas en depósito para presentar candidaturas en todo el país. Unas elecciones para ricos, y una forma de resucitar el sistema censitario. La previsión que se hace en el proyecto de que sea alcalde quien encabece la candidatura que tenga mayor número de votos va a hacer ingobernables las alcaldías. Va a ser muy raro el municipio, por lo menos el municipio importante, en el que un solo partido tenga el 50,1% de votos. En la mayor parte de los casos los partidos pueden aspirar a que se mantenga su porcentaje de las elecciones de junio. Nos vamos a encontrar así con alcaldes en minoría que no van a poder gobernar y con la institución de un conflicto desde el primer día entre el alcalde y la mayoría municipal. Todo eso es un disparate orientado a establecer a toda costa en este país un sistema bipartidista. Pero los que piensan en un sistema bipartidista en España no tienen en cuenta para nada la realidad. Nuestras estructuras económicas y sociales se parecen más a las de Italia y a las de Francia que a las de Alemania Federal o Gran Bretaña. En España ese ideal sistema bipartidista me parece una pura especulación propagandística. Aquí habrá que gobernar con política de alianzas, tanto a nivel del Estado como a nivel municipal y autonómico.

EL PAÍS. Se ha dicho que con el Gobierno de concentración el PCE trata de reproducir la fórmula italiana acoplada al momento español. Pero Berlinguer acaba de proponer una alternativa de izquierda unida mientras que se ha roto la unión de la izquierda en Francia.

S. C. Es cierto que hay analogías entre la política italiana y la española, y hay analogías, porque no se puede olvidar que Togliatti vivió en España durante la guerra civil y que Togliatti se inspiró mucho en la experiencia española. Cuando se afirma que nosotros miramos a Italia yo añado que los comunistas italianos han utilizado ampliamente la experiencia española en la elaboración de su política. Según dice la prensa, Berlinguer habla de la posibilidad de un Gobierno de izquierda. No creo que eso signifique que Berlinguer

haya renunciado a la política del compromiso histórico, sino que ante el veto de Carter y la obstinada e interesada obediencia de la Democracia Cristiana italiana a ese veto trata de forzar una solución que saque a Italia del caos político en que se encuentra y que determine una reacción más positiva en la Democracia Cristiana. Si yo estuviera en su caso haría lo mismo, aunque una de las cosas que más me preocupan es que si hay elecciones generales en España en 1979 nos encontraremos con que si la izquierda se une puede hacer un Gobierno y gobernar frente al centro. España no está todavía suficientemente madura para alternativas de derecha e izquierda en el Gobierno. Un planteamiento así pondría en peligro todo el proceso democrático. Por lo mismo quiero llamar la atención sobre un peligro que se cierne ante el PSOE. Si por un milagro, tendría que ser un milagro, el PSOE tuviera el 50,1% del voto y fuese al Gobierno, se convertiría en un partido de centro-izquierda y no en un partido de izquierda. El PSOE debería defenderse contra esa acechanza que a la larga acarrearía un proceso quizá muy similar al que se ha producido en Italia en cuanto a la redimensión de los partidos políticos.

Sobre el caso de Francia, debo confesar que me tiene sumido en un mar de confusiones. No comprendo bien lo que pasa en ese país. Todavía confío en que la izquierda termine uniéndose y presentando una alternativa de gobierno. Los últimos sondeos siguen confirmando que la izquierda es mayoritaria. En Francia no existen los factores que existen en España para temer que la izquierda gobierne. Si se pierde esta oportunidad toda Europa va a resentirse.

EL PAÍS. Volvamos a España, al tema de las autonomías, específicamente en el País Vasco y Cataluña.

S. C. Cuanto antes existan instituciones autonómicas, cuando antes estén dotadas de verdaderos poderes, más fácil será que el problema vasco, por ejemplo, se convierta en una especie de fallo

de la democracia española. No vemos ningún peligro de ruptura de España en la autonomía vasca. Creemos que los peligros de ruptura pueden venir precisamente de lo contrario, de la obstinación de mantener formas centralistas que refuercen las corrientes independentistas en el País Vasco. En cuanto a Cataluña, estimamos un paso importante la creación de instituciones preautonómicas. El problema que se presenta hoy es el de que la negociación entre el Gobierno y la Generalitat debe tender a que esas instituciones preautonómicas no sean meramente formales. Se podría producir un desencanto peligroso en la población catalana y entonces lo que ha aparecido como una solución se podría convertir en un peligro.

EL PAÍS. ¿Le parece acertada entonces la política de autonomías casi indiscriminada que está llevando a cabo el Gobierno?

S. C. Sí, me parece acertada. España es un país muy diverso, muy diferenciado, y la política de autonomías refleja más la realidad de España en estos momentos.

EL PAÍS. Una de las imágenes del PC en nuestro país es la infiltración, sobre todo durante la etapa de la clandestinidad. ¿No es cierto que todavía hay un cierto regusto por la infiltración de los militantes comunistas en otros sectores?

S. C. No. Nosotros hemos utilizado la táctica de la infiltración dentro de los sindicatos verticales porque no había otro camino eficaz para organizar medianamente la acción sindical.

Ahora algunas gentes critican a Marcelino Camacho porque en el período anterior no decía que era comunista, pero esa crítica es de una mala fe increíble, porque decir que se era comunista era ir a la cárcel. Yo he estado siempre contra las tácticas de infiltración en los partidos o grupos de tendencia democrática y las he rechazado;

primero, porque no daban ningún resultado útil y eficaz, y después, porque podían presentar una imagen nefasta del PC. Ahora, lo que está pasando hoy, por ejemplo, es que en muchos periódicos ha comenzado la caza de brujas contra los periodistas comunistas, y yo comprendo que para mantener su puesto de trabajo y para dar de comer a su familia a veces los periodistas comunistas se ven obligados a disimular que lo son. Pero esa es una situación a la que se les obliga. Fuera de eso yo no creo que en este momento haya ningún comunista infiltrado por ninguna parte.

EL PAÍS. Dicen que cuando un PC está en el poder, no por eso abandona la oposición. El caso de Portugal es paradigmático.

S. C. Bastaría con leer a De Gaulle, que tuvo ministros comunistas, para darse cuenta de que eso es falso. En momentos en que los comunistas participan en el poder lanzan la consigna de producir más, de trabajar más, y contribuyen con ello decisivamente a la reconstrucción económica de Francia. El caso de Portugal es un caso excepcional, y nosotros hemos tenido diferencias con nuestros camaradas portugueses públicamente por eso, diferencias que han comprometido incluso las relaciones en algunos momentos. En el período en el que el PC portugués parecía estar en la cresta de la ola, apoyado por los militantes de izquierdas, la colaboración de comunistas y socialistas era indispensable. La actitud equivocada del PCP en el pasado tiene algo que ver con las cosas negativas que estamos viendo en el Portugal de hoy.

EL PAÍS. Para terminar, algunas preguntas muy concretas: ¿usted cree que existe el carrillismo?

S. C. No creo que exista el carrillismo. El carrillismo lo han hecho los anticomunistas. Entre los comunistas hay un espíritu de partido muy fuerte que nos lleva a reaccionar contra los ataques, pero yo ni soy el fundador de una versión ideológica nueva ni de ninguna teoría.

No soy más que un simple hombre y modesto político que no tiene ninguna aspiración a que su nombre sea dado a ninguna tendencia. No hay carrillismo, lo que hay en el Partido Comunista es un consenso en torno a una política que hoy represento yo y que mañana podría representar otro.

EL PAÍS. Se ha escrito mucho sobre la forma del Estado, la posición de la izquierda y el PC. ¿Cree usted que el tema de la monarquía es verdaderamente un problema aquí y ahora?

S. C. No va a ser problema. Felipe ha dicho claramente ya que el voto particular de las minorías socialistas sobre esa cuestión es puramente simbólico. El único problema que podría crearse en el porvenir es que se pretendiera mezclar al jefe del Estado en la política del país. El interés de la democracia y el interés de la misma institución aconseja que el jefe del Estado esté al margen de las pugnas que puedan surgir en el Parlamento y en las contiendas electorales. Porque cuando el jefe del Estado es un presidente de la República la solución es fácil: no se le vota en las siguientes elecciones y asunto terminado. Cuando el jefe del Estado es un monarca hereditario la solución se convierte ya en un trauma social y político, y no creo que a España le convenga eso. Hoy, en este país, todos estamos dispuestos a aceptar la monarquía como forma de gobierno, incluso los que somos republicanos. Todos pensamos que una monarquía parlamentaria constitucional no representa obstáculo para la realización de cualquier proyecto político en nuestro país, y hay que conseguir que la cuestión de la forma de gobierno se resuelva de modo que ese tipo de obstáculo no pueda surgir.

“Si Calvo Sotelo sustituye a Suárez el PCE le hará la vida imposible”

Adolfo Suárez dimite como presidente del Gobierno y de UCD. El líder comunista considera ahora más necesario que nunca el Gobierno de coalición UCD-PSOE

30/01/1981

El secretario general del Partido Comunista de España (PCE), Santiago Carrillo, no escondía anoche su preocupación ante la posibilidad de que el actual vicepresidente económico, Leopoldo Calvo Sotelo, fuera, en los próximos días, el sustituto de Adolfo Suárez. En la entrevista mantenida con EL PAIS, Carrillo no vaciló en anticipar cuál va a ser la actuación de los comunistas en el caso de que el Congreso aprobara este nombramiento o el de cualquier otro líder centrista contrario a un Gobierno de coalición con el PSOE: «No sólo votaríamos en contra, sino que, políticamente hablando, intentaríamos hacerle la vida imposible», dijo textualmente.

Pregunta. ¿Cree usted que, en esta nueva situación, pueden darse las condiciones para formar ese Gobierno de coalición UCD-PSOE sobre el que ustedes tanto insisten?

Respuesta. Estoy convencido de que es la única salida posible a esta crisis. Este país no va a aceptar por muchos meses un Gobierno monocolor de centro, que ha demostrado su incapacidad para dar soluciones a los urgentes problemas que hay ahora

planteados. Si a los españoles no se les demuestra que las cosas van a cambiar, aumentará la desesperanza, el desencanto y se pondrá en peligro, una vez más, la consolidación de la democracia.

P. Pero ¿hay posibilidades reales -en su opinión- de que esta coalición llegue a formarse? ¿Qué impresión ha sacado sobre esté tema, tras su entrevista con Alfonso Guerra?

R. No lo sé. No sé si UCD llegará a planteárselo a los socialistas, pero, desde luego, como éstos se nieguen a aceptarlo van a tener que cargar con una responsabilidad futura de consecuencias imprevisibles. Sería un grave error que el PSOE no lo aceptara.

P. Y en el supuesto de que sí se efectuara esta coalición, ¿cuál sería la colaboración de los comunistas?

R. Si hay programa pactado con nosotros, le apoyaríamos en todo. Y si no, si nos aislaran en la elaboración de los tres puntos clave (paro, autonomías y terrorismo), entonces nos dedicaríamos a hacer una oposición constructiva, apoyando aquellas cosas que nos parecieran bien y atacando las demás.

P. ¿Y cómo aceptaría el PCE la eventual presidencia de Leopoldo Calvo Sotelo?

R. Pues muy mal, lógicamente. ¿Cómo íbamos a aceptar a un hombre que es partidario de un Gobierno de coalición con el partido de Fraga? Políticamente hablando, le haríamos la vida imposible. Y otro tanto si ese presidente fuera Rodríguez Sahagún, por citar los nombres que ahora se barajan, ¿cómo íbamos a no ser beligerantes con Sahagún, que es un hombre que salió proyectado a U CD desde la vicepresidencia de la CEOE?, y dudo además que lo hicieran los compañeros socialistas. De todas maneras, tampoco es una cuestión de nombres, porque estoy convencido de que en UCD

hay muy pocos partidarios del Gobierno de coalición con el PSOE, y de haber alguno, tiene poca fuerza política dentro de su propio partido. Aquí, lo que realmente ocurre es que no hay un líder de UCD, actualmente, capaz de mantenerse más de dos meses en un Gobierno monocolor.

P. Pero algunos piensan que con unas buenas técnicas de marketing y de imagen, en unos meses, los centristas sí encontrarían ese líder, de cara a las próximas elecciones.

R. Es posible, pero no lo creo. Más marketing y más prestigio que tuvo Suárez y mire lo que le ha pasado... ¡Sí que iba a dar buena imagen Calvo Sotelo, por mucho marketing que se le aplique! (y añade, continuando con ironía: «Además, a Calvo Sotelo parecen resbalarle los problemas ante la opinión pública. Parece el pasota de la UCD y no le auguro ninguna credibilidad popular»).

P. La dimisión de Suárez ¿cree que inducirá a la gente a pensar en la inestabilidad de la democracia y, por tanto, a cuestionarla, o cree por el contrario que la caída del presidente será interpretada como una prueba de que la democracia es algo vivo, capaz de sustituir a un dirigente si este no resulta efectivo para el país?

R. Depende de a quien presenten y del programa de gobierno que le anuncien a la gente, Si lo que sacan ahora es otro Gobierno monocolor de UCD, aumentará el desencanto, porque en este país los desencantados son precisamente los votantes progresistas, aquellos que estaban *encantados* con la democracia, precisamente porque creían en ella.

P. ¿Cómo valora la dimisión de Adolfo Suárez?

R. Bueno, yo creo que era inevitable, como inevitable será la caída de otro que se empeñe en gobernar en solitario, trapicheando votos

por aquí y por allá cada dos por tres. Nosotros ya le advertimos a Suárez esto justo después de su investidura, y no nos hizo caso. Yo creo que Suárez debe sentirse ahora muy descansado, porque lo que le ha ocurrido ha sido muy duro: verse abandonado a última hora por sus más fieles colaboradores. Debe haber sido terrible para él, encontrarse abocado a fracasar en el congreso de su partido o a dimitir. De todas maneras, la dimisión ha llegado tarde, debería haberse dado cuenta antes de que para superar algo tan difícil y delicado como la transición, con esta crisis económica tan aguda y con el peligro latente de involución, necesitaba la ayuda de más mayoría parlamentaria.

P. ¿Cómo cree usted que le sentaría a los españoles la convocatoria de unas elecciones anticipadas?

R. Creo que sería bastante lamentable. La gente se sentiría aún más frustrada al comprobar que los partidos políticos no saben resolver sus propios problemas.

Previamente, en una conferencia de Prensa, Santiago Carrillo había declarado a los periodistas que la ascensión de Landelino Lavilla a la presidencia «sería salir de Málaga para entrar en Malagón», que fue informado personalmente por Suárez de la dimisión y que el lunes próximo se reuniría, con los dirigentes del PSU C para tratar de adoptar una posición conjunta ante la nueva situación.

En otro momento de su reunión con los informadores, el secretario general del PCE, manifestó que «conociendo la vocación política de Adolfo Suárez», no creía que su renuncia fuera definitiva. «Yo creo que el ex presidente esperará el momento adecuado para volver, aunque me parece que ese momento tardará algo de tiempo en producirse», añadió.

Respecto a la valoración que el señor Carrillo hizo del discurso pronunciado anoche por Suárez en televisión, comentó: «Pienso que ha habido un error en las palabras de Suárez, ya que no ha sido él quien ha fracasado, que es la impresión que pueden haber sacado la mayoría de los telespectadores, sino la política de derechización de UCD, aunque Suárez haya salido verdaderamente muy quemado en estos años duros de la transición».

Sobre su estado de ánimo dijo: «Yo, personalmente, no estoy nervioso en absoluto por, la dimisión del presidente Suárez. Quien me imagino que sí lo estarán son sus amigos». En cualquier caso, Carrillo dijo hablar a título de secretario general del PCE, y para obtener la declaración oficial del partido, habrá que esperar hasta la tarde de hoy, en cuanto finalice la reunión que tiene previsto mantener el Comité Ejecutivo.

“Si UCD se empeña en gobernar en solitario se convertirá en el primer obstáculo para la democracia”

Declaraciones a EL PAIS de Santiago Carrillo, secretario general del PCE

El secretario general del Partido Comunista de España (PCE), Santiago Carrillo, considera que la única vía para salvar la democracia española es la formación de un Gobierno de coalición UCD-PSOE, apoyado por las restantes fuerzas democráticas. Es partidario, al igual que Felipe González, de congelar el tema de la integración de España en la OTAN, «porque no es buen momento para dividir a las fuerzas constitucionales», se lamenta de que no sólo la Iglesia y EE UU hayan sido «lentos y tardíos» en pronunciarse a favor de la democracia, «sino también la Unión Soviética», y se aprecia un claro tono de tristeza en su voz cuando dice: «Si hay otro golpe de Estado y no fracasa, yo no me marcharía al exilio. Otra vez al exilio, no».

JOAQUINA PRADES - 06/03/1981

Pregunta. Usted, como secretario general de los comunistas, ¿teme en estos momentos por la democracia española?

Respuesta. Yo temo en estos momentos y he temido siempre por nuestra democracia, desde el principio. El 8 de noviembre de 1978 -mire si ha pasado tiempo desde entonces- leí un discurso en las Cortes donde declaré lo siguiente «Yo diría que el factor de

desestabilización más serio en este país es la incapacidad de las fuerzas políticas democráticas para unirse en una acción de Gobierno, mientras se consolida la democracia», y mire, aquí, en el *Diario de Sesiones* pone *risas*, sí se reían porque decían que yo estaba siempre con lo mismo, pero yo añadía en mi discurso: Los señores diputados que se ríen me da la impresión de que están en esta Cámara como en una campana neumática, y que no se dan cuenta de lo que está pasando en España». Quiero decir que aquellas palabras mías prefiguraron un poco lo que iba a pasar, lo que podía pasar en cualquier momento, porque para mí estaba muy claro que el peligro existía. Yo no necesito que se ponga la luz verde para ver que había luz roja, porque la luz roja se adivina nada más encenderse la luz naranja, y desde luego que la naranja estaba encendida desde hace mucho tiempo, ahí, delante de nosotros. Por eso creo que ha sido uno de los errores más importantes de las fuerzas políticas españolas el no haber hecho caso. Claro que ahora parece que hay una cierta voluntad de corregir ese error, y se habla del Gobierno de coalición.

P. Ese Gobierno de coalición que piden ustedes, el PSOE, algún sector de UCD y Coalición Democrática, ¿cree que llega a tiempo, en el supuesto de que se formase?

R: Yo creo que si llega, llega en el último cuarto de hora. Si ese Gobierno de amplia base parlamentaria se hubiera formado cuando nosotros lo dijimos, probablemente las cosas se hubieran desarrollado de manera muy distinta en este país, pero, en fin, aunque sea en el último cuarto de hora, sigo pensando en que es la única salida a esta situación, porque si el Gobierno de UCD era débil con Suárez, que tenía una personalidad fuerte, ¿cómo no va a ser más débil aún con Calvo Sotelo, quien, salvo sorpresas, no parece tener el talante y la audacia que en algunas ocasiones demostró Suárez?

P. Usted ya ha dicho muchas veces que el PCE no pedía una presencia física en ese hipotético Gobierno de coalición, pero sí la participación en un programa de actuación pactado entre todas las fuerzas. ¿Cuáles serían para el PCE las bases sobre las que se tendría que elaborar ese programa?

R. Fundamentalmente, cuatro puntos: la democratización del Estado, la organización del Estado de las autonomías. Bueno, en este tema yo creo que es necesario un pacto entre todas las fuerzas políticas, y, sobre todo, hay que superar ciertas formas que ha adoptado en algunos casos el movimiento autonomista, que parecía más una contestación a España que al Estado centralista. Es muy necesario dejar bien claro de tina vez que las autonomías son en España y con España, y que no significan disgregación ni disolución, sino fortalecimiento del Estado, e igual ocurre con la bandera. La bandera española es de todos y debe estar en todos los actos de las regiones y las nacionalidades, junto con la bandera autóctona, porque las autonomías tienen que avanzar con la conciencia de que España es de todos, de que es una nación de nacionalidades y regiones, donde las autonomías no son más que un medio para reforzar la idea de la patria común de todos los españoles. Hay que cuidar mucho el tema de las autonomías. Los otros puntos del programa a que me refería antes son, de un lado, el paro y la crisis económica; yo creo que un Gobierno que quiera crear esperanza no tiene que vacilar en dar prioridad al tema del paro, incluso aunque esto signifique un cierto endeudamiento -hoy, España no es uno de los países más endeudados- y aunque esto signifique, y lo digo con toda responsabilidad, un cierto grado de inflación controlada. Pero de poco serviría que bajase la inflación si al mismo tiempo España se va convirtiendo en lo que el presidente del Banesto, el señor Aguirre, llamó «un cadáver económico». Queda un último tema, importantísimo. Es el terrorismo: hay que combatirlo a fondo, con todas nuestras fuerzas.

P. ¿Cómo, señor Carrillo?

R: ¿Cómo? Poniendo al frente de la policía a demócratas que estudien la experiencia de la lucha antiterrorista en otros países -uno podría ser Italia-, dotándole de medios técnicos más eficaces, y, al mismo tiempo, desarrollando la autonomía vasca dentro de los límites de la Constitución, pero sin temor. Creo que ese es el único camino para acabar con el terrorismo.

P. Entonces, se supone que descarta del todo una intervención militar en el País Vasco, la declaración del Estado de excepción.

R: Por supuesto, ya lo creo. Mire, si el Ejército entra en el País Vasco ya no podrá salir, porque cuando saliera, la situación sería muchísimo más difícil de lo que es ahora. Yo creo que los que hablan de entrar con el Ejército en Euskadi no tienen ni idea de cuál es la situación ni de cuál es el fondo de los problemas. Ahora bien, otra cosa sería que se nos propusiera en algún momento dado que los grupos terroristas no pudieran tener un doble legal. Yo creo que nosotros seríamos comprensivos con una propuesta de este tipo.

P. ¿Está usted diciendo que sería partidario de dejar fuera de la legalidad a Herri Batasuna, Euskadiko Ezkerra y Fuerza Nueva?

R: Sí, aunque yo no incluyo a Euskadiko Ezkerra, porque, aunque haya tenido relaciones con los *poli-mili*s, hoy ya han renunciado a la lucha armada.

P. ¿Y también serían partidarios de cerrar sus órganos de expresión?

R: Sí, sí, por supuesto.

P. ¿Usted cree que el Partido Nacionalista Vasco (PNV) es realmente consciente de la gravedad de la actual situación política?

R: Yo creo que está claro que hay una realidad de los vascos que desgraciadamente se desarrolla muy alejada de la realidad española. Pero teniendo en cuenta que es inconcebible cualquier proceso autonómico o de libertades en Euskadi sin España, el PNV debería dar mayores muestras de responsabilidad en las cuestiones de Estado. Por ejemplo, hay cosas que son difícilmente comprensibles, como el discurso de Marcos Vizcaya en el debate de Investidura, muy derechista, y luego en el País Vasco su política es completamente distinta. Bien, el PNV un día tiene que decidirse. No se puede ser en Madrid un partido de gobierno y en Euskadi un partido que no se sabe dónde está. Mientras un partido tan importante como el PNV no tenga una actitud responsable y coherente, los partidarios del estado de excepción y de la intervención de las Fuerzas Armadas irán creciendo cada día.

P. Volviendo al tema del Gobierno de coalición. ¿Cómo cree que vería el Ejército ese ejecutivo, integrado también por los socialistas?

R: Yo creo que si el Ejército ve resultados políticos, el Ejército se tranquilizará con ese gobierno. El problema es ése: que haya hechos que demuestren que España está gobernada.

P. Sin embargo, parece que UCD está dispuesta a seguir gobernando en solitario.

R: Eso parece, y bien podría calificarse como de una grave irresponsabilidad histórica. Ya es grave que el Gobierno de amplia base parlamentaria no se haya constituido hasta ahora. Pero si después de todo lo que ha pasado, siguen sin permitirlo, habría que decir que UCD, que jugó un papel positivo en un momento dado de la transición, se ha convertido en el obstáculo número uno para el desarrollo de la democracia en España.

P. Entonces, ¿usted cree que si UCD insiste en el Gobierno monocolor y el terrorismo sigue golpeando a la democracia, podría haber un segundo golpe militar, que algunos piensan ya que sería definitivo?

R: Bueno, definitivo en este mundo no hay nada, y si hubiese otro golpe militar al cabo de unos años, quienes fueran propiciarían un contragolpe. Ahora bien, yo nunca me he hecho la ilusión de que el poder real estaba en el Parlamento. Si el Gobierno sigue siendo el de UCD, minoritario, seguirá fluctuando entre los diversos poderes que hay en este país y haciendo concesiones a los que tienen más medios resolutivos en las manos. Por consiguiente podríamos encontrarnos con que el fracaso del golpe daba paso a una política que en el fondo sería la que imaginaban los golpistas.

P. ¿Hasta dónde sería partidario de llegar en una depuración de las Fuerzas Armadas?

R: Pienso que los que son responsables, los que han actuado y participado en el golpe de Estado deben ser castigados con el rigor de la ley, ya que tienen una responsabilidad directa que tienen que pagar. Pero yo estoy convencido de que la gran mayoría del Ejército no ha tenido nada que ver, y está claro que no se trata de juzgar a un militar porque tenga tales o cuales ideas.

P. Si el golpe de Estado hubiera triunfado, ¿usted hubiera vuelto al exilio?

R: Ah, no, eso si que no. He pensado mucho sobre esto y me quedaría en España, en la clandestinidad, todo el tiempo que pudiera durar escondido, y después, pues Dios diría, pero yo no vuelvo al exilio por segunda vez. No, hombre, ya está bien.

“Los que no respeten los acuerdos del X Congreso serán expulsados del partido”

Advertencia para quienes insistan en legitimar las corrientes de opinión

Santiago Carrillo, líder del Partido Comunista de España (PCE), se enfrentará pasado mañana con un congreso donde la contestación a su permanencia como secretario general y a la aplicación del eurocomunismo que ha realizado durante estos últimos años va a ser numerosa, hecho insólito en un partido donde prácticamente todas las decisiones importantes se han adoptado por unanimidad. El hasta ahora carismático secretario general de los comunistas españoles sabe que va a ganar en el Congreso, pero intuye que muchos no se van a conformar con los resultados. Para éstos la advertencia es tajante: «Quien no acate las resoluciones del congreso será expulsado».

JOAQUINA PRADES - 26/07/1981

Pregunta. Vaya un congreso movido se le presenta a usted este año...

Respuesta. Si, bueno, pero no es la oposición que pueda tener yo lo que más me preocupa. Para mí hay algo mucho peor, y es que, teniendo en cuenta lo frágil que es todavía la democracia española, el que los partidos demos una imagen interna de luchas por el poder nos hace correr el riesgo de que la opinión pública crea que el

sistema de partidos no sirve, y, por tanto, la democracia no sirve. Porque, claro, no es lo mismo que estas cosas ocurran en Europa, donde allí se aceptan estas cosas como algo normal en el sistema, pero aquí, en España, con la gente acostumbrada al partido único de los cuarenta años, eso no está tan claro. Hemos logrado un buen equilibrio al basar la vida política sobre cuatro grandes partidos estatales y dos nacionalistas, y si ahora volvemos otra vez a la multiplicidad de partido y partiditos, entramos en una dinámica desestabilizadora. Creo que durante un tiempo, mientras la democracia se consolida, debería haber más colas de león y menos cabezas de ratón.

P. Cuando habla de esa multiplicidad de partidos ¿está pensando realmente en que el PCE se puede romper en este congreso?

R. Hombre, ese peligro existe siempre. Eso es evidente, no hay más que tomar el ejemplo de Cataluña. Allí en cuanto se ha creado una plataforma han terminado a bofetadas. Esa dinámica conduce siempre al desgarro y, por tanto, a la ruptura.

P. Pero, en el PCE ¿están las cosas ahora hasta ese punto de desgarramiento, como usted dice?

R. No creo. Ruptura, entendiendo por esta palabra el abandono de un sector del partido, creo que no la va a haber. Ahora bien, es muy posible que se creen situaciones personales incómodas tras el congreso, que originen situaciones conflictivas.

P. ¿Y esos conflictos podrían zanjarse con expulsiones?

R. Bueno, en Cataluña el comité ejecutivo ha propuesto la expulsión de nueve personas por agredir al diputado Solé Tura. Esto son medidas necesarias, y si hay cosas así en otros sitios, pues también habrá que tomar medidas administrativas.

P. ¿Usted cree que el X Congreso también va a terminar a bofetadas?

R. No, no creo que se llegue a tanto. Pero si ocurriera, pues haríamos lo mismo que en Cataluña, y si hay disciplina hacia los acuerdos del congreso no habrá medidas administrativas. Votar en favor de las corrientes no es romper la disciplina, pero seguir insistiendo en ese tema si el congreso aprueba otra cosa, ya la cosa cambia.

P. Entonces, si la mayoría del congreso no acepta la existencia de corrientes de opinión, pero luego las minorías siguen demandándolas, ¿se llegarían a producir expulsiones?

R. Por supuesto. Los que no acaten los acuerdos del congreso no podrán seguir en el partido.

P. Esa oposición que se ha desatado en torno a usted parece responder más a un descontento generalizado que a una alternativa política distinta a la que usted mantiene. ¿Por qué está la gente descontenta en el PCE?

R. Es que la transición política ha dejado descontentos a muchos. Efectivamente, no se cuestionan contenidos políticos en el PCE. Ni siquiera los dogmáticos tienen una alternativa propia, pero es que para que no hubiese habido ese descontento nuestro partido tendría que haber tenido tantos diputados como tiene el PSOE. Yo comprendo el drama de algunas personas de nuestro partido durante la transición: ellos, que se han partido la cara luchando contra el fascismo, no están en el Parlamento, mientras sus propios compañeros de curso, que se pasaron toda la clandestinidad sin dar ni golpe, pues resulta que ahora son diputados socialistas. En fin, es una situación que yo lamento muchísimo, pero el PCE es lo que es, y nuestro progreso va a ser lento, no nos equivoquemos.

P. ¿Y en el PSOE están esperando a esos descontentos que no han podido ser diputados?

R. Ah, eso no lo sé. En todo caso, no creo que se vaya a ningún sector comunista. Tal vez alguien, individualmente.

R. Sí, porque hay una corriente que quiere representar a un sector de la sociedad, y de hecho es el reflejo de un sector social determinado, de capas medias. Los de esa corriente serán comunistas, yo no lo niego, pero sus concepciones políticas están condicionadas por el medio social en que viven. Ustedes, los periodistas, han hablado de los resultados de la votación en que se aprobaron las corrientes de opinión en la conferencia de Madrid, pero no se han dado cuenta de que en esa misma votación faltaba el 20% de los delegados.

P. ¿Y dónde estaban?

R. En su casa, durmiendo. Porque estar dos noches de debate y plantear esta votación el domingo, a las tres de la madrugada, ya me dirá. Si un obrero tiene que estar a las siete en la fábrica, a cuento de qué iba el pobre a aguantar también esa noche sin pegar ojo. Yo no entro en si la prolongación de los debates fue casual o no lo fue, pero eso es un hecho cierto, y lo digo porque puede ser indicativo de esa representación sociológica de la que hablaba antes.

P. Hay profesionales y eurocomunistas renovadores que se quejan de que usted los utilizó durante las elecciones municipales para ver si así se atraía el voto de las capas medias y, como ese voto ha ido a parar al PSOE, ahora parece que los ha abandonado, que no le interesan.

R. No, qué va. Eso no es cierto. Y la prueba es que yo no intervine para nada en la composición de las listas electorales. Si esa gente que se queja es de Madrid, por ejemplo, aquí podría yo decirles que esa lista fue confeccionada exclusivamente por Tamames y ratificada por el Comité Central. Ahí Tamames metió a quien quiso y nunca se les ha molestado en su trabajo. Además, si creen que ya no interesan al partido están muy equivocados, entre otras cosas, porque yo nunca he pensado que no vuelvan a ser candidatos en las próximas elecciones. Mire sino el caso de Eduardo Mangada (uno de los eurocomunistas renovadores). Cuando Tamames se fue y dejó el puesto vacío en el Ayuntamiento, fui yo quien intervine para que el arquitecto Mangada ocupase su lugar.

P. Usted, señor Carrillo, dice que en este congreso se van a renovar cosas. ¿Qué es, en concreto, lo que va a cambiar?

R. En primer lugar, al reducir el Comité Central en 61 personas, ahí va a haber una renovación de personas. Se va a abrir una puerta para que entren personas jóvenes, y ello, inevitablemente, implicará la salida de otros más veteranos, aunque la cosa no va necesariamente de edades. Además, es curioso que se tenga la imagen de un PCE gerontocrático, porque quitándonos a Simón y a mí, los demás portavoces del partido son gente joven: Solé Tura, Tamames cuando estaba, Pérez Royo, Curiel, Nicolás Sartorius y otros. Pero también se va a cambiar el sistema de trabajo. Ahora hay demasiadas comisiones y se van a reducir a cuatro o cinco grandes áreas, una de las cuales estará exclusivamente dedicada a la organización del trabajo de las agrupaciones.

P. El mal funcionamiento de las agrupaciones de base ha sido señalado tanto por usted como por sus oponentes como el principal error cometido en su partido desde el IX Congreso. ¿Qué repercusiones ha tenido?

R. La primera consecuencia de este error ha sido la desafiliación. Hay muchos camaradas que continúan aún con el carné de 1978, y no porque se hayan alejado del partido, sino porque en las agrupaciones nadie se ha encargado de renovárselos. También ha ocurrido que las bases no se enteraban muy bien de lo que se hacía en el partido por arriba, porque, dado el nivel cultural de nuestro país, la mejor información es la oral, y claro, como no disponemos de televisión propia, pues tenía que haber ido un camarada nuestro a las agrupaciones a explicarle a la gente el porqué de esta decisión política o el porqué de esta otra. Y debatir los temas con la gente, para que pudieran haber sugerido temas, preocupaciones. Se ha ido, sí, pero una vez al año a lo mejor, y claro... A partir de ahora todo esto va a cambiar. Va a haber muchísima más interrelación entre las bases y los de arriba.

P. ¿Y por qué no intentó arreglarlo antes?

R. Yo ya hace tiempo que me di cuenta, y planteé, por ejemplo, que se hiciera una encuesta minuciosa para comprobar los verdaderos motivos de la afiliación, pero yo no mando, a pesar de lo que los periodistas creen, y aunque yo he insistido, no me han hecho caso.

P. Pero, señor Carrillo, que usted insista para que se haga una cosa que considera fundamental en su partido, y que nadie le haga caso, no sé si la gente se lo va a creer.

R. Pues es verdad. Yo comprendo que les cueste creerlo, porque ustedes tienen la idea de que yo aquí aprieto un botón y todo el mundo firmes. Pues no, no es así. Aquí somos pocos y además sobrecargados de trabajo, y yo digo una cosa, pero por unas razones o por otras no se hace.

Renovadores con tics estalinistas

P. ¿El actual PCE conserva todavía tics estalinistas?

R. Hombre, sí, claro que quedan tics, pero lo notable del caso es que se dan rasgos estalinistas no solamente entre los dogmáticos, sino en los que se llaman *renovadores,* pues ha habido agrupaciones en Madrid donde las votaciones han sido un 40% de eurocomunistas y un 51 % de renovadores, y, sin embargo, no pudo venir a la Conferencia ni un sólo delegado eurocomunista. Eso es estalinismo.

P. Da la sensación de que el PCE va a acentuar su carácter de clase obrera, tal vez para delimitar espacios electorales.

R. No, esa es una impresión equivocada. En la conferencia de Madrid no habría ni un 30% de delegados obreros, aunque haya entre un 80% y un 85% de obreros en nuestras bases. En la secretaría de Madrid, por ejemplo, ha salido un obrero panadero (Simón Sánchez Montero) y ha entrado un ingeniero físico (Adolfo Piñedo).

P. ¿Quiénes son realmente los votantes del PCE?

R. Los trabajadores, una parte de los intelectuales y las capas medias modestas.

P. En el PSOE podrían contestar lo mismo a esta pregunta.

R. Sí, pero con la diferencia de que el PSOE tiene una franja más a la derecha que yo no tengo. Yo creo que el PSOE puede desempeñar un gran papel en la transformación de la sociedad española, pero si a su lado no hay un partido comunista verdaderamente fuerte, el PSOE no hará transformaciones socialistas.

“Ya he chocado otras veces con la mayoría”

La conferencia nacional del PCE

ANABEL DÍEZ, Madrid - 31/03/1985

Fue en 1956 la primera vez que Santiago Carrillo chocó con la dirección del PCE; desde hace dos años se reproduce la situación. La actual crisis de su partido la circunscribe el veterano político en el debate en el que se encuentran inmersos todos los partidos comunistas que actúan en sociedades capitalistas: pueden desaparecer ante una sociedad tecnológica o, por el contrario, la nueva sociedad creará una nueva clase obrera, con más *desposeídos* que refuercen la necesidad de partidos comunistas. Carrillo se queda con la segunda posibilidad. “El futuro del partido depende a veces del coraje revolucionario de una minoría”, aunque para ello Carrillo está dispuesto a “quebrar” el principio ortodoxo comunista de acatamiento a la dirección.

Pregunta. La división que vive el PCE puede enmarcarse en un proceso profundo como es la búsqueda del sentido de un partido comunista en España y el papel que debe jugar.

Respuesta. Esto ya ocurrió en los años treinta, tras la crisis económica y social de la revolución industrial. Ahora estamos ante la segunda, y en los partidos comunistas se plantea una cuestión: ¿desaparecerá la clase obrera o, por el contrario, aumentará el número de desposeídos? Hay quien piensa que la clase obrera desaparecerá y ya no será necesario un partido comunista. Otros pensamos que con el desarrollo tecnológico e industrial van a

aumentar en los países más desarrollados los marginados, por lo que hará falta un partido comunista aunque puesto al día.

P. Esta disyuntiva es la que desde su punto de vista se dirime en el PCE. Usted parece dispuesto a defender sus tesis al margen de la mayoría de la dirección emanada del 11º congreso y obviando los principios comunistas del centralismo democrático.

R. Hay quien no se da cuenta de que existen momentos históricos en los que la noción de mayorías y minorías no se puede mantener como un criterio para resolver los problemas. Éstos imponen quebrar esa concepción, conscientes de que la vida del partido y el porvenir del movimiento obrero dependen del valor político que se muestre, aceptando incluso la responsabilidad de no acatar mayorías formales.

P. Usted considera entonces que el movimiento obrero y la historia le demandan que no acate las resoluciones de la dirección.

R. No es la primera vez que yo choco con la mayoría. La primera fue en 1956, cuando se discutía la necesidad de un cambio en el partido orientado a la reconciliación nacional que incluía el apoyo a que España ingresara en la ONU en pleno régimen franquista. Yo estuve un tiempo en minoría defendiendo esto y consideré mi deber hacer públicas mis discrepancias; al final me dieron la razón. Pienso que el futuro del partido depende a veces del coraje político y revolucionario de una minoría de la dirección, que puede no serlo tanto en las bases. La división es real y profunda, no caprichosa. Es necesario un debate ideológico serio en que cada uno mostrara sus cartas sin tapujos.

P. ¿A qué tapujos se refiere?

R. Creo que hay un doble lenguaje: el que la mayoría utiliza en el interior de la comisión del manifiesto programa y que habla de romper con el anterior manifiesto, refundar el partido, y que el nombre del PCE ya no vende; y otro que se utiliza públicamente, porque saben que el otro no se aceptaría, en el que se quiere dar a entender que no existen discrepancias ideológicas. Debe haber un debate ideológico profundo que se prolongara en el tiempo, porque hay problemas que no están claros. Un debate que no impidiera a todos los comunistas ir juntos a las elecciones del 86. Un debate que no se cerrara con medidas disciplinarias; estamos en tal situación de división que pretender la resolución de los problemas estatutariamente es un disparate. Y con la conferencia nacional ya se ha comenzado con las sanciones porque ahí se va a decidir acabar con la organización de Madrid y del País Valenciano. No obstante, ni pensamos irnos con Gallego ni formar otro partido; aunque se nos expulsara, seguiremos siendo PCE.

P. En términos electorales, ¿qué futuro vislumbra para el PCE?

R. Si no se rectifica, y yo sigo llamando al diálogo, va a suceder que en el 86 Gallego irá con una candidatura, la mayoría de hoy con otra, y nosotros no sé qué vamos a hacer, depende de la mayoría; el caso es que podemos sacar menos diputados que ahora y la posibilidad de que el PCE desde un punto de vista electoral desaparezca. Ahora bien, por muchas crisis que haya, el PCE es una necesidad histórica y resurgirá y en España hay muchas gentes comunistas. En la historia de los partidos comunistas, tras las crisis resurgen con mucha más fuerza.

“No comprendo de dónde saca Izquierda Unida el dinero”

LA CAMPAÑA ELECTORAL

EL PAÍS inicia hoy una serie de entrevistas con los principales líderes políticos que se presentan como candidatos a la presidencia del Gobierno en las elecciones legislativas del próximo 22 de junio. Abren la serie los dirigentes de dos formaciones con protagonismo comunista: Izquierda Unida, que encabeza el secretario general del PCE, Gerardo Iglesias, y Unidad Comunista, que lidera Santiago Carrillo. Producto de la crisis provocada por su fracaso en las elecciones de 1982, los comunistas se presentan a los comicios divididos y atacándose mutuamente. Carrillo llega a acusar a Iglesias de estar financiado por la derecha y de querer convertir el PCE en un mini-PSOE.

“Iglesias piensa que el PCE no es válido” - “Al día siguiente de ser secretario general pensó que estaba allí para mandar”

FÉLIX BAYÓN Madrid - 13/06/1986

Santiago Carrillo, 71 años, se presenta a estas elecciones al margen del PCE, partido que dirigió, como secretario general, durante 22 años.

Pregunta. ¿Era completamente imposible el entendimiento con Izquierda Unida?

Respuesta. Nosotros enviamos varias cartas a Gerardo Iglesias, pidiéndole hablar, con el fin de llegar a un acuerdo para una única candidatura comunista. No tuvimos respuesta. Le llamamos por teléfono. Dijo que con nosotros no tenía nada de que hablar.

Los amigos del PCPE [Partido Comunista de los Pueblos de España, que lidera Ignacio Gallego] le propusieron una reunión tripartita y se negó a ella. Gerardo se negó no sólo a un acuerdo, sino siquiera a hablar con nosotros. Eso es lo que ha hecho imposible que en estas elecciones haya una candidatura en la que estemos todos los comunistas.

P. ¿Cómo explicaría usted a un elector despistado cuáles son las diferencias entre Izquierda Unida y Unidad Comunista?

R. Juzgando por lo que yo sé de las posiciones de Gerardo Iglesias -las públicas y las no públicas-, el fondo de la cuestión es que él cree que la izquierda tiene que buscar otra forma de hacer política distinta a la de los partidos tradicionales. Es decir, Gerardo Iglesias comparte, en el fondo, las posiciones de Ramón Tamames, que piensa que en esta época el Partido Comunista no es válido y que hay que ir a una especie de partido progresista, sin referencias ideológicas ni de clase, a una especie de *mini-PSOE.*

Ésa es, creo, la diferencia de fondo, porque por cuestiones personales, yo, que llevo en la política muchos años y he tenido muchas experiencias, no concibo que se impida un proyecto político que nos hubiera permitido recuperar el voto de 1977 o de 1979.

P. ¿Cree que se puede recuperar el capital político que los comunistas tenían al principio de la transición, teniendo en cuenta que, según las encuestas, Unidad Comunista no obtendrá ningún diputado y que Izquierda Unida tendrá resultados inferiores a los

obtenidos por el PCE anteriormente, a pesar de que se presenta a las elecciones con el apoyo de otros grupos?

R. El principal problema que tenemos nosotros es que el elector aún no distingue bien entre las dos opciones. Creo que ya las va distinguiendo. Ha pasado muy poco tiempo, y muchos electores que dicen que van a votar comunista lo dicen pensando en que me van a votar a mí. Creo que en lo que queda de campaña la diferenciación se va a hacer, y creo que vamos a tener bastantes más posibilidades de las que aparecen en estas encuestas. Respecto a la baja del voto para Izquierda Unida, creo que se debe a que ahí hay una alianza que no es una alianza de izquierda. Ni los carlistas; ni los humanistas; ni el monárquico-liberal señor Miralles, de derechas de toda la vida; ni Izquierda Republicana, que es un recuerdo que representa muy poco, dan una imagen de unión de izquierdas. El domingo, en el mitin de la Casa de Campo, después de la fiesta hubo unas 1.500 personas, cuando a esa fiesta viene siempre gente de todo el país. Eso es significativo de que Izquierda Unida se está desinflando, porque no es izquierda y porque esa unidad une muchos ceros a la izquierda.

Elemento de disgregación

P. ¿Usted cree que ha hecho todo lo posible para evitar la desunión de las fuerzas comunistas y no se arrepiente de nada?

R. Yo me arrepiento de una cosa: de que el Partido Comunista de España pasa de una dirección muy centralizada en el período de la clandestinidad a una democracia que no existía en ningún partido español. En un momento, admitimos el voto secreto, la libertad de afiliación a partidos sin restricciones, la posibilidad de ser elegido incluso para los cargos más altos sin la condición de pasar por un período de prueba en el partido. Un militante que entrase en 1977 podía ser secretario general en el partido al día siguiente, gracias a

una votación secreta, y así muchos son hoy dirigentes de organizaciones muy importantes del partido. Eso ha sido un elemento de disgregación.

Yo creo que cometí un error, porque la transición a un sistema completamente democrático debía de ser más estudiada, más controlada, para impedir que penetrasen en los cuadros del partido personas que no es que tuvieran mala fe, sino que no tenían ideas comunistas. Luego a mí se me han inculpado todas las expulsiones que ha habido en el partido, pero la verdad es que yo no he intervenido, directamente, más que en la disolución del Comité Central que dirigía Lertxundi en Euskadi, que había decidido no convocar congreso del partido vasco y disolverlo para entrar en Euskadiko Eskerra, lo cual levantó una sublevación de los militantes vascos. En ese momento sí, yo, con Sartorius y Jaime Ballesteros, fui al País Vasco y nombré una nueva dirección para que organizara el congreso del partido.

Luego, aquí, cuando los concejales comunistas madrileños, se pusieron a apoyar la solución de Lertxundi, que era un intento de llevar la disolución del partido al resto del país, yo les dije que debían de dimitir, y como se negaron, y entonces la ley hacía posible que la expulsión permitiese el relevo de los cargos públicos, decidí expulsarlos.

Fueron las únicas expulsiones en las que he intervenido. Porque hubo otras expulsiones, como en Asturias, y las hizo Gerardo Iglesias y Simón Sánchez Montero, o en Cataluña, y fueron Gutiérrez Díaz, Paco Frutos y Andreu Claret quienes las decretaron. Los mismos que ahora me culpan a mí de todas las expulsiones y todos los males que ha habido en este partido.

P. ¿No se arrepiente de haberle abierto las puertas del Comité Central a Gerardo Iglesias?

R. De eso sí que me arrepiento, porque Gerardo Iglesias no entendió cuál era su papel: asegurar la transición hasta el XI Congreso, afrontar la crisis y formar un nuevo equipo. Iglesias, al día siguiente de ser secretario general, pensó que estaba allí para mandar, y comenzó a mandar, y así nos ha ido.

P. Quizá es que Iglesias estaba allí para que usted siguiera mandando...

R. Mi idea era formar un nuevo equipo de dirección y pensaba que, sin ser el secretario general -por mi papel en la historia del partido y por el hecho de que soy un hombre que tiene una personalidad política en este país-, podía seguir jugando un papel en la dirección del partido. Creo que eso le convenía al partido. Y estoy convencido de que uno de los errores históricos de Gerardo Iglesias y de los que le acompañan es no haberlo comprendido.

La diferencia, en cualquier caso, no ha sido por el cargo, sino que Gerardo Iglesias, a los pocos días de ser elegido, tomó otra línea de conducta.

Finanzas modestas

P. ¿Las finanzas de su grupo cómo van?

R. Las finanzas de mi grupo son muy modestas: sólo hay cinco personas liberadas. Tenemos 100 millones de un *pool* de bancos, y esperamos tener 114 millones más de otros créditos. Luego, podemos tener 100 millones más de la aportación militante y de las ayudas de amigos.

Podemos llegar hasta el final con una campaña modesta pero digna. No podemos tener tantas vallas como el PSOE o como Roca. Incluso no tenemos tantas como la llamada Izquierda Unida, pero tenemos una presencia en carteles que supera al PSOE. Nosotros nos administramos con mucho menos dinero que otros partidos. Entre paréntesis: no comprendo de dónde saca Izquierda Unida el dinero que está gastando. Porque si los bancos le han dado 150 millones, no sé cómo en Andalucía están gastando, según han reconocido sus dirigentes, 250 millones para las autonómicas, y 100 más para las generales...

P. ¿Entonces, de dónde sale el dinero?

R. Mire, aquí estuvo un señor sentado donde está usted, hace mes y medio, que me dijo que si me unía con Tamames había un grupo dispuesto a poner sobre la mesa 500 millones... Me imagino que ha debido salir de ahí.

P. Entonces, ¿cree que hay un sector de la derecha dispuesto a financiar a Izquierda Unida con el fin de restarle votos al PSOE?

R. Evidentemente, hay un interés de la derecha -y lo mismo que se ha hecho esa gestión conmigo, se ha hecho con Julián Ariza- por alcanzar ese objetivo. Se me planteó con claridad cuál era: impedir que el PSOE volviera a obtener mayoría absoluta.

Yo estaría de acuerdo si tuviéramos las condiciones para que la mayoría absoluta la tuviéramos el PSOE y nosotros, pero yo no trabajo para Fraga contra el PSOE. Contra Franco, me aliaba con el diablo; pero contra el PSOE, no.

El ‘cambio’ de Gorbachov

F. B., Madrid

Pregunta. ¿Cree que en la disgregación del Partido Comunista de España tiene algo que ver la Unión Soviética?

Respuesta. Evidentemente, la política anterior a Mijail Gorbachov ha incidido en la desunión comunista en España, y no sólo en España: también en otros países. Creo que con la dirección de Gorbachov hay un cambio en esa política, y que Gorbachov se está comportando con mucho más respeto hacia la independencia de los partidos comunistas, pero es evidente que la dirección anterior jugó con la existencia de partidos comunistas incondicionales, y que eso fue un error.

P. Usted parece ahora menos crítico con la Unión Soviética. ¿Esto es porque cree que ha cambiado la Unión Soviética o porque ha cambiado usted?

R. La dirección de Gorbachov representa un cambio en la Unión Soviética que en Occidente unos no han conseguido comprender y apreciar y otros no quieren comprender, porque les interesa mantener siempre la imagen del inmovilismo de la Unión Soviética. Ésa es la razón de que yo hoy tenga muchos más puntos de coincidencia que los que tenía con los anteriores líderes soviéticos.

P. ¿Cree ahora que el modelo soviético es válido para una sociedad posindustrial?

R. No. Creo que Gorbachov tampoco debe pensar que el modelo soviético sea aplicable a los países desarrollados de Europa Occidental. Creo que aquí el modelo debe de ser muy distinto, y lo he dicho y escrito muchas veces. La cultura política y el desarrollo económico en estos países hace mucho más posible y real el desarrollo de una democracia mucho más amplia.

El hombre de los ojos grandes

Tras su fracaso electoral, Santiago Carrillo seguirá en la política porque "es difícil hacer carrera de mí"

ROSA MONTERO - 29/06/1986

Yo diría que últimamente le han crecido los ojos tras las gafas, que ahora tiene más grandes las pupilas, como si se le hubiesen dilatado a fuerza de ver mucho o de atravesar algunos trances que pudiéramos denominar exorbitantes. O quizá no, quizá todo sea una cuestión de gesto, de otra forma de estar ante la vida. Antes, los ojos de Santiago Carrillo solían estar achinados en una sonrisita maliciosa, o entornados para calibrar bien al oponente, y, en cualquier caso, eran unos ojos opacos, reflectantes, que no dejaban de ningún modo traslucir lo que yacía debajo. Era don Santiago un experto en esto de construirse a sí mismo como máscara, como esfinge política, zumbón y temible, tan resbaladizo como el mercurio y tan correoso como un cuero viejo Pero ahora no. Ahora, o al menos hoy, ya no juega a ser el más ladino de cuanto malandrín pobló la tierra. Ahora, hoy, se comporta como una de esas escasísimas personas que no están interesadas en demostrar nada, sino más bien en ser. Incluso el ritmo de su conversación, siempre tan lento y cauteloso, siempre tan sopesador de cada palabra y cada verbo, parece haberse aligerado. Carrillo está expansivo, relajado, charlador, con la serenidad de quien no tiene nada que perder. Hoy ha abandonado momentáneamente su papel de líder agazapado y tronante y se presenta ante mí como un ser mucho más asequible, un ciudadano de 70 años muy vividos, un hombre de ojos grandes.

-¿Sigue usted padeciendo de úlcera?

-Yo creo que sí, que la úlcera de duodeno sigue ahí. Pero me medico yo mismo y la tengo dominada.

-Y eso a pesar de que estos últimos tiempos han sido difíciles para una úlcera, ¿no?

-La verdad es que esta última época ha sido menos dura que el período, por ejemplo, del décimo congreso y aledaños, en torno al 82. Porque esta vez éramos me nos, pero mejor avenidos. Y nuestra gente ha reaccionado muy bien, ha encajado muy bien los resultados electorales, ha valorado el hecho de tener un cuarto de millón de votos, que no era pequeña cosa en la situación en que hemos ido a las elecciones... Han rabiado también mucho cuando han visto que yo no salía por Madrid, pero lo han encajado muy bien y están dispuestos a seguir adelante. Yo no me he sentido en ningún momento, en esta ocasión, en peligro de ser apuñalado por la espalda.

-Y antes sí, claro.

-Sí, en el 82 era evidente.

COMUNISMO DIFERENTE

L**e** diré que he oído a mucha gente, a personas que no pertenecían a la esfera ideológica comunista, lamentar que usted no haya salido diputado.

-La verdad es que sí, muchísima gente de todos los colores me ha mostrado su sentimiento. Si la cuarta parte de los que me han mostrado su sentimiento me hubiera votado, hubiera salido, y además por muchos votos...

-Resulta paradójico, porque la gente no comunista se lamentaba, pero los comunistas se alegraban de su fracaso.

-Ésos eran felices, sí, estaban exultantes... Gerardo Iglesias dijo por la televisión, cuando se pensaba que yo salía, que era una pena. Pero, bueno, es que hay un sector del PCE que en realidad se orienta a hacer algo distinto al partido comunista, es decir, se orienta a transformar Izquierda Unida, en la práctica, en un nuevo partido. Es gente que aunque no lo confiese aún abiertamente, porque eso le restaría apoyo de aquellos comunistas que siguen en el PCE, está pensando que el comunismo ya no es una idea válida hoy, que hay que buscar otro camino. Mientras que nosotros pensamos, y no solamente por una actitud residual o sentimental, que la revolución científico-técnica que está empezando es precisamente la base material necesaria para el comunismo tal como lo entendía Marx y que, por consiguiente, aunque estemos en una coyuntura histórica de crisis, para nosotros está claro que el futuro del comunismo es un futuro espléndido. Naturalmente que será un comunismo diferente, hasta ahora no ha habido comunismo en ninguna parte. Pero nosotros estamos convencidos de que esta opción tiene un futuro claro en nuestro país y que hay que mantenerla incluso en la coyuntura actual, tan difícil. Porque la gente que hemos visto coyunturas aún mas difíciles no nos asustamos.

-Así es que usted mantiene intacta la fe en el proyecto comunista.

-Sí, sí, sí. Bueno, para ser más exactos, la confianza.

-Me resulta asombroso, después de tantísimos años en esta lucha. Perdone la comparación, pero de repente se me ha ocurrido que usted podría ser como uno de esos cardenales o grandes teólogos que defienden el dogma ardientemente pero que son precisamente los mayores descreídos.

-No, es que en realidad no es un problema de creencias. Yo no soy comunista porque crea, sino por un conocimiento científico, porque tengo cierto conocimiento de la historia, de lo que es el marxismo. Y estoy plenamente convencido de que las perspectivas del comunismo son muy claras. Y además sé que un cambio de sociedad, como los otros cambios que ya ha habido en la historia, del esclavismo al feudalismo, etcétera, pues que estos cambios se cumplen en un largo período histórico, no son una tarea que pueda abordar aquella persona para quien la política es una realización personal inmediata. Es un trabajo que hay que ver como una gran tarea histórica en la cual tú eres un eslabón, un escalón; no puedes aspirar a ser el protagonista hasta el fin. Yo no soy el cardenal descreído que trata de mantener un tinglado. Si yo no tuviera una confianza racional en el porvenir del comunismo lo diría mañana mismo a la gente y no engañaría a nadie. Porque los cardenales tienen sus palacios, un tren de vida, son gente importante. Yo no tengo palacios, no tengo ningún tren de vida que mantener, no tengo *statu*s. Ya ve usted lo que es este piso, y aquí hay gente que trabaja benévolamente, y unos pocos, muy pocos, cobran un sueldo muy modesto.

UN MELODRAMA

Estamos en la redacción de la revista que dirige Santiago Carrillo, que es también la sede de Unidad Comunista. En la pared se despliega el título dé la publicación escrito en grandísimas letras un Ahora imperativo que enmarca las espaldas del político y cuyas dimensiones parecen cuadrar con la férrea perseverancia de Carrillo, con su enormidad voluntariosa.

-Entonces, don Santiago, ¿se ha planteado usted el hecho de que esta crisis puede durar muchos años y de que usted puede morir antes de ver ese relanzamiento del comunismo que usted augura?

-Sí, sí, yo eso lo tengo asumido. Mire usted, los comunistas de mi generación... Claro, eso hoy parece literatura, pero... Los comunistas de mi generación vivíamos siempre con la idea de que muy probablemente, por la existencia del franquismo, iba a llegar un momento en que tendríamos que dar la vida. Visto hoy eso parece un melodrama, pero para mí está perfectamente asumida la idea de que soy un eslabón que va a terminar antes de que ese proceso culmine.

-O sea, que usted ha aceptado ser biográficamente un perdedor.

-Como persona, un perdedor; históricamente, un ganador. Sí, lo tengo aceptado hace mucho.

-¿No ha tenido usted nunca dudas respecto a ese triunfo final en sus 57 años de vida política?

-No, nunca. A medida que he ido conociendo más, sabiendo más, he tenido cada vez más confianza.

Es como el granito, y yo no sé si admirarme o aterrarme ante ese talante berroqueño. Es, en cualquier caso, de la estirpe de los viejos luchadores, de esos que ya apenas si quedan. Es un veterano león lleno de cicatrices del pasado, y cuando habla, la boca se le llena de los relumbres de dos colmillos de oro, como avisando de que aún puede morder si le fastidian.

-Si se mira bien, señor Carrillo, la historia de la izquierda real de este país, de la izquierda de siempre, es una historia de pérdidas constantes.

-Sí, es cierto. Se perdió primero la República...

-Y luego la guerra, y más tarde la idea de que Franco iba a caer con Hitler, y de que la dictadura iba a ser breve, y luego se perdió la

ruptura... ¿Cómo se aguantan todas estas derrotas?

-Hay mucha gente que no lo aguanta. Y mucha gente ha ido quedándose por el camino y marchándose. Humanamente, yo lo entiendo. A lo largo de estos años mucha gente se ha ido separando, y a mí lo que me molesta de esa separación es que en vez de decir: bueno, yo me he cansado y quiero vivir, lo cual sería comprensible desde un punto de vista humano, pues la mayor parte de la gente se busca trucos, pretextos para dorar su abandono. Y eso es lo que me parece más feo. Porque ya digo que humanamente yo comprendo que ese tremendo túnel que han sido los 40 años de franquismo era muy duro y que para soportarlo había que tener... o una confianza racional muy seria o fe. Unos lo resistieron con esa confianza, otros lo resistieron con la fe. Y hubo gente que tenía confianza o fe en un período y que la perdió. Yo no he sentido en ningún momento dudas por una razón que quizá la generación de hoy no puede entender: porque desde niño yo me he formado en ese ambiente. Siempre lo he tenido claro, aun sabiendo que yo no iba a ser más que un eslabón, un hombre que va a tener pocos éxitos personales y aparentemente más fracasos, pero un ganador desde el punto de vista de la historia.

-Pero supongo que de joven no tuvo tan claro esto de que usted era sólo un eslabón.

-Es cierto. Mire, en el período de la guerra, entre nosotros, los jóvenes, los que teníamos 20 años, había una cantidad de romanticismo enorme. Yo recuerdo algunas conversaciones nocturnas con camaradas -muchos de ellos han muerto- al finalizar nuestro trabajo. Eran charlas a tumba abierta. ¿Y sabe usted cuál era nuestro comentario en esa época, cuando pensábamos que podíamos ganar la guerra? Pues nuestro comentario era: “Hay que ver, nos vamos a encontrar con una revolución victoriosa en las manos, a los 22 años, sin haber hecho prácticamente nada por

merecer, desde el punto de vista personal, ese éxito”. Es decir, que en aquel momento nuestro romanticismo nos llevaba a reprocharnos el tener en nuestras manos una victoria por la que prácticamente habíamos hecho muy poco cuando tanta gente en el pasado había sacrificado su vida. No le estoy mintiendo, le aseguro que era así; éramos muy jóvenes y creíamos que íbamos a vencer. Luego las cosas cambiaron y nos ha costado todo mucho, muchísimo, y mucha gente ha caído y ha perdido la vida, y ha sido martirizada. Pero en ese momento nos hacíamos ese reproche: vas a vencer sin haber hecho prácticamente ningún sacrificio grande por esa victoria.

ROMANTICISMO

Mire, no estoy intentando con esto hacer una crítica maliciosa sobre el tópico paralelismo del PCE y la Iglesia, pero, sinceramente, ¿no es ésta una actitud profundamente cristiana? La necesidad de un sacrificio para alcanzar el cielo, el misticismo del martirio...

-Yo creo que en el movimiento comunista, ya lo decía Engels, hay una gran semejanza con el movimiento de los primeros cristianos. En realidad, los primeros cristianos ofertaban su vida y se hacían comer por los leones pensando en el milenario, que estaba ahí a la vuelta, en el que todos íbamos a ser iguales, libres y felices, y aunque murieras ibas a resucitar. La diferencia es que yo sé que no voy a resucitar.

-Y no le importa.

-No me importa. Es decir, hay un elemento de racionalidad en ese... yo no lo llamaría misticismo, sino romanticismo revolucionario. Hay un elemento de racionalidad que no había en la posición de los cristianos. Pero la verdad es que gracias a que ha habido minorías así, que en un momento determinado han conseguido la mayoría, la

humanidad ha ido avanzando. Y que con escépticos, y tecnócratas, y *trepa*s, y demás, la humanidad va a avanzar muy poco.

Pero la confianza de Carrillo no se rinde, y está seguro de que los jóvenes de hoy encontrarán un nuevo tipo de romanticismo revolucionario, una entrega que será distinta, que no tendrá ya que pasar por el propio sacrificio, pero que construirá, y muy pronto, un futuro más habitable. Son 10 años, dice Carrillo, sólo 10 años para empezar a ver la recuperación del comunismo: “Y en eso es en lo que estoy trabajando”, concluye, cerrando el implacable silogismo. Le hablo de que se le ha criticado precisamente por no haber cedido el paso a gente más joven:

-Pero yo me retiré a un segundo plano, y estaba dispuesto a dejar que otro u otros estuvieran en el primero. Pero lo que no estaba dispuesto era a dejar que me enterraran vivo, sobre todo porque yo sé más que todos ellos. Ésa es la cuestión. Y mientras que yo sea consciente de que sé más que todos ellos, pues no me gustará que me entierren.

-Le encuentro a usted muy relajado. Mucho más sereno que hace algunos años.

-Sí, estoy relajado. Yo estoy hoy mucho mejor, físicamente y todo, que hace seis años, por ejemplo. Mucho mejor. Estoy muy tranquilo, muy seguro, a pesar de que acabo de perder el acta de diputado, que algunos creen que eso sería una tragedia para mí. Mire usted, quizá mi defecto más grande es que yo tengo confianza en mí mismo. Yo no me siento disminuido por haberme quedado fuera del Parlamento; se lo digo sinceramente. Quizá el privilegio de ser una figura histórica me dé unas posibilidades de expresión que no tengan otros, pero, sea como sea, pienso que de todas maneras yo tengo una experiencia, una capacidad de análisis que de alguna manera va a seguir influyendo no solamente en el sector que está

conmigo, sino en el general. Por ejemplo, probablemente voy a empezar a escribir en los periódicos, y creo que lo que yo diga alguna gente lo va a escuchar y lo va a tener en cuenta. Y luego, además, hay una fuerza comunista conmigo que va a seguir siendo muy activa. En fin, quizá es lo que le decía antes, que mi defecto es que yo tengo demasiada seguridad en mí mismo.

Son 57 años de seguridad conquistada en todo tipo de frentes, en una larga batalla política que empezó cuando ingresó a los 13 años en las Juventudes Socialistas. Y así, siendo el Carrillo de los ojos chiquitos, el Carrillo ladino y correoso, protagonizó seis décadas de la historia de este país. Una historia que hoy recuerda con sus ojos grandes de testigo: "Mire, en aquella primera fase, tras la pérdida de la guerra, teníamos muchas ilusiones. Las ilusiones de que esto era muy breve, de que la guerra mundial iba a terminar con el fascismo en España. Teníamos un partido entonces que no se parece en nada a lo que es hoy el partido. Era un partido de gente cuyo orgullo consistía, estando a salvo en América, por ejemplo, en venir a España. Sabiendo que el venir a España podían ser tres o cuatro meses de trabajo clandestino, después la detención, la tortura y el fusilamiento. Hay miles de casos, porque mucha gente murió así, pero yo recuerdo un camarada en Chile que tenía un negocio de carbón: los españoles que se marcharon de aquí eran gente emprendedora, audaz, que podían triunfar en cualquier terreno en la vida. Y una vez le planteamos a este hombre que tenía que darnos dinero de ese negocio de carbón. Y el hombre dijo: 'Yo os doy el negocio, pero a condición de que me mandéis a España. Si me enviáis a España, todo el negocio es para vosotros'. Y venir a España en esa época era, venir a morir".

Después, cuando comenzó la guerra fría, comprendieron que la cosa iba para largo: "E iniciamos un trabajo interesante, porque empezamos a sentir que en el país, y dentro de lo que era falange y movimiento, empezaban a apuntar tendencias todavía muy

confusas, pero tendencias de oposición. Me acuerdo de que en esa época, allá por el 48 o 49, yo me leía todas las revistas literarias que se hacían en España tratando de descubrir entre líneas quién despuntaba. Porque entonces yo ya veía que la emigración no era la fuerza decisiva y que esta fuerza tenía que crearse dentro del país. Recuerdo la atención con que he seguido a Alfonso Sastre, a Celaya. Y empecé a ver qué hacía Laín Entralgo, qué hacía Ridruejo... Luego, ya en el 56, empezamos a meter la nariz en los medios universitarios, y aparecen Múgica, y por un momento Sánchez Dragó, y Pradera, y Tamames... Son gente nueva, hijos de vencedores. Y entonces, al ver que hay ya hijos de vencedores que se plantean el problema de la democracia, es cuando empezarnos con la política, de la reconciliación".

UN LARGO COMBATE

Es el recuento de un largo combate, de un ir y venir intenso por la vida: ahí esta la crisis del 56, cuando Carrillo propone la renovación del PCE y se enfrenta a Líster, Uribe y Mise, venciéndoles y convirtiéndose en el virtual secretario general del partido, aunque su confirmación oficial en el cargo llegue cuatro años más tarde. Y luego llegará la crisis de Semprún y Claudín, y las huelgas nacionales pacíficas, y la condena a la invasión de Checoslovaquia, y al cabo) los años finales del franquismo, cuando el PCE era la fuerza más sólida de la oposición y Santiago Carrillo era un mito político a quien todo el mundo iba a visitar en París como si fuera el oráculo de la transición:

-El primero que vino fue el conde de Motrico, que vino a verme ya en el 69. Y vino para preguntarme que pensábamos realmente sobre el futuro, si éramos realmente independientes de la Unión Soviética, todo eso. Él entonces creo que todavía era secretario del consejo privado de don Juan, y probablemente vino con un cierto acuerdo con don Juan, no estoy seguro. Ésa fue la primera vez que

le vi, en el 69, pero luego Areilza vino muchas otras veces. Dejó de ser el secretario del consejo privado y en un momento dado, en sus conversaciones conmigo, llegó a admitir la posibilidad de la República...

Luego llegarían todos los demás: Nicolás Franco, José Mario Armero, Calvo Serer, Trevijano, Tierno Galván, Rojas Marcos, Morodo, tantos y tantos: “Pero el año más hermoso es 1976, el año de la peluca, cuando ya empiezas a tocar directamente las cosas. Fue un año feliz, feliz, feliz... Estábamos viviendo el fin de la dictadura, y en ese año yo tuve una vida muy activa en la dirección del partido, tuve contactos aquí con Felipe, Tierno, Ruiz-Giménez, Pujol, Roca... Y llega un momento, en noviembre, en que planteo a mis camaradas que hay que salir a la superficie. Fue cuando organizamos aquella célebre conferencia de prensa de la que el Gobierno se enteró después de su celebración”.

Fue cuando Santiago Carrillo se vino a España con una peluca calada hasta las cejas. Se paseaba por todas partes hablando con todos los periodistas y el Gobierno no sabía qué hacer con él. Al fin, cuando le detuvieron, pusieron un avión a su disposición para que se volviera a Francia: “Y yo le dije al comisario que me lo comunicó: mire usted, dígale al Gobierno que si me mandan a Francia dentro de tres días estoy de nuevo aquí y que comienza otra vez la broma”. Éste podría ser el lema de Carrillo: “Dentro de tres días estoy de nuevo aquí”; aquí, bregando, luchando, incordiando; aquí, cejijunto y fino fajador; aquí, con muchas cosas aún por decir, porque Carrillo tiene la obcecación del tentempié, que siempre se levanta de sus caídas, rescatado por la emplomada base de su voluntad y de su orgullo. “Dentro de tres días estoy de nuevo aquí”, y, efectivamente, está, tras las elecciones, sin escaño, dispuesto a presentar batalla hasta el final. Puede que su mayor defecto sea, como él dice, esa espesa confianza en sí mismo que posee y que quizá le haga sentirse imprescindible. Otros hay que le acusan de defectos

peores, de despotismo, de personalismo, de embriaguez de mando. Yo lo que sé es que Santiago Carrillo es hijo de su tiempo, de esa época tan azarosa y cruel que le tocó vivir; que gracias a él, y a otros como él, hoy somos todos más libres; y que un largo combate como el suyo deja siempre sucias cicatrices y feas marcas. Yo lo único que sé es que el Carrillo de hoy, el de los ojos dilatados, posee esa grandeza, tan difícil, de ser indomable incluso en el fracaso.

-Supongo que la crisis del 82 debió de ser muy dura...

-Pues sí. Uno llega a la conclusión, tras una experiencia así, de que la solidaridad y el compañerismo se dan cuando no mandas, cuando no ocupas un puesto de poder. Ese período, el período que va del décimo congreso a las elecciones del 82 y al undécimo congreso, ha sido para mí un período mucho más duro que la guerra. El más duro de mi vida política.

-No dormía usted por las noches...

-Dormir, sí; yo tengo la ventaja de que por las noches leo un rato y luego apago la luz y me duermo como un angelito. Creo que ésa es una de las razones de mi salud. Incluso en ese período he tenido pocas noches de insomnio. Algunas hubo, pero pocas. Pero era un desgaste psíquico y físico tremendo. En ese período yo he llegado a pesar lo que no he pesado nunca en mi vida, 64 kilos, cuando mi peso de siempre, el habitual, son 70 o 71. En ese período he estado realmente enfermo, y no se lo he dicho a nadie, y no he ido al médico, porque sabía que si iba al médico iban a decir que estaba enfermo y que eso iba a ser un elemento de debilidad en mi caso. Antes del décimo congreso tuve unas hemorragias que a cualquiera le hacen ir al médico, y además espantado. Yo las tuve, me las aguanté, no acudí al médico, fui al congreso, planteé la batalla allí... No he vuelto a sufrir las hemorragias, pero entonces fue tremendo.

-Su familia lo habrá pasado fatal... -apunta Marisa Flórez.

-Hombre, lo ha pasado mal, claro. Lo que sucede es que mi familia ya está acostumbrada a que yo soy así y lo aguanta.

-Así de obcecado, quiere usted decir...

-Sí... La verdad es que es difícil hacer carrera de mí.

Yo no soy el cardenal descreído que trata de mantener un tinglado. Si yo no tuviera una confianza racional en el porvenir del comunismo lo diría mañana mismo a la gente y no engañaría a nadie

No estaba dispuesto a dejar que me enterraran vivo, sobre todo porque se más que todos ellos. Y mientras que yo sea consciente de que sé más que todos ellos, pues no me gustará que me entierren

Quizá mi defecto más grande es que yo tengo confianza en mí mismo. Yo no me siento disminuido por haberme quedado fuera del Parlamento, se lo digo sinceramente

El viejo zorro

Ex secretario general del Partido Comunista de España y pilar de la transición española, personaje marcado por las circunstancias de una larga lucha en la oposición, este viejo zorro de la política cree no haberse equivocado nunca en sus decisiones. No se presenta a las elecciones, pero eso no significa que se retire. Santiago Carrillo piensa seguir en la brecha todo el tiempo que haga falta.

SOL ALAMEDA - 15/10/1989

Como era de esperar, la ausencia de Santiago Carrillo de las próximas elecciones generales no supone una retirada de la política. “Eso no está en mi ánimo”, dice mientras ríe socarronamente y fuma sin cesar en su pequeño despacho de secretario general del Partido de los Trabajadores. Es abuelo de tres nietos, uno de los cuales se llama Santiago Carrillo. Pero, consciente de que el suyo es un nombre que no se puede llevar impunemente, ha dado al niño un sobrenombre. En efecto, el suyo es un nombre cargado de historia y probablemente todavía de miedo; marcado por los acontecimientos vividos por este viejo zorro de la política, que fue pilar de la transición y posteriormente acusado de la desintegración del partido comunista. Argumentador locuaz y brillante, pero siempre en defensa de sus propias tesis, no reconoce haber cometido errores en su larga carrera política.

-Yo pensaba que tal vez se había cansado de luchar; que ésa era la razón de su ausencia en las elecciones.

-No, no estoy cansado. Ni pienso de ningún modo retirarme de la política. Estoy en un esfuerzo para recuperar la unidad de los comunistas y lograr desde ahí la unidad de la izquierda. Por eso he decidido no presentarme a las elecciones, aparte' de que sirve para que el partido en que estoy no aparezca como una formación personalista, sino como un grupo con unos objetivos no personales. He pensado que mi retirada de las candidaturas podría favorecer un acuerdo con el PCE para la presentación de candidaturas unitarias. Y casi lo hemos conseguido, porque en el Comité Central del PCE hubo una votación sobre este tema, y 26 se manifestaron en contra, 24 a favor y 8 se abstuvieron. Es muy difícil que yo me retire mientras tenga ideas que defender.

-Cuando mira hacia el pasado, desde la legalización del partido comunista, ¿qué sentimiento predomina en usted?

-No suelo mirar hacia atrás, pero cuando lo hago pienso que el PCE perdió una excelente oportunidad apartándose de lo que se llamaba eurocomunismo, lo que ha venido confirmado después por la perestroika.

-Pero fue usted quien puso fin a ese proyecto...

-Los que dicen eso se refieren al hecho de que mientras fui secretario general del partido fueron separadas del PCE algunas personas. Pero no prestan atención al hecho de que esas personas fueron apartadas porque apoyaron un proyecto de liquidación del PCE, como era el ingreso en Euskadiko Ezkerra de los militantes del Partido Comunista de Euskadi. Mientras las diferencias entre nosotros se mantuvieron en el ámbito del partido no hubo expulsiones; las hubo cuando se optó por otros partidos. Porque

entonces algunos ya habían optado por el PSOE, y la prueba es que están militando y son personalidades en ese partido. A esas expulsiones se achacaron nuestros resultados en las elecciones de 1982, pero la verdad es que nuestro resultado fue una consecuencia del 23 de febrero.

-Pero visto con la serenidad que el tiempo aporta a los conflictos, ¿no se arrepiente de algunas de sus decisiones?

-Me he preguntado si no fui demasiado lejos en la democratización del PCE admitiendo la existencia de mayorías y minorías y el voto secreto, algo que no se admite en los partidos comunistas.

-¿No era inevitable?

-En absoluto. Podíamos haber ido con más cautela, haber avanzado más despacio.

-Pero la democratización del PCE era una estrategia política.

-Sí, lo era. Pero la práctica ha demostrado que los partidos comunistas que no lo hicieron se han defendido mejor. En Italia, por ejemplo, había tendencias, pero nunca hubo mayorías y minorías admitidas. Y el voto secreto se anuló casi inmediatamente después de establecerlo. Ningún partido comunista había llegado tan lejos en posiciones democráticas. Y me interesa resaltarlo porque ahora hay una negación muy extendida de esto.

-Lo que se pensó siempre es que usted conducía el PCE con mano férrea, y que precisamente cuando la corriente eurocomunista quiso avanzar en sus postulados, los expulsó sin contemplaciones.

-Mientras fui secretario general convivieron en el PCE, y en la dirección del mismo, diversas tendencias; desde Ignacio Gallego,

con sus posiciones idénticas a Breznev, porque ya no se pueden denominar prosoviéticas, hasta Tamames o Pilar Brabo, que representaban posiciones más bien de derechas.

-Se pensaba que Pilar Brabo representaba las mismas posiciones que usted.

-Hubo un tiempo en que así era. Y no solamente ella. Existió unanimidad en la dirección del partido con el proyecto eurocomunista.

-En su opinión, ¿el eurocomunismo nació prematuramente en España?

-Como suele decirse, nos levantamos antes del alba. Fuimos precursores en un tiempo en que en vez de encontrar un eco favorable en la Unión Soviética, encontramos una respuesta frontal. Quizá no era el país ni las circunstancias adecuadas.

-Ante los sucesos que se desarrollan en la URSS, ¿siente un cierto orgullo?

-Claro. Cuando vienen a Madrid, en 1977, Berlinguer y Marchais, y se celebra lo que se llamó la cumbre eurocomunista, en esa reunión yo planteé la necesidad de que en la declaración final hubiera un distanciamiento claro del modelo soviético. Y no lo argumento solamente en ideas generales, de principio; es que pienso que más pronto o más tarde ese modelo va a entrar en crisis y lo vamos a pagar todos: los comunistas soviéticos y los de Occidente. Entonces Marchais, lo que no es sorprendente, no está de acuerdo; pero es que tampoco Berlinguer cree que se vaya a producir una crisis en ese sistema.

-¿Y usted sí lo sabía?

-Estaba claro para mí que el modelo soviético iba a entrar en crisis, que se había convertido en un obstáculo para el desarrollo del socialismo.

-No me refiero a eso; la cuestión es si pensaba que iba a suceder ahora y del modo que está sucediendo.

-Para mí estaba claro, y se lo dije a un periódico alemán, que dentro del PCUS y del sistema soviético aparecerían gentes decididas a cambiar la situación. En la historia, la necesidad hace que surjan los elementos capaces de responder a ella.

-Pero la historia se mide en tiempos muy largos. Y la revolución en el mundo comunista podía suceder ahora o dentro de 50 años.

-Pues no ha sido así. Y puedo decirle que cuando la polémica contra mis posturas eurocomunistas eran más fuertes, en la Unión Soviética algunos amigos soviéticos me decían: “Aguanta, Santiago, que aquí tienes más amigos de los que imaginas”.

-Los acontecimientos que se suceden en la Unión Soviética, en Polonia y en Hungría, en la República Democrática Alemana, ¿indican que el comunismo ha fracasado?

-Lo que ha fracasado es el modelo soviético, el modelo de la dictadura burocrática.

-Que, por otra parte, es el único modelo comunista que conocemos.

-Claro, porque el socialdemócrata no ha hecho socialismo por la vía democrática, tal como dijeron los teóricos hace tantos años.

-Según usted, ¿en qué momento comienza el fracaso del comunismo?

-Una revolución en la historia, y eso le pasó también a la revolución burguesa, primero se extiende a lo largo de muchos años, y después se modifica. Y así ha sucedido. Ahora acontece una revolución dentro de la revolución, y esto desde el punto de vista histórico es algo normal, que no significa que la idea del socialismo haya entrado en crisis. El socialismo no ha perdido su virtualidad, sólo la ha perdido el modelo comunista. Hacen falta otras fórmulas, y yo creo que van a surgir. Polonia, usted dice. No me asusta nada lo que está sucediendo allí. Para mí estaba muy claro, desde hace años, que el sistema socialista en Polonia era una imposición extranjera. Y una imposición extranjera nunca es eterna. Ahora es posible que los trabajadores polacos empiecen a ver el socialismo como algo deseable. Parece que Alfonso Guerra ha hecho unas declaraciones estos días diciendo que el comunismo está muerto y liquidado.

-Es una idea muy extendida.

Destaco que lo diga Guerra porque es alguien que se sale del anonimato, es un personaje político. Y es disparatado porque los socialistas deberían saber que si el comunismo está muerto y liquidado, eso no sería más que el anticipo de la muerte y liquidación de la socialdemocracia. Si desaparecen los comunistas ¿qué falta le hace al imperialismo la socialdemocracia? La suerte de la izquierda, incluso de la izquierda crítica, ha estado muy ligada a la experiencia soviética. Pero estos políticos de andar por casa que usamos en este país son tan inconscientes que no ven más allá de los resultados electorales inmediatos.

-Pero hay una corriente de pensamiento que mantiene la tesis de que, muertas las ideologías tradicionales, los ciudadanos pasan a preocuparse de temas muy inmediatos, como la ecología, el bienestar cotidiano. Dicen que es el momento del liberalismo.

-La ecología es un tema importante. Hay una cosa clara, y es que si la perestroika fuera el fin del socialismo y no el cambio de un modelo dictatorial a un modelo democrático del socialismo, la reacción tendría abierto el camino. No hay que echar en saco roto el ascenso de los llamados republicanos en Alemania Occidental, ni el de Le Pen en Francia; ni siquiera las votaciones a Ruiz Mateos en España. La suerte de todo lo progresivo está muy ligada, aunque ése no sea el pensamiento oficial ni el de muchos intelectuales, al éxito de la perestroika.

-En su opinión, ¿triunfarán las reformas de Gorbachov?

-La Unión Soviética necesita que gane Gorbachov, y está mostrándose un hombre muy inteligente. Ha descubierto que el pensamiento político de la era posnuclear no puede ser el de la era pre- nuclear, y eso en términos de política es un descubrimiento sensacional. Porque si aplicamos el pensamiento de la era prenuclear, como se ha hecho hasta ahora, este mundo va a saltar hecho pedazos.

-Pero es bastante posible que haya sido el fracaso económico lo que ha hecho reflexionar a Gorbachov, más que el peligro nuclear y unos principios humanistas.

-Él es un marxista y por tanto piensa en términos de materialismo histórico. Ningún gran planteamiento político o cultural en el mundo ha sido independiente de los fenómenos económicos. El fracaso económico ha sido una reflexión que les ha llevado más lejos.

Gorbachov podía haber dicho: “Vamos a resolver la crisis económica”, sin pensar en la democratización, en el peligro nuclear; como reaccionaba Mao en 1958. En la conferencia internacional de Moscú planteó una tesis que nadie contestó por alucinante: que una

bomba atómica era un tigre de papel, que podían lanzarla sobre China y matar a unos cientos de millones de chinos, pero que quedarían unos cuantos cientos de millones para construir el socialismo. En aquella época no provocó más que un comentario humorístico de un camarada de Luxemburgo que se llamaba Urbano Urbani, que dijo: “Bueno, en China a lo mejor, pero en mi país no quedaba nadie”. Es decir, sin negar que en el principio del pensamiento perestroiko esté el fracaso económico, sin negar eso, ha dado origen a un pensamiento humanista. Y hoy, la verdad es que Gorbachov, además de hombre de Estado, es uno de los raros pensadores políticos en activo del mundo. Y está corriendo un riesgo personal. En una revista soviética se le está comparando con Dubcek, que es como decirle: “Te vas a enterar de lo que vale un peine”. El drama de la perestroika es que, en realidad, hasta la II Guerra Mundial el modelo soviético ha sido un modelo progresista.

-¿Con Stalin incluido?

-Incluido, con todas las contradicciones que hay en cualquier modelo. Ese modelo ha funcionado hasta la II Guerra Mundial; la prueba es que la URSS fue un factor decisivo, y que si en Occidente, hoy, podemos hablar de democracia y no estamos obligados a pensar como pensaba Hitler, es gracias a ese sistema. Cuando ese sistema comienza a ser retrógrado es a partir del fin de la II Guerra. Si en política puede hablarse de momentos ideales, ése lo era para hacer la perestroika. Había un pueblo entusiasmado y unido por la derrota del nazismo, había razones para confiar en el criterio democrático de ese pueblo. Pero han tenido que pasar muchos años porque un sistema como aquél, sin un fracaso visible del modelo, difícilmente cambia.

-Dice que es imprescindible que el comunismo no desaparezca para que siga siendo posible el socialismo. Pero parece que a los

jóvenes de los países comunistas lo que les gusta es el modelo capitalista.

-Si se refiere a Polonia o Hungría, es posible. En la Unión Soviética ese pensamiento sólo puede ser de una minoría. La URSS, Polonia y Hungría no son lo mismo. La Unión Soviética hizo una revolución, encabezada por el partido comunista, en la que derrotó no solamente a la burguesía; también a las potencias de la entente y a los alemanes. Con ese partido comunista comenzó la construcción de un país moderno. Bajo la dirección del mismo partido, la URSS ganó la guerra a los alemanes.

-También la ganó Estados Unidos, con la ideología contraria, y los...

-Lo que trato de demostrar es la diferencia que existe cuando un sistema surge del propio pueblo, cuando no ha sido impuesto por las bayonetas. Por eso hace falta que la perestroika sea apoyada por el PCUS y por el pueblo soviético.

-¿Echa de menos su escaño en el Parlamento?

-El de la primera y la segunda legislaturas; el de la tercera, no. Hoy no le digo que no me gustaría estar, pero es un panteón, un lugar ideal para dormir.

- Sus intervenciones tenían sentido del humor, algo que casi ha desaparecido del hemiciclo.

-Es que cuando se está en minoría, si no tienes humor y les obligas a que te escuchen, si te pones en plan dramático, los bancos se vacían. Decidí hacer gala de humor para conseguir que cuando yo hablara los diputados estuvieran sentados. Y lo conseguía.

-Todo eso se echa de menos.

-Pues no se nota. Mire, mucha gente ha estado muy contenta de que yo desaparezca del Parlamento. Para los socialistas no es desagradable que no esté, y para lo que hoy es el PCE es esencial. Si pudieran enterrarme, ya lo habrían hecho. Las personas inteligentes lo sienten, y sectores populares. Pero no me votan; así que no creo que ese sentimiento por mi ausencia sea muy extenso.

-¿Qué opinión le merecen sus dos sucesores?

-Con Gerardo Iglesias se ha hecho una injusticia terrible. Las gentes son ingratas con aquellos que les han servido. Porque es evidente que Gerardo ha hecho servicios enormes a los actuales dirigentes; por ejemplo, echarme a mí del partido. Y no se lo han reconocido.

-¿Y Anguita?

- En época electoral no me gusta hablar de Anguita. Pienso poco sobre él.

-¿Quiere decir que da poco de sí como político?

-Fue un buen alcalde de Córdoba, pero cree que llegar a la Moncloa es lo mismo que ser alcalde. Tampoco tiene una noción clara de lo que debe ser un partido comunista de esta época y en este país. Pero no quiero decir nada que pueda perjudicar a unas personas con las cuales pretendo volver a trabajar.

-Usted, que siempre ha tenido buena relación con Suárez, ¿por qué cree que no habla?

-Le tengo mucha simpatía personal, y pienso que ha prestado un gran servicio al país. Cuando se quedó solo con Rodríguez Sahagún

en el Parlamento, pronostiqué que volvería, cuando nadie lo' creía. Luego lo creyeron, y ahora nuevamente han dejado de creerlo. Pero por eso, porque no habla.

-Usted mismo ha dicho dos cosas de Suárez que muestran el paralelismo que existe entre ambos. Porque los dos prestaron un gran servicio al país, y luego se quedaron solos, con un partido que se reconoce por un nombre propio.

-Sí, pero yo hablo, y si tuviera los 28 diputados que él tiene, le aseguro que me iban a oír.

-La fundación creada por Enrique Curiel, entre otros, ¿le parece un proyecto con futuro?

-Creo que Curiel ha renunciado a algo a lo que yo no renuncio, y es que la unidad de la izquierda pasa por la existencia de un partido comunista fuerte. Me parece que esa fundación es una estación de tránsito hacia el PSOE. Y lo siento porque Curiel es un hombre valioso que un día será devorado por la maquinaria de ese partido.

-Jorge Semprún es otro que estuvo con usted. Algunas actuaciones suyas han recordado algo que decía usted: que es un señorito.

-Es un aristócrata, y parece que eso es algo que imprime carácter. Pero también hay otro

- ¿Habla de Nicolás Sartorius?

-Lo ha dicho usted, yo no.

- En su opinión, ¿por qué nunca ha querido tomar responsabilidades más altas en el PCE?

-Creo que tiene más vocación de termita que de líder.

-Un político avezado y combatiente, como usted, puede en algún momento sentirse traicionado; ¿o en esas circunstancias la traición no es más que una parte del juego?

-La traición es algo que no forma parte de mi lenguaje. Yo acepto que la gente cambia. Del mismo modo que sé que la amistad y la solidaridad no son eternas y, por tanto, el alejamiento de unas ideas no lo considero como algo personal.

-¿Es un hombre que nunca se deprime?

-Nunca me ha abandonado el ánimo. Soy un hombre acostumbrado a perder. De muy joven era una personalidad en este país, incluso lo era internacional- mente, en el movimiento juvenil de izquierda. De pronto perdimos la guerra y he estado cerca de 40 años en el túnel.

-Sí, pero era el jefe del túnel.

- Ser el jefe de un túnel es algo que no muchos desean. Lo que pasa es que he llevado siempre una vida que me gustaba, que volvería a vivirla. He disfrutado, porque yo disfruto hasta con las contrariedades; pero también he sido un hombre que, por el camino, ha ido recogiendo todas las flores que podía. Y como estoy acostumbrado a perder, a ver desde lejos, pues nada me abruma ni me hunde.

-¿Ha tenido éxito con las mujeres, a pesar de ser bajito y...?

-Y feo, dígalo usted todo. No me quejo. La vida en ese sentido ha sido generosa conmigo. Hablando en sentido figurado puedo decir que he dado a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

“Veo que vienen a escribir mi necrológica”

Santiago Carrillo. Presidente del Partido de los Trabajadores

Santiago Carrillo sigue siendo una mirada sagaz tras el humo de un cigarro. Tiene 76 años y acaba de firmar el ingreso (le sus seguidores, los militantes del Partido de los Trabajadores de España, en el PSOE. Él se ha quedado fuera para expresarse libremente, sin disciplina de partido. Varias veces en la entrevista muestra a las claras esa libertad de palabra; una de ellas, al final de las preguntas, cuando espeta sin recato: “Parece que han venido ustedes a escribir mi necrológica”. Y, sin embargo, sus ojos continúan muy vivos.

ALEX GRIJELMO, Madrid - 21/02/1991

La charla se desarrolla en el despacho de Carrillo, ante un dibujo de Picasso y otro de Alberti, y junto a un decorativo tren de madera con el que juega su nieto cuando va a visitarle.

Pregunta. ¿En su negativa a militar en el PSOE han influido las razones políticas o las personales?

Respuesta. Yo tengo una historia de dirigente comunista, larga, que, a mi juicio, me da autoridad m oral para sostener la posición de mis camaradas pero me inhabilita para desempeñar cualquier papel protagonista en esta nueva andadura. Además, soy un hombre ya mayor y tengo la posibilidad de seguir opinando en conferencias, artículos, en medios de comunicación... He llegado a una edad en la

que casi todo el mundo se dedica a sus cosas. Yo ya he sido todo lo que podía ser en el terreno político, y tengo derecho a mantenerme ahora un poco al pairo.

P. ¿Es eso una jubilación?

R. Es una jubilación de militancia, pero no tina jubilación en la política, porque tengo el propósito de seguir opinando.

P. Un personaje de Miguel Delibes decía que la jubilación es como la hoja roja que aparece en los paquetillos de papel de fumar para avisar de que ya quedan pocos. ¿Esta jubilación de militancia la ha sentido como una hoja reja que le avisa de que ya todo es a corto plazo?

R. Para hablar con claridad, no me he planteado la posibilidad de la muerte. Tengo el mismo estado de ánimo que hace 20 años. No me considero acabado o a punto de acabarme No me planteo el problema de los años que tengo por delante. Como se dice vulgarmente, eso sólo Dios lo sabe.

P. ¿Los amigos que tiene ahora son los amigos del exilio o son más los de la democracia?

R. Muchos de mis amigos de la guerra y el exilio han muerto. Los que me quedan ahora son gente más joven, de la transición. Aunque todavía hay viejos camaradas que siguen siendo mis amigos.

P. Quizá sus antiguos amigos se han ido distanciando.

R. Los que no son mis amigos, para hablar con claridad, son los que dirigen hoy el PCE. Yo no los conozco de nada. Cuando veo fotografías, o en la televisión...; salvo dos o tres, jamás los he visto.

P. Sus seguidores entran ahora en el socialismo, donde usted militó en su juventud. ¿Se han movido las ideas de Carrillo o las ideas de los demás?

R. Se ha movido la historia. Se ha cerrado el ciclo del movimiento comunista. Ahora los partidos que han heredado el viejo movimiento comunista se llaman ya socialistas o socialdemócratas. Se ha cumplido un ciclo histórico. Y, sin embargo, la necesidad acuciante de transformar la sociedad para hacerla más justa, más libre, más igualitaria, sigue planteada. Tenemos que encontrar nuevas formas para luchar por transformarla. Ya no son los partidos comunistas..., hay que buscar otras formas.

P. Sin embargo, usted se define como comunista.

R. Claro. Después de más de 56 años, por lo menos, de ser un dirigente comunista, yo no puedo cambiar ahora de apelativo. Además, no me siento avergonzado, ni mucho menos.

P. ¿Imaginó realmente en el exilio que el mundo podía ser como es ahora?

R. Sí. Yo empecé a escribir *Eurocomunismo y Estado,* todavía en el exilio, y allí denunciaba ya el sistema soviético como dictadura burocrática semejante al fascismo. Creo que soy uno de los primeros dirigentes comunistas que se plantearon esa transformación.

P. ¿De qué se arrepiente?

R. Alguna vez me he preguntado si no fui demasiado lejos en la crítica del sistema soviético cuando en el movimiento comunista muy pocos llegaban hasta ahí, y si con eso no favorecí la coincidencia de corrientes que dentro del PCE condujeron a la crisis. Pero estoy hablando de un problema de táctica. La vida, en

definitiva, ha demostrado que las corrientes iban precisamente por ese camino.

“Mi balance no lo veo negativo”

Santiago Carrillo, político

Se dio a la política a los 14 años de edad. Y lleva 62 en esto de la ‘res’ pública, dale que dale, pitillo tras pitillo: socialismo juvenil, comunismo a todo trapo, guerra civil, líder del PCE, 40 años de exilio y retorno a sus ‘madriles’. Fue por entonces, en agosto de 1976, cuando dijo de sí: “No soy ni tan grande como algunos piensan, ni tan bueno como yo me creo, ni tan malo como dicen los ‘ultras’. Lo que no soy es un asesino. Creo ser un hombre que, a sus años, no cortos ya, ha acumulado cierta experiencia humana y política. Un hombre que, por imperativo del exilio, ha conocido el mundo, ha intentado aprender en las lecciones de nuestra propia historia y en las de los otros pueblos. Y también un hombre que ve la España de hoy con ojos distintos de los que la miraban en los años treinta. En fin, por haber participado en la guerra y por haber

sufrido la derrota, no deseo otra prueba semejante para mi país, ni que ningún español tenga que sufrir lo que sufrimos los que perdimos la guerra".

FELICIANO FIDALGO, Madrid - 05/08/1991

Pregunta. ¿Cómo recordó el otro día el 18 de julio de 1936?

Respuesta. No me acordé. Fue mi mujer, Carmen quien me dijo: "¿Sabes qué día es hoy?". Y, entonces sí, me vino a la cabeza que aquel día estaba yo en París en una reunión de la Internacional comunista. Pero hace tantos años...

P. ¿Está bien?

R. Muy bien, de salud y de ánimo.

P. ¿Se encuentra bien de veras en Madrid?

R. Mejor que nunca en la vida.

P. En pocas palabras, ¿cómo aprisionaría su vida?

R. Ha sido una larga batalla en defensa de los trabajadores y de la libertad de España.

P. ¿Desde cuándo sabía usted que el comunismo era una equivocación histórica?

R. Eso no es tan simple. No es una equivocación histórica. Yo me di cuenta de que la experiencia soviética iba al fracaso en los años sesenta y, definitivamente, tras la ocupación de Praga en 1968.

P. ¿Por qué los comunistas no reconocen haberse equivocado totalmente?

R. La historia crea necesidades que superan la voluntad de los hombres. Rosa Luxemburgo razonó bien cuando escribió que en Rusia el problema no era entre democracia y dictadura, sino entre el general Kaleri y Lenin. Fue una necesidad histórica en un momento dado; pero no echo a la basura todo el balance, y yo, personalmente, no me siento arrepentido.

P. El progreso, en el siglo XX, se ha realizado a pesar del comunismo. ¿Quién es el motor de ese progreso?

R. El motor es diverso. En lo político y en lo social, los comunistas hemos sido una parte; y luego ha habido el desarrollo científico.

P. ¿Por qué Anguita en España y Marchais en Francia no disuelven sus partidos comunistas?

R. Anguita, en la práctica, ya lo ha di suelto; y no formalmente, porque, al ser el PCE mayoritario, desaparecería con él izquierda Unida. Y la verdad es que uno ya no sabe qué representa el PCF en Francia. **P**. ¿No se siente timado por la historia?

R. No. Por necesidad histórica, el hombre hace lo que puede y no lo que quiere.

P. España fue cruel con los comunistas, pero ¿el comunismo no ejerció un terrorismo intelectual contra todos?

R. En España se ha tenido más en cuenta lo ocurrido en la URSS que la acción del PCE aquí. Si se analiza esta acción, por las libertades sobre todo, no hay razón para hablar de ese terrorismo.

P. ¿Entiende que los socialistas se hayan vuelto locos para urdir la ley Corcuera?

R. Sí, esa ley creo que es un error, y estas leyes se revuelven siempre contra quienes las han elaborado, incluso con la mejor voluntad.

P. Oyéndole hablar ahora del hombre desbordado por la historia, ¿es posible pensar que el derrumbamiento del comunismo ha cambiado su vida, sus creencias?

R. No, desde mí libro *Eurocomunismo y Estado* había previsto la desaparición de esto. Y, por lo demás, sigo siendo ateo gracias a Dios.

P. ¿Cuál le parece el hecho acuciante de nuestros tiempos?

R. La cuestión Norte-Sur. La miel está toda en Occidente, y las moscas, en el Sur dijo que entre la justicia y su madre elegiría a su madre. Extrapolando, le recuerdo que usted dijo lo contrario, es decir, que el ideal comunista era antes que su padre. ¿Le hace temblar esto ahora?

R. En absoluto. Lo de mi padre hay que situarlo en su contexto. Fue en el golpe de Casado, en el que mi padre participó y empezaron a fusilar a mis amigos y camaradas. Había que optar: o con tus camaradas, o con los que fusilaban.

P. Hace poco, su hijo mayor dijo que su vitalidad se debía a que está satisfecho de sí mismo.

R. Sí, a esta altura de mi vida el balance no lo veo negativo. Y si tuviera que volver a vivir, creo que, salvo algún cambio, haría prácticamente lo que he hecho.

P. El sindicalismo que practican UGT y CC 00, ¿le parece tan obsoleto e inútil como el comunismo?

R. Yo no diría eso. Creo que los sindicatos actuales tienen el gran defecto de ser, en parte considerable, aparatos burocráticos y de no estar lo bastante ligados con los trabajadores. Falla la democracia sindical, y quizá quedan residuos del periodo franquista, en el que, por principio, había que estar contra el Gobierno. Y, claro, siguen obsesionados con la huelga general. Pero diría igual de los partidos políticos, que cada día están más distantes de los ciudadanos.

Nada que aprender

P. ¿Hay algo que aprender hoy de los países del Este europeo?

R. Nada. La idea que tengo es que se encuentran en una situación inextricable, y están reapareciendo fuerzas reaccionarias; pomo Walesa, que quiere hacer una Polonia teocrática, ayudado, de algún modo, por el papa Wojtyla.

P. ¿Comentaría la trayectoria de Jorge Semprún?

R. No.

P. El Rey dijo después de conocerle:

¡Qué pena que sea comunista!». ¿Lo sabía?

R. Sí, y Fernando Suárez también. De no haber sido yo comunista, el Rey no estaría tan tranquilo donde está.

P. ¿No cree que, por su vivencia de las libertades en el exilio, se frustró en usted un líder de la democracia formal?

R., No sé, no imagino eso.

P. ¿A qué seis personalidades mundiales, vivas o muertas, invitaría a su mesa para celebrar su cumpleaños?

R. A Mitterrand, Tito, Jorge Dimitrov, Largo Caballero, Castro y, quizá, a Ho Chi Ming.

P. ¿Es cierto, que los socialistas le ofrecieron escolta y, coche cuando le expulsaron del PCE?

R. En 1986, el PCE me retiró el coche, y Barrionuevo dijo que ponía uno a mi disposición; yo me arreglé de otro modo, y desde hace tiempo ya no tengo escolta.

P. ¿Cree aún que la fe en un ideal puede mover montañas?

R. Es evidente; lo triste es cuando el ideal desaparece.

P. ¿A quién ve hoy como más representativo de la democracia: a Conde, a Guerra o a usted?

R. Mario Conde, en todo caso, será representativo del sistema bancario. Y luego, yo no soy quién para opinar de eso.

P. ¿Se considera con la capacidad de libertad necesaria para escribir sus memorias?

R. Sí, pero hoy me interesan más el presente y el futuro. Podría decirlo todo, salvo cosas muy personales, claro.

P. ¿Qué diría ahora del difunto Tierno Galván?

R. Lo esencial de él es que era tremendamente pragmático y con una evidente inteligencia para, las relaciones públicas.

P. ¿Le tiene algo que agradecer al franquismo?

R. Sí, que gracias al exilio no soy un demócrata provinciano.

P. Concluyendo, ¿vive con holgura hoy?

R. Mejor que nunca. Mire, lo que más llegué a cobrar cuando era secretario general del PCE y diputado fueron 90.000 pelas, porque lo otro era para el partido. Y ahora, con el periodismo, hasta me puedo pagar una casita en la sierra para el verano.

“Los comunistas fuimos los ateos más creyentes”

Santiago Carrillo, ex secretario general del PCE

Santiago Carrillo acaba de presentar sus Memorias, un largo relato que combina recuerdos y olvidos, estos últimos “no intencionados”, según se apresuró a matizar en una entrevista con este diario. A sus 78 años, el más veterano dirigente comunista reprocha a los dirigentes de Izquierda Unida no tener inteligencia para saber influir en el Gobierno.

JUAN G. IBÁÑEZ Madrid - ***04/12/1993***

Instalado en un despacho muy próximo a una antigua sede del PCE, sigue hablando como siempre, pausadamente, pero ahora las fotos que le arropan son las de sus nietos.

Pregunta. Hace diez años usted declinó apadrinar al hijo de un militante comunista porque el bautismo, dijo, era una ceremonia para creyentes. Hace cinco días, Martín Villa le auguró que puede usted ir al cielo, y no pareció molestarle...

Respuesta. Mire usted, no es el único creyente que me ha dicho que esperaba verme en el cielo. Pilar Urbano también me ha dado

ya cita allí.

P. ¿El comunismo actuó como una religión, y los partidos comunistas como iglesias?

P. Sí. La verdad es que durante muchos años el comunismo se desarrolló en muchos países bajo la persecución, y tuvo sus santos, sus papas, un sentido de la predestinación, una Meca y lo que venía de allí era infalible. Eso duró casi hasta que Jruschov denunció los crímenes de Stalin. Hasta el XX Congreso del PCUS [febrero de 19561 el comunismo tuvo mucho de secta.

P. ¿Los comunistas han sido los ateos más creyentes?

R. Pues sí. En aquella época prácticamente todos éramos ateos. No creíamos en Dios, pero creíamos en Lenin, en Stalin, en lo que salía del Kremlin.

P. Tras una trayectoria tan larga como la suya, ¿los recuerdos son tan numerosos como los olvidos?

R. Creo que son más numerosos los recuerdos. Pero por si acaso usted tratase de hacer alusión a olvidos intencionados, le diré que en mis *Memorias* no hay tales olvidos.

P. Delibes acaba de ver reconocido el acierto de su también larga trayectoria con el Premio Cervantes. ¿Echa usted de menos algún premio?

P. No. Yo he desechado recibir no ya premios pero sí condecoraciones que daban Estados del Este en fechas señaladas, porque no creo en eso de chapas en la solapa y porque no quería medallas extranjeras.

P. ¿Su vida ha sido una aventura con un itinerario equivocado?

R. Ha tenido mucho de aventura, pero no diría que con un itinerario equivocado. El comunismo no ha conseguido sus fines y hay un fracaso histórico en los países en los que han gobernado los PC. Pero, en conjunto, creo que la acción de los comunistas en defensa de las libertades, de los trabajadores, en la resistencia antifascista fue un camino acertado.

P. Su acercamiento al PSOE ¿es el de quien al pairo siente mucho frío?

R. En 1976, cuando escribí *Eurocomunismo y Estado,* el frío me venía de que todavía no éramos legales, estábamos perseguidos. Y entonces ya dije que habían desaparecido las razones históricas para que socialistas y comunistas estuviéramos separados en distintos partidos. La prueba de que no he buscado calor es que yo no he ingresado en el PSOE.

P. ¿Pero acabará por entrar?

P. No. Tengo una larga historia de comunista, y probablemente ni yo me encontraría a gusto en otro partido ni mis compañeros de ese partido se encontrarían a gusto conmigo. Puedo ser muy incómodo, siempre he dicho lo que pensaba.

P. Por ejemplo, en 1982 dijo que la victoria electoral del PSOE fue el resultado “del posibilismo surgido del golpe”.

R. En el periódico que usted representa, Ignacio Sotelo ha sostenido el mismo criterio de que el voto del PSOE en 1982 fue un voto de “madrecita que nos quedemos como estamos”.

P. En la campaña previa a aquellas elecciones usted dijo que venía el socialfascismo, que obtuvo 10 millones de votos.

P. Nunca he dicho yo en esa campaña que venia el socialfascismo. Usted ha podido leerme esa frase, pero no encontrará ni en mis escritos ni en mis discursos nada que hable de socialfascismo en esa campaña.

P. ¿Veía en Alfonso Guerra un hombre tan de izquierdas, como le ve ahora, cuando era vicepresidente del Gobierno?

P. Guerra le ha hecho el trabajo duro y difícil a Felipe González, y el lucimiento se lo ha llevado Felipe. Siempre vi a Alfonso Guerra como el *alter ego* de Felipe. Cuando convoca a una serie de teóricos en Jávea y busca nuevos caminos para el socialismo, empiezo a ver en él posiciones diferentes y de izquierda, un Guerra que no había visto antes.

P. ¿Secundará usted la huelga general?

R. Si yo fuera trabajador de una empresa y CC OO y UGT me llamaran en estas circunstancias a una huelga general, yo participaría. Tienen razón al oponerse al proyecto del Gobierno, que' crea en el empleo una inseguridad inaceptable. No obstante, hay un hábito en los sindicatos de pasar de las manifestaciones a la huelga general que sugiere falta de imaginación para encontrar otra forma efectiva y menos aparatosa o preocupante.

P. ¿Los sindicatos favorecen en ocasiones lo contrario de lo que dicen perseguir?

R. Los sindicatos están en muchos aspectos burocratizados. Están necesitados de un proceso de democratización profunda y de una real participación de la masa de los sindicados en las decisiones.

Yo estoy convencido de que el plan del Gobierno no va a crear empleo. Sin un *new deal* de la comunidad internacional, no veo posibilidades serias de superar la crisis. Hasta me queda la

sospecha de que hay gobernantes tecnócratas que intentan crear un clima para que parezcan aceptables los sacrificios más grandes por parte de los trabajadores. Y no estoy pensando exclusivamente ni principalmente en España.

P. Usted que fue un hombre de pactos en la transición ¿comprende que ahora haya miedo, vergüenza, a pactar?

R. No. No comprendo cómo Izquierda Unida, con la carta de Anguita, de hecho impide una negociación. Estoy convencido de que si IU tuviera una dirección inteligente y fuera capaz de negociar podría ejercer hoy una influencia real sobre las posiciones del Gobierno. No lo hacen porque no quieren mezclarse. Están marginados en una política visionaria, sectaria, en la que parece que sobre todo les preocupa su virginidad. Y en política, ya nadie tiene virginidad en este país.

P. Usted dedica en su libro una extensa referencia a Franco. Hace poco el hijo de un ministro centrista le preguntó a su padre si Franco era de UCD...

R. Je, je. Yo comprendo que para los jóvenes, Franco es la prehistoria. Para mí también Franco empieza a ser un pasado lejano, intelectualmente.

“Mi palabra favorita en Madrid es ‘chachi”

Santiago Carrillo, periodista y escritor

RAFAEL FRAGUAS, Madrid - 26/10/1996

Santiago Carrillo Solares, gijonés, casado con Carmen, barcelonesa, se muestra orgulloso de tener con ella cuatro nietos madrileños. Es un abuelo lúcido, de extraña habilidad para trenzar conversaciones y persuadir. Conserva con 81 años ese aspecto del más listo de su clase: ojos brillantes tras las lentes; mentón laborioso; labios tensos en busca siempre de la respuesta oportuna, inteligente. Su rostro fue de los más conocidos de Madrid. También de los más buscados, no sólo por el público, sino también, dicho sea, por la fuerza pública. Eran los tiempos de la clandestinidad. Felizmente pasada aquella época, granada la democracia, ha sido un guadiana político. Ahora reaparece en la escena, no con un asunto político bajo él brazo, sino literario. Periodista profesional, acaba de presentar en el café Gijón su libro, *Un joven del 36.* En él evoca una época en la que Madrid fue protagonista de revolución, lucha, contrarrevolución y resistencia. Toda una vida repleta de afanes, sueños y adversidades que quien fuera uno de los polos de la transición democrática reivindica en estas páginas para su protagonista, Sergio Landa, un muchacho de provincias que llega a Madrid y tropieza con el torbellino de tiempos henchidos de historia. Como él mismo.

Pregunta. En la etapa del exilio, ¿añoraba Madrid?

Respuesta. Ya lo creo. Tenga en cuenta que me tiré fuera de aquí la *friolera* de 37 años. Se dice bien pronto.

P. ¿Qué anhelaba más?

R. La luz, la emoción de la luz madrileña de otoño y de primavera. Nunca la olvidé.

P. ¿Conocía Madrid?

R. Bastante bien. Tenga en cuenta que durante varios anos fui redactor municipal en El Socialista. ¡La de horas de mi adolescencia que habré pasado yo en el Salón de Cristales del Ayuntamiento!

P. ¿Qué reportaje le hubiera gustado escribir?

R. El de la defensa de Madrid contra el fascismo. Fue casi-casi como un nuevo Dos de Mayo.

P. ¿Qué palabra del argot madrileño tenía para usted más significado?

R*.* *Chachi*, lo mejor; es mi favorita. Hoy equivaldría a *Gua*y.

P. Aceptaría ser candidato a la alcaldía.

R. No es lo mío.

P. Hay quien dice que podría ser otro Tierno.

R. Una vez le pregunté a Tierno si él se veía a si mismo resolviendo asuntos municipales. Nunca creí que llegara a ser tan buen alcalde como lo fue.

P. ¿A quién dedicaría una calle, en Madrid?

R. Eugenio Mesón, Julián Grimau, Domingo Girón... a tantos.

P. ¿Qué problema madrileño le gustaría solucionar?

R. El de la circulación.

P. Alguien le susurra: “Santiago, el conductor está dando vueltas. Está la grúa”.

R. ¿Ve Usted?

Un joven del 36. Por Santiago Carrillo. Planeta. 2.500 pesetas.

‘Hágase el milagro, hágalo el diablo’

MARÍA ANTONIA IGLESIAS - 13/02/2000

Santiago Carrillo considera el pacto entre PSOE e IU como un hecho histórico que debe ir más allá de las razones electorales. El ex secretario general del PCE confiesa que ya no esperaba ver la unidad de la izquierda y que las heridas sólo se curarán con un cambio radical de actitudes.

Sigue fumando y mirando dentro de la mirada del otro, como siempre. Su inteligencia singular le avala a la hora de comprender y explicar las cosas. Pero no se resguarda en la distancia, que para él nunca será el olvido.

Pregunta. Llega, por fin, la unidad de la izquierda, cuando usted ya no está en activo, señor Carrillo. Me imagino que sentirá una cierta frustración por no haberla conducido y protagonizado...

Respuesta. La verdad es que a estas alturas de mi vida tengo ya la suficiente distancia con la política activa y sus personajes como para que ninguna consideración personal influya sobre mí. Yo creo que el acuerdo de la unidad de la izquierda es un hecho positivo, aunque ni Almunia ni Frutos sean santos de mi devoción. Pero creo que el acuerdo es tan importante y tan necesario, que “¡hágase el milagro, hágalo el diablo!”. Siempre he sido partidario de la unidad de los socialistas y los comunistas. Efectivamente, a mí me hubiera gustado protagonizar esa unidad, pero ya estoy fuera de juego... En

fin, al menos tendré la satisfacción de comprobar cómo este acuerdo va a servir, seguro, para que miles y miles de ciudadanos de izquierdas recuperen el interés por la política.

P. Supongo que ya daba por perdida cualquier posibilidad de unión de la izquierda.

R. Desde luego, tengo que confesarle que para mí ha sido una sorpresa que Almunia, precisamente Almunia, y del otro lado precisamente Frutos hayan sido los artífices de este acuerdo. Yo, realmente, no lo esperaba. La verdad es que nunca imaginé que yo vería la unidad de la izquierda.

P. La verdad es que ha pasado tanto tiempo y tantas cosas, señor Carrillo... Es como si la historia se hubiera empeñado en eliminarle, precisamente a usted, de este capítulo.

R. Mire, un político tiene que hacerse a la idea de que está en la política no para su gloria o su provecho, sino para el pueblo al que sirve. Yo nunca me he quejado de esas posibles injusticias a las que alude. Yo, frustraciones personales en la política he tenido muchas, como supongo que las ha tenido otro político importante en la transición que es Suarez. Pero creo que una de las cosas que me sigue identificando con él es que los dos hemos hecho todo lo que hemos hecho pensando en nuestro país. Ninguno nos dedicamos a lamernos las heridas porque sabíamos que en política la suerte puede favorecer a quienes, aparentemente, menos han hecho por merecerla. Pero las cosas en la vida son así y no hay que darle más vueltas.

P. Y usted conoce bien la historia de la izquierda española. Sin duda tendrá una explicación de ese fondo oscuro de las cosas que ha provocado que socialistas y comunistas se hayan odiado tanto hasta ayer.

R. El fondo de todo hay que buscarlo en 1920, después de la revolución rusa. Hay una escisión que abre una brecha profunda que enfrenta a los dos partidos. Por parte de la Internacional Comunista, durante una serie de años, hay una política sectaria que considera a los socialistas como "socialfascistas", como el enemigo principal. Esa política sólo se corrige en el año 35. Pero ya había hecho mucho daño y socialistas y comunistas serán, a partir de entonces, los hermanos enemigos que sólo serán capaces de unirse en situaciones límite como la sublevación de Franco o la Segunda Guerra Mundial. Y aún con dificultades y desacuerdos realmente dramáticos. La confrontación entre los reformistas y los revolucionarios de la izquierda se ha mantenido a lo largo del tiempo, aunque las cosas hayan cambiado y los comunistas hayan llevado a la práctica una política de reformas. Lo cierto es que, hoy, la idea de la revolución proletaria ha sido sustituida por el convencimiento de que cualquier idea de socialismo debe ir unida a la democracia. Fue el fundamento del eurocomunismo que algunos propusimos para este país.

P. El problema es que otros le han adjudicado a usted reiteradas actuaciones que han provocado que las izquierdas de este país no se entendieran.

R. Mire usted, me sorprende usted mucho porque, por más que recapitulo, no caigo en la cuenta de qué he hecho yo, o qué he dejado de hacer, para que la izquierda no se uniera. En la transición tuve mucha responsabilidad en impedir que la izquierda hiciera chiquilladas. Pero si en aquel momento algunos compañeros socialistas me lo criticaban, después han venido a reconocerme que, gracias a mí, no hicieron más.

P. Pero, ¿no es usted el mismo que desde el partido socialista trabajó decisivamente por la fusión de las organizaciones juveniles,

para pasarse con armas y bagajes al partido comunista? Para muchos, ahí empezó el cisma español, señor Carrillo.

R. Mire... Es verdad que, en el 36, cuando Franco se sublevó, yo ingresé en el Partido Comunista. Pero conmigo ingresan decenas de miles de socialistas. Ya sé que eso se ha utilizado contra mí muchas veces, pero le repito que no fue un gesto individual. Además, eso no nos llevó a romper con el PSOE, sino todo lo contrario. Incluso, un año después, se produjo un movimiento muy intenso para considerar la posibilidad de la fusión de socialistas y comunistas. Lamentablemente, aquello no echó raíces por la fatalidad de la guerra, que nos confrontó, inevitablemente, en actitudes y estrategias diferentes. Pero yo siempre he pensado que si hubiéramos ganado la guerra habría un solo partido de izquierdas en este país.

UN REENCUENTRO DIFÍCIL

P. La cuestión es que socialistas y comunistas llegan a la transición sin haberse reencontrado a lo largo de 40 años de clandestinidad y con la memoria viva de los mutuos agravios. Y en esto no es posible buscar las culpas en la derecha, supongo.

R. Le diré, sin ánimo de agraviar a nadie, que no había forma de encontrar a los socialistas en la clandestinidad, porque, sencillamente, no estaban. Estaban los del exterior, los de Llopis, un anticomunista visceral. Yo mismo tuve que hacer gestiones, a nivel internacional, para que algunos gobiernos de Europa conectaran con los jóvenes socialistas del interior. Y luego, claro, se produjo una fuerte reacción en las cancillerías europeas, para evitar por todos los medios que en España se reprodujera el modelo italiano, con un partido comunista fuerte. A ese plan se adhiere Felipe, con el que yo, en los primeros tiempos de la transición tuve una muy buena relación. Coincidíamos en muchas cosas sobre la situación del país.

Pero su obsesión para que aquí no se repitiera el modelo italiano le inspiró lo que el llama él “modelo autónomo” del PSOE, que pretende excluir a los comunistas del juego político.

P. Pero eso del “modelo autónomo” del PSOE, que se inventa González, quizá tenga otra explicación más sencilla: que no entraba en sus planes dejarse engullir por un PCE que lo controlaba todo, ¿no cree que es lógico?

R. ¡Eso no se lo cree ni Felipe González! Porque es verdad que nosotros éramos mucho más activos, que en esa época éramos un partido organizado y ellos no. Pero la razón fundamental de su actitud contra nosotros no es ese miedo al que usted alude. Es la fortísima presión internacional alemana y de los Estados Unidos para que en España no prospere el modelo italiano. Para que los jóvenes socialistas no hagan la unidad con nosotros, la unidad con su izquierda, como se ha logrado hacer ahora. No creo que Felipe vaya a decir hoy que tenía miedo a que los comunistas nos lo comiéramos...

P. No crudo, pero sí vuelta y vuelta.

R. ¡De ninguna forma, vamos! Además, aunque Felipe hubiera pactado con nosotros, el PCE hubiera sido un partido fuerte, es verdad, pero la gran mayoría de los votos se los habría llevado el PSOE. En cualquier caso, no sé si se ha dado cuenta de que usted ha hecho un gran elogio al PCE que, además, yo creo que es merecido. Porque, efectivamente, los comunistas hemos utilizado todas las posibilidades, metiéndonos por todos los rincones, para impulsar el movimiento antifranquista. Y no creo que eso sea nada censurable... ¡Vamos, digo yo!

P. Y dice bien, señor Carrillo. Pero en aquella época usted le llamaba a Felipe González “socialacróbata”, y él decía de usted que

era “un pequeño saco de maldades”. Eran palabras no muy unitarias, diría yo.

R. Sí, eso es cierto. Pero yo tengo que decir, y él sabe que digo la verdad, que quien se oponía a la unidad era Felipe. Felipe tenía su “proyecto autónomo” que era el de comerse al Partido Comunista, y en la práctica hay que reconocer que casi lo consiguió... Es verdad que ellos ganaron las elecciones, barrieron en el 82. Pero también es verdad que nosotros tuvimos que soportar una fortísima presión internacional en la que, incluso Brevnev, recomendaba apoyar al PSOE y no a un PCE eurocomunista que le resultaba muy incómodo. Además, hubo también una clara presión de los altos mandos del Ejército. No se olvide de eso.

P. Lo que no se me puede olvidar es la expresión de su cara, señor Carrillo, en aquella noche electoral ante aquel fracaso tan estrepitoso. Me pregunto si habrá podido digerir del todo aquella situación.

R. ¡Claro que lo he digerido! ¡Son hechos! Y ante los hechos, o te empiezas a lamer las heridas y te dedicas a cultivar los rencores o, bueno, tienes que aceptar la realidad... Yo sigo estando en desacuerdo con muchas de las cosas que ha hecho Felipe, pero considero que es uno de los personajes políticos más importantes de este país y con él tengo una relación desapasionada, nada visceral. Cordial, incluso.

P. Usted sabe bien que hubo entonces mucha gente del PCE que le culpó a usted del hundimiento del partido, que no le perdonará nunca su alianza con los duros del aparato para controlar una organización que se le iba de las manos...

R. Es verdad que a partir de aquel desastre hay una profunda crisis en el Partido Comunista y que acabé autoexpulsado del partido.

Para mí aquella derrota fue el principio del fin, lo que determinó que el PCE se encuentre hoy como se encuentra. Aunque ahora la unidad puede hacer cambiar las cosas, y yo me alegraría. Aquello para mí no fue ya una travesía del desierto ¡fue un descenso a los infiernos! Pero lo que no es cierto es que yo pusiera al PCE en manos de los duros. Lo que pasa es que en la dirección del PCE yo tenía dentro una derecha que eran los renovadores, como Sartorius, que era uno de sus cabezas y que estaba en la vicesecretaría general, o como Pilar Brabo...

P. Y que terminaron abandonando el partido y a usted...

R. Sí, se fueron yendo, pero después. Y tengo que decirle que yo les advertí, muchas veces, de que con sus planteamientos lo que iban a conseguir es que el partido se quedara en manos de los "zorrocotropos", que era como llamábamos a los duros. Eso es lo que ha pasado, que el PCE se ha quedado en manos de los más sectarios y más dogmáticos. Y le diré que aquellos renovadores, que acabaron todos en el PSOE, ya no creían en la necesidad de que hubiera un PCE y no lucharon por ello. Y el relevo lo tomaron los duros. Ésa es mi verdad.

P. Unos duros que han hecho una política de tierra quemada con el PSOE, sin duda. Pero también el PSOE ha tenido tentaciones torpemente anexionistas con aquello de la "casa común" de la izquierda...

R. Es que, desde mi punto de vista, tanta culpa ha podido tener Anguita, que estaba imbuido de un mesianismo rarísimo, mezcla de tintes joseantonianos y leninismo, pero sobre todo de visceralidad antisocialista, como los socialistas, que hasta hace dos meses nunca quisieron la unidad. Yo creo que no sería justo volcar sobre Anguita todas las culpas porque el PSOE también es responsable del desencuentro de la izquierda. Por eso me ha sorprendido tanto

la iniciativa de Almunia, que me parece un hecho trascendental: acabar para siempre con la hostilidad histórica entre socialistas y comunistas.

P. Pero, ¿usted cree que pasará mucho tiempo antes de que se cierren las viejas heridas dentro de la izquierda?

R. ¡Esas heridas no se cierran en 24 horas! Hace falta un periodo largo de acción conjunta, de mutua lealtad que vaya disipando las desconfianzas. Creo que ahora estamos en condiciones de lograrlo. Si hubo franquistas que se hicieron demócratas, algunos sinceramente, ¿por qué no van a ser capaces socialistas y comunistas, que al fin y al cabo vienen de un tronco común, de superar sus diferencias y trabajar juntos? Claro que para eso hace falta crear una nueva cultura de la izquierda, porque ni la vieja cultura comunista ni la socialista sirven hoy.

P. ¿Sabe? Hay quien dice que usted es un converso silencioso a la socialdemocracia...

R. ¡Eso es una chorrada que no creo que nadie pueda tomarse en serio! Yo sigo estando en la misma posición crítica respecto al PSOE en la que he estado siempre, aunque ahora esté identificado con la iniciativa unitaria que ha tomado Almunia. Igual que apoyo la respuesta de Frutos y ¡anda que no he tenido yo jaleos con Paco Frutos! Pero yo sigo siendo el mismo, no siento ninguna necesidad de reubicarme en ninguna parte. He hecho lo que he podido y he creído que era lo mejor en cada momento, y tengo la conciencia tranquila.

P. No sé si está usted igualmente tranquilo respecto a la solidez de esta súbita unidad de la izquierda. ¿Cree que es lo bastante sólida como para mantenerse incluso ante una eventual derrota electoral?

R. Yo creo que puede ganar las elecciones, que hay condiciones para ello. Pero si no fuera así, si perdieran... Bueno, creo que hay algo nuevo que no se va a perder, que es la unidad en sí misma y que tiene para mí una importancia histórica. Y, en fin, la experiencia habría enseñado, tanto a la gente de izquierda como a los líderes, que las cosas hay que prepararlas con tiempo. Creo que, en cualquier caso, la izquierda saldrá fortalecida.

EL CAMBIO DE FRUTOS

P. Me imagino que cuando ve ahora a Paco Frutos pactando con el PSOE pensará aquello de "éste no es mi Paco, que me lo han cambiado"...

R. ¡También me sorprende ver a los socialistas acercarse a los comunistas después de tantos años de ignorarnos! Es verdad que Frutos ha cambiado y que ha sido muy consciente de la gran responsabilidad que tiene con el futuro de Izquierda Unida, que ha estado a punto de irse por el precipicio. ¡Pero también Almunia se ha dado cuenta de que necesitaba a Izquierda Unida para ganar las elecciones! La vida y la política nos enseñan muchas cosas. Entre ellas, que la necesidad manda. Yo creo que el PSOE e IU han hecho de la necesidad virtud. Y yo, como los viejos maestros socialistas, creo que un movimiento real vale más que cien programas.

P. Ya sé, señor Carrillo, que es como mentar la soga en casa del ahorcado, pero ¿usted cree que todavía asusta en este país el fantasma socialcomunista?

R. ¡No! Después del papel que el PCE ha jugado en la transición democrática de este país y que todo el mundo reconoce, no se puede volver a la demagogia trasnochada que no se cree nadie. Y, bueno, yo estoy dispuesto a aceptar que los comunistas hayamos

podido cometer errores, como todo el mundo. Pero eso no puede hacer olvidar un hecho cierto: que quien ha mantenido en este país 40 años de dictadura ha sido la derecha, no la izquierda.

P. Esa derecha le estigmatizó a usted, señor Carrillo, con Paracuellos. Y la izquierda ha sido la que, por acción u omisión, ha, digamos, facilitado su jubilación, su muerte política. ¿Cuál de las dos experiencias le ha hecho más daño?

R. Mire usted, quienes me han estigmatizado lo hicieron después de que yo fuera elegido secretario general del PCE y es algo que yo tengo claro. Y no me obsesiona, no voy a estar dando cuentas de algo injusto toda mi vida. Pero yo no estoy muerto aunque me moriré algún día como todo el mundo. En cualquier caso yo no culpo a nadie de mi vida. Creo sencillamente que la transición quemó a muchos de sus líderes. Ha terminado quemando a Felipe, incluso, que era el más joven de todos nosotros. Pero... si el restablecimiento de la democracia en este país yo lo he tenido que pagar con eso que usted llama mi muerte política, pues le diré que lo doy por bien empleado.

“Sigo teniendo la mala leche de siempre”

Santiago Carrillo - Ex secretario General del PCE

A sus 85 años, es el paradigma del genio y figura: sigue sin tener dios ni rey -”la monarquía ha sido una etapa necesaria, pero yo soy republicano”-, y continúa escribiendo sobre lo que ha vivido. Ve todas las películas que puede, no toca el cigarro desde el verano, le gusta charlar con sus nietos y ha descubierto que el agua es amarilla.

KARMENTXU MARÍN - 29/10/2000

Pregunta. Está usted hecho un chaval.

Respuesta. Es usted muy simpática y amable, y un poco exagerada.

P. La úlcera sangrante de este verano no le habrá afectado a su proverbial lengua viperina.

R. No. Sigo teniendo, como se dice en la calle, la misma mala leche de siempre, de toda la vida..., con los que la emplean contra mí.

P. Comprobémoslo. ¿Qué piensa cuando ve a los de Izquierda Unida peleándose como pollos por el liderazgo?

R. Me da pena, porque eso es ya el pasado.

P. Habrá quien diga que usted lo solucionaba de manera más expeditiva.

R. Puede ser. Lo que sí puedo decir es que, cuando yo era secretario del partido comunista, éste era más serio de lo que es hoy.

P. ¿Sigue opinando que Anguita es un marciano?

R. Lo que está claro es que Anguita no es un marxista.

P. ¿Y de qué planeta son Frutos o Llamazares?

R. Yo creo que no son de otro planeta. Son de la nada, gente que se sobrevive a sí misma y que no es consciente de que lo que era el antiguo movimiento comunista ha sufrido una crisis brutal, y hace falta otra cosa.

P. Hace cuatro años dijo que tendría que ver muchas cosas para considerar a Aznar un hombre de Estado. ¿Las ha visto ya?

R. Me cuesta todavía considerar a Aznar un hombre de Estado viendo sus declaraciones en Irán o su posición en el tema del terrorismo, donde está más preocupado por utilizarlo electoralmente que por ponerle fin.

P. ¿Sigue creyendo que “la izquierda está hecha una braga”?

R. Sí. Está hecha unas bragas; por desgracia, cada vez peor. Declaraciones como las de Zapatero hablando del socialismo

libertario me parecen una broma. Y no hablemos ya de Izquierda Unida, de lo que es hoy el partido comunista, que es mucho menos serio todavía.

P. ¿Cuál es la parte más apasionante de su biografía?

R. La de mi juventud, haciendo la unidad de comunistas y socialistas en este país.

P. De la transición, ¿a quién recuerda especialmente?

R. Sobre todo, a Suárez. Creo que es el que tuvo una actitud y una acción más eficaz.

P. ¿Qué le haría volver a la peluca?

R. [Ríe]. Creo que ya nada, porque la peluca me cubrió cuando no era tan conocido; ahora no me serviría de mucho.

P. La que le devolvió Mayor Oreja no era la suya.

R. No.

P. ¿Piensa que la auténtica se la quedó él por si se le cae el pelo?

R. [Ríe]. Yo creo que a lo mejor, por los errores de Aznar, se le puede caer el pelo a Oreja. Pero no creo que le venga bien mi peluca. Necesitará otra.

P. Ahora que tiene más tiempo libre, ¿cuáles son sus bonsáis?

R. ¿Mis bonsáis? Leer y escribir.

P. ¿Qué escribe?

R. A fin de año se va a publicar un libro de análisis sobre el comunismo en el siglo XX. Después de mi enfermedad de este verano, no quiero hacer ningún plan hasta que no tenga claro que lo voy a terminar, porque hacer un plan de trabajo concreto significa volver a fumar.

P. Cuando Joaquín Sabina le mandó al hospital un cartón de tabaco, ¿demostraba que él era un casta o quería rematarle?

R. Creo que era un amigo y un hombre de buen humor, que quiso poner una nota de alegría en aquello que estaba pasando.

P. ¿Qué le enseñan sus nietos?

R. ¡Oh! Muchas cosas. Tengo una nieta de un año, que se llama Nora, que el otro día me enseñó que el fondo de esta corbata es agua. Lo ha deducido de la existencia de los delfines.

P. Aunque el agua sea amarilla.

R. Aunque el agua sea amarilla. Cogió mi corbata, se rió mucho y dijo: "¡Agua!".

P. ¿Y usted cuenta batallitas a sus nietos?

R. No, no, no, no. Les respeto bastante. Yo no le cuento mis batallitas a nadie. A algún periodista cuando me lo pregunta, pero con poca alegría.

P. ¿Tiene nostalgias?

R. Hombre..., sí. Tengo la nostalgia de no poder volver a vivir mi juventud. Por lo demás, la verdad es creo que mi vida es una vida muy cumplida, muy llena, y que podría escribir todavía varios tomos de memorias.

Un resistente de la política

Conserva la lucidez y la socarronería que le hicieron famoso. Santiago Carrillo está a punto de cumplir 90 años, y desde esa atalaya ve la vida sin nostalgias ni arrepentimientos. Por sus venas de viejo comunista late la sangre de un francotirador de la política de la izquierda. Todo un carácter.

MARÍA ANTONIA IGLESIAS - 09/01/2005

Acercarse a la vida de Santiago Carrillo, que ahora va a cumplir 90 años, es la oportunidad de hacer un recorrido apasionante a través de la historia del siglo XX en España. Pero, sobre todo, es una experiencia singular porque Santiago Carrillo es un personaje irrepetible que trasciende a su trepidante peripecia política. Luchador revolucionario desde los 15 años, periodista autodidacta, Santiago Carrillo fue decisivo en la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas en 1936. Protagonista comprometido y polémico en la Guerra Civil española, como dirigente del partido comunista, fue durante su largo y azaroso exilio un referente clave de la lucha contra el franquismo dentro y fuera de España. A partir de su elección como secretario general del PCE, en 1960, dirigió la organización comunista con mano de hierro, para verse, finalmente, primero relevado de su cargo y después expulsado del partido que lideró durante más de veinte años.

Hoy, Santiago Carrillo se define como “un francotirador de la política de la izquierda”, en la que sigue creyendo con pasión, y contempla su vida sin rencores. Es un hombre de piedra que admite, sin problemas de conciencia, haber dispuesto, en las oscuras etapas de la clandestinidad, de la suerte y en algunas ocasiones de la vida de las personas… Asegura que las razones de la disidencia nada tuvieron que ver con las que provocaron el derrumbamiento del sistema soviético que él criticó ferozmente. En esta entrevista, Santiago Carrillo repasa con lucidez la etapa de la transición, en la que él desempeñó un papel decisivo. Apasionado defensor de la figura de Adolfo Suárez, Carrillo evoca la noche trágica del 23-F, y se manifiesta, con sincera desnudez, sobre la responsabilidad del Rey en el desencadenamiento de aquel intento de golpe de Estado.

Vive alimentado por el oficio de escribir y la pasión de leer. Y se reserva, con vigorosa lucidez, su derecho a decidir libremente sobre el final de su vida. Pero vive, también pacíficamente, con la posibilidad de morir “ahora mismo, mientras hablamos usted y yo”… Es difícil encontrar otros 90 años tan ardorosamente vividos como los suyos.

A sus 90 años es usted, señor Carrillo, un resistente, incombustible, de la política. Pero nadie conoce cómo ha resistido a la dureza de la vida que ha llevado, cómo ha podido blindar a toda prueba su condición de ser humano…

La verdad es que para mí no ha significado realmente algo extraordinario enfrentarme a la vida como lo he hecho. Nací en un hogar socialista, y desde muy niño, antes de cumplir los cinco años, yo he visto a la Guardia Civil que venía a detener a mi padre ¡tantas veces! Aunque el recuerdo más lejano de mi padre es del año 1917, yo tendría dos años y medio; tengo el recuerdo de haber ido a ver a mi padre a la cárcel, y de ver un muro que a mí me parecía entonces muy alto, pero de chaval me llegaba sólo a la cintura.

Detrás estaba mi padre con una gorra de visera, y ese recuerdo me acompañará siempre… Crecí con la gente en la calle, en la lucha social, en la lucha política, y la vida que he tenido ha sido sólo la consecuencia de lo que yo vi a mi alrededor siempre. En ese ambiente he vivido toda la historia de este país hasta el final de la República; después, un exilio tan largo; luego, el regreso a España, y de nuevo, la libertad después de tantos años de clandestinidad. Pero he vivido toda esa vida, que ha sido realmente muy dura, como la consecuencia lógica de tener unas ideas que eran parte de mi forma de ser. Pero le diré algo que le puede hacer entender mi capacidad de resistencia: entre comunistas, el sentimiento de la solidaridad, durante los largos años de nuestra lucha, fue un sentimiento y una actitud muy parecida a la de los cristianos de los primeros siglos; estuvieras donde estuvieras, la familia comunista era tu familia. Pero el soporte en el que yo me he apoyado para aguantar la dureza de mi vida han sido mis ideas comunistas.

Usted siempre se ha blindado detrás de su personaje, ciertamente épico, para esconder a un hombre de una gran dureza, sobre todo con sus enemigos, y en especial con sus enemigos en el interior del partido.

Es verdad que a lo largo de mi vida yo he mantenido polémicas y conflictos, dentro y fuera del partido, a veces muy duros, durísimos; pero hoy, cuando pienso en el pasado, me hago cargo con toda claridad de que la hostilidad con la que yo traté a una serie de personas que estuvieron enfrentadas conmigo ha desaparecido, y hoy las veo en el aspecto positivo que tienen. Porque todas esas personas con las que yo me enfrenté son gentes que han tenido un periodo de su vida de lucha y de sacrificio por las mismas ideas que yo. Y a veces pienso, al mirar hacia atrás: ¡hombre!, ¡cómo me gustaría poder tomar un café con fulano o con mengano! No me importa reconocer ahora que mis momentos de mayor desasosiego personal han sido casi siempre por razón de las luchas internas en

el partido, con personas que han luchado a mi lado prácticamente toda la vida. Y ahora estoy pensando en Fernando Claudín, en Ignacio Gallego, que hemos llegado a ser como hermanos, y que los momentos de la ruptura han sido para mí un verdadero desgarro.

Pues sus detractores, o, mejor dicho, sus víctimas, le recuerdan como un máximo sacerdote, pero con un corazón de mármol, frío y duro.

Yo no creo que eso fuera cierto. Puede ser que no sea objetivo, porque es muy difícil juzgarse a uno mismo. Es verdad que siempre he tenido la idea de que militaba en un partido que era necesario para los trabajadores, y que el mantener, fortalecer y cohesionar ese partido era vital. Es cierto que yo he sido enérgico, duro si se quiere; pero lo de implacable, que es una leyenda con la que han querido desprestigiarme, es una exageración. En cuanto a las víctimas del carrillismo que dice usted, pues creo que ha sido justamente al revés. Porque hemos sido nosotros, los carrillistas, los que finalmente fuimos expulsados del partido, ¡y nada menos que 3.000 afiliados! Es cierto que hubo, en algunos momentos de la clandestinidad, situaciones muy duras en las que recuerdo casos de personas sobre los que no pudimos aclarar si habían estado o no en manos de la policía. Y en esos casos, a esas personas las retiramos y las mandamos a países socialistas a trabajar. Lo que está absolutamente claro es que un partido clandestino, como lo fue el nuestro tantos años, tiene que aceptar las leyes de la clandestinidad. Y las leyes de la clandestinidad significan que este partido es un pequeño Estado dentro del Estado, con sus leyes propias, y que algunas veces, para proteger al partido, tienes incluso que cometer injusticias, como dejar de lado o separar a las gentes que no sabes si están o no colaborando con la policía. Yo eso lo he asumido, con todas las consecuencias. Incluso, en algún caso, yo he tenido que eliminar a alguna persona, eso es cierto; pero no he tenido nunca problemas de conciencia, era una cuestión de

supervivencia, porque estaba en juego también la vida de muchos militantes, que muchos de ellos acabaron en la cárcel o ejecutados.

Usted nunca se va a liberar de esa perversa dualidad de haber sido en el interior del partido una especie de 'míster' Jekill y doctor Hyde. Pero cuando usted se muera, y perdone, los demócratas de este país le vamos a recordar con una imagen que le honra: de pie, apoyado en una columna cercana a su escaño, fumando parsimoniosamente. Creo que no sé si va a romper su icono si puede aceptar que sintió miedo.

Mire, le diré sinceramente que el que yo no me tirara al suelo no fue tanto una cuestión de tener más coraje que los demás, sino de tener más reflejos. Cuando vi a Tejero pensé que si ganaban aquellos energúmenos se había acabado todo y que tenía que tratar al menos de que no se rieran de mí. Y por eso yo me quedé en mi sitio, y siempre he pensado que en realidad hice lo que he hecho toda la vida: estar en mi sitio. ¡Hombre!, con un sentimiento de dolor y de indignación porque aquella entrada de aquellos bárbaros en las Cortes era una humillación brutal. Bueno, también lamentaba que no hubiera más gente que tuviera los mismos reflejos que yo tuve, que tuvo Adolfo Suárez, que tuvo Gutiérrez Mellado, porque hubiéramos dado, sin duda, un ejemplo. ¡Fíjese usted lo que son las cosas de la vida y de la política! Suárez y yo, que de todos los diputados fuimos los únicos que no nos tiramos al suelo, en las elecciones siguientes terminamos juntos en el Grupo Mixto. ¡Así es la vida! Resultó que al final los que se habían tirado al suelo tuvieron como recompensa la mayoría enorme, y los que permanecimos en nuestro sitio, pues… al rincón. Y mire, le aseguro a usted que no sentí miedo alguno, aunque percibí la muerte muy cercana a mí. Yo sé que hay mucha gente, sobre todo a ciertas edades, que vive con la angustia de la muerte encima. Pero yo voy a cumplir 90 años y estoy viviendo, y aunque sé que me puedo morir cualquier noche, porque a esta edad es lo lógico, no siento para nada la angustia de la muerte. Sé que

me puedo morir en cualquier momento, a lo mejor mientras hablamos…

¡Hombre, señor Carrillo, no j…!

¡Pues no me negaría usted que sería un golpe, ¿eh?! Pero le aseguro que vivo con el placer de vivir, sabiendo que puedo desaparecer en cualquier momento. No se trata de tener un valor extraordinario, sino de toda una filosofía de vida que consiste en saber que mientras respiras eres un ser vivo que debe hacerlo con plenitud, pensando en lo que uno puede hacer para sí mismo y para los demás. Lógicamente, mientras nos tenían encerrados en la Sala de los Relojes del Congreso, por supuesto que pensaba en mi mujer y en mis hijos, y en el placer que sería si pudiera volver a verles. Pero yo estaba convencido de que iban a matarme, y me decía a mí mismo: «Mira, va a ser un momento. Se va a acercar este bárbaro que me está mirando y me va a pegar un tiro, y ya está». También pensaba que sería un descanso para mí, porque ya para entonces había muchas batallas en el partido y yo ya estaba bastante harto y cansado, y así podría descansar.

Perdone por la frivolidad, pero a mí me pareció, desde la tribuna de prensa en la que yo estaba (en el suelo, desde luego), que sólo le faltaba a usted la gabardina para acabar de recordarme a Humphrey Bogart. Y hubiera dado algo por saber lo que pensaba sobre las consecuencias políticas de todo aquello.

Me gusta esa comparación que usted me hace con Bogart como actor y como hombre progresista. ¡Realmente me gusta eso que me ha dicho! Y si quiere que se lo diga, le confieso que lo que sentía era una amargura tremenda. Pensaba: esta derecha española no tiene remedio; tenemos una derecha en España bárbara, incivilizada, salvaje, y bueno, otra vez han vuelto a las andadas. Yo

había luchado contra esa derecha desde que era un niño, y no podía sentir más que rabia y amargura de comprobar que era como siempre, implacable. Por eso, lo recuerdo bien, me llenó de orgullo que mi hijo mayor, cuando alguien le dijo que todos los diputados se habían tirado al suelo, pudiera asegurar sin equivocarse: “Mi padre, no”. En ese momento pensé que había educado bien a mis hijos. Y bueno, también en esos momentos, tan dramáticos, supe por qué respetaba sinceramente a Adolfo Suárez.

Siempre he pensado que su afinidad con Suárez surgió de la percepción de que, a pesar de ser de derechas, no era un señorito, ¿no?

Desde luego, Suárez no era un falangista. Era hijo y nieto de republicanos. Era un hombre que procedía de los movimientos católicos, y creo que en aquella hora de la verdad se comportó con la dignidad de un verdadero demócrata. Y no me importa confesarle que cuando yo valoraba sus actitudes, su coherencia en medio de tantos obstáculos, pero que, al final, la izquierda votábamos siempre en contra suya, en el fondo de mi conciencia me preguntaba a favor de quién estábamos votando. Creo que fuimos injustos con él, porque él hizo por la democracia de este país lo que probablemente no hubiera hecho ninguno de los políticos de aquel momento. Él tenía algo que no tenían los demás: coraje. Y creo que cuando votábamos contra él, que estaba amenazado por la derecha más que por nosotros mismos, estábamos ayudando a que esa derecha ultra se radicalizara.

Reconozca que quien le rompió todos los esquemas a usted fue Gutiérrez Mellado, arriesgando su vida para imponerse a aquella tropa golpista.

Aparte de su gesto, que a mí me parecía lógico en un general, porque yo creo que se portó como un auténtico demócrata frente a

aquellos rebeldes, nunca podré olvidar aquella noche junto a Gutiérrez Mellado. Estuvimos sentados toda la noche, el uno junto al otro, en aquella Sala de los Relojes, y aunque no nos dejaban hablar, sí podíamos intercambiar cigarrillos, miradas… Y yo me sentí entonces muy cercano a él en muchas cosas. Pensaba: ¡hay que ver lo que es la vida! Porque en 1936 este general era uno de los jefes de la Quinta Columna, y yo era el consejero de Orden Público en Madrid, que tenía la misión de luchar contra la Quinta Columna. Es decir, que en aquel momento éramos enemigos a muerte. Y pensaba: ahora estamos aquí, juntos, y en el peor de los casos vamos a morir juntos esta noche. A mí aquello me resultó muy reconfortante.

¿Usted pensó en algún momento que el Rey tenía alguna simpatía por el golpe, que lo apoyaría si triunfaba?

La verdad es que yo aquella noche pensé que el Rey podía haber sido imprudente en algunas conversaciones con jefes militares hablando de Adolfo Suárez, del que ya estaba muy distanciado. Porque a mí mismo, sabiendo la amistad que yo tenía con Adolfo, me había mostrado abiertamente su disgusto con él. Yo tuve la impresión de que los comentarios críticos del Rey respecto a Suárez les dio pie a algunos de estos personajes militares para pensar que el Rey les aceptaría un golpe o una maniobra de esta naturaleza. Pese a todo, yo nunca pensé que el Rey pudiera estar comprometido con los golpistas.

¿Sabe?…, siempre he pensado si tendría usted un punto de arrepentimiento, de maldecir su suerte, mejor dicho, el día que vio que le habían arrebatado a Dolores sus camaradas, los que le habían sustituido en la dirección del PCE. Fue el homenaje en el que festejaban a Dolores precisamente su 90º cumpleaños, en el Palacio de los Deportes de Madrid, en el que

no le dejaron hablar y tuvo que conformarse con contemplar todo desde el gallinero.

Fue durísimo para mí soportar aquello, fue algo bastante más cruel que una humillación. Pero me consolaba saber que Dolores, para entonces, ya no se daba cuenta de nada de lo que pasaba. Recuerdo que en una reunión con los que me sustituyeron en la dirección del partido, al llegar yo, Dolores dijo abiertamente: "Ahí llega nuestro secretario general". Y yo tuve que decirle: "No, Dolores, el secretario general ya no soy yo, es este del bigote que se llama Gerardo". Ella sólo pudo hacer una última cosa por mí, que fue oponerse por escrito a mi dimisión tras los resultados catastróficos de las elecciones de 1982. Sólo eso, que ya es bastante. Siempre pensé que ése era su último acto reflejo de recuerdo del pasado, de tantos años juntos en la lucha comunista.

En el exilio, usted tuvo que cargar además con una leyenda siniestra que le va a perseguir mientras viva: Paracuellos. No sé cómo soporta el hecho de que muchos españoles de la derecha sigan convencidos de que usted fue el responsable, el inductor incluso de aquella matanza.

Que todavía haya gente que pueda pensar eso, la verdad es que me produce tristeza. Durante muchos años se han escrito cosas terribles sobre mí a propósito de aquel desgraciado episodio. Pero la verdad es que la única decisión que yo tomé, de acuerdo con el general Miaja, en la Junta de Defensa en la que yo era responsable de las cuestiones de orden público, fue, respecto a aquellos 2.000 militares que estaban en la cárcel de Madrid porque se habían sublevado en el cuartel de la Montaña, fue, ya digo, trasladarlos a Valencia. Porque nos dimos cuenta de que esa gente podía formar perfectamente un cuerpo de ejército, que eso era, en realidad, la Quinta Columna. Yo entonces estaba desbordado organizando la resistencia de Madrid y puse aquella misión en manos de mis

colaboradores, que tuvieron que organizar, con muchas dificultades, la seguridad de aquel traslado. La conclusión a la que llegamos el general Miaja y yo fue que la gente de la calle que vio aquel traslado, que era gente que ya había sufrido los ataques fascistas, se lanzó a por ellos, y la guardia que iba custodiándoles no les defendió. En Madrid, en aquellos momentos de caos, había grupos radicales, igual que había grupos fascistas que salían de noche a poner bombas. Pienso que si alguna responsabilidad tuve yo en aquello fue la de no tener capacidad para controlar y castigar a los responsables. Pero… en fin, no se puede olvidar que había un frente de guerra en Madrid. Sin duda fue muy doloroso que muriera aquella gente así, pero también estaban muriendo niños, y mujeres, y viejos, y defensores de Madrid que eran chavales que ni siquiera habían hecho el servicio militar. Es verdad que yo no pude defender a aquella gente con eficacia y llevarla a Valencia con seguridad. Fue una desgracia tremenda, pero en tiempos de guerra hubiera sido mucho peor que se hubieran unido al ejército que estaba atacando Madrid. Le puedo asegurar que si Franco hubiera tenido un grupo de presos de esas características, los hubiera fusilado sin más. La República, no. Nosotros hicimos lo que pudimos, pero la verdad es que no teníamos fuerzas con moral suficiente y ganas para defenderles. Y no lo hicimos, eso está claro. Pero, mire usted, en la Guerra Civil murió mucha gente inocente que no debería haber muerto y otra gente que ha muerto que no era tan inocente. Yo he soportado esta calumnia de Paracuellos como un peso más que hay que soportar en esta vida. No he encontrado forma de neutralizar esa calumnia, pero opté por tomar un camino: actuar en la política de este país. Quiero la paz entre los españoles, yo no soy un hombre que odiara físicamente a nadie. Creo que muchos lo han entendido así.

Su militancia comunista le marcó a usted de forma apasionada y feroz. Porque, por su causa, usted rompió con su padre, Wenceslao, que había sido un ídolo para usted.

Me cuesta mucho, mucho, hablar de aquello en términos personales. Porque le aseguro que fue tremendo y que me produjo un gran desconsuelo. El día que rompimos, yo iba llorando a lágrima viva por la calle, y creo que hasta entonces yo no había llorado jamás por nada ni por nadie. Pero el ver a mi padre en la Junta de Casado, que entregó la República a los golpistas; ver a mi padre, luchador socialista de toda la vida, traicionando la causa de la República… Yo, para entonces, ya era un dirigente comunista, y para mí aquello era una mancha terrible, la mayor desgracia que podía caer sobre mí. Rompí con mi padre, y mil veces que hubiera tenido que romper lo hubiera hecho. Yo no podía soportar la idea de que aquí, en las cárceles, Casado dejaba miles de camaradas presos y que Franco no tuvo más que cogerles allí y fusilarlos. Aquello nunca pude superarlo. En el año 1956 fui a Bruselas, donde mi padre vivía ya muy enfermo, y se arregló todo en el plano personal. La verdad es que nunca más volvimos a hablar de aquello, porque yo no quería hurgar en la herida. Pero tengo el convencimiento pleno de que mi padre estaba más orgulloso de lo que había hecho yo que de lo que había hecho él. Aquello fue durísimo, quizá lo más duro que me ha pasado en mi vida política y personal. Mire, yo quería muchísimo a mi padre, le adoraba. Pero me hizo mucho más daño del que me había hecho la propia muerte de mi madre, que fue casi al mismo tiempo.

Durante muchos años, el santuario de la izquierda antifranquista estaba en su casa de París, de donde la gente salía convencida de que la libertad comenzaba al día siguiente. Pero me imagino que en su fuero interno pasaría usted por momentos de desaliento que nada tenían que ver con las soflamas quiméricas de la Pirenaica.

La verdad es que nunca experimenté eso que se llama *desaliento,* pero sí le diré que la percepción de la lejanía sí que me jugó malas pasadas. Recuerdo que cuando vivía en Nueva York me

compré una radio potente para poder escuchar flamenco, que nunca me había atraído hasta entonces, y me pasaba horas escuchando flamenco, y eso me consolaba muchísimo. La verdad es que, en los primeros años, la lejanía de España me pesó como nunca. Sobre todo en una ciudad tan fría y tan inhóspita como era para mí Nueva York. En esos momentos sentí la lejanía de España de una manera tan lacerante que me resultaba insoportable.

Le estoy oyendo y me parece que está usted 'cantando' 'Suspiros de España', aquel pasodoble de Concha Piquer que habla de algo muy parecido.

Sí, sí que es verdad. A mí, Concha Piquer, como persona, nunca me cayó simpática; pero sí me gustaron sus canciones, y ésa en especial. Pero es que aquello… Le tengo que confesar que a mí nunca me gustaron los comunistas americanos, nunca me entendí con ellos. Así que luego, en París, todo resultó ser más fácil, más próximo. Por mi despacho de la calle de Nôtre Dame pasó toda la oposición al franquismo. Y lo de la Pirenaica, que decía usted antes, pues… Es que la Pirenaica está en Bucarest y… bueno, la lejanía y la clandestinidad nos hacía vivir las cosas con una pasión sin duda excesiva, entre otras cosas porque queríamos infundir confianza y esperanza como fuera. Pero el día en el que murió Franco, yo veía cómo la gente brindaba con champaña y lo celebraba, y a mí no se me ocurrió celebrarlo porque lo que sentía es que era un drama histórico que Franco pudiera morir tranquilamente en la cama después de todo el daño que había hecho al país.

Pero estoy segura de que compartió usted esa noticia con los más suyos, con su mujer y sus hijos, con los que usted ha vivido siempre muy unido, ¿no?

¡Por supuesto! Mire, para mí, Carmen, mi familia, mis hijos… Sin su apoyo sí que hubiera podido tener momentos de desánimo; pero

la verdad es que, a lo largo de toda esta interminable noche, su apoyo ha sido… ¡Es que éramos como una piña! Y teníamos siempre preparadas las maletas para regresar, estábamos convencidos de que un día podríamos regresar. Sin mi familia, creo que no sé si hubiera podido aguantar tanto y tanto tiempo. Mi mujer, Carmen, tiene el enorme mérito de haberme soportado y de haber soportado el tipo de vida que yo he llevado con una paciencia infinita. Y bueno, le tengo que decir que yo he tenido siempre y tengo verdadera pasión por mis hijos, y que, aparte de la vida perra que les he obligado a llevar, yo diría que he sido un buen padre.

¿Y ha sido usted un buen comunista? Se lo pregunto porque usted se situó en la avanzadilla de la heterodoxia crítica al comunismo soviético, entre los traidores.

Mire, creo que yo sí he sido, y sigo siendo, un buen comunista, y que los malos comunistas, los traidores, fueron ellos. Yo sólo denuncié anticipadamente que, por aquellos graves errores de burocracia y represión, iban al desastre. Como así fue. Es cierto que hubo un tiempo en el que el PCE apoyó a Stalin, pero también es cierto que supimos rectificar cuando supimos cómo era aquello realmente, cuando conocimos todos los horrores. Por eso siempre he admirado y respetado tan seriamente a Jruschov; fue el único que tuvo el coraje de decir la verdad, de enfrentarse a toda la dirección del PCUS.

No sé si está usted dispuesto a reconocer que los errores que denunciaron los dirigentes de aquel partido comunista que usted dirigió con mano de hierro, Fernando Claudín y Jorge Semprún, se parecen mucho a las causas del derrumbamiento del mundo soviético. Esto es, la imposibilidad de la convivencia del comunismo con la libertad.

Creo sinceramente, cuando ya ha pasado tanto tiempo y no tiene ya sentido cualquier polémica interesada, que la disidencia de Claudín y Semprún no tiene nada que ver con las causas que determinaron el fracaso del sistema soviético. Ellos no personificaron el conflicto entre el comunismo y la libertad, sino entre su militancia en un partido clandestino y sus proyectos profesionales. Por lo demás, cuando expulsamos a Claudín y a Semprún, yo seguí siendo amigo de ellos y ellos siguieron frecuentando mi casa clandestina de París. El problema estuvo en que ellos no estaban dispuestos a seguir en un partido clandestino, con todo lo que ello significa. Y además ya estábamos un poco de vuelta de la fidelidad a la Unión Soviética. El fondo de su disidencia fue el que, para aquella época, había en España un proceso de liberalización desde la derecha franquista y ellos pensaban que había que montarse en ese tren. El partido, y yo, por supuesto, pensábamos que en España había que conseguir un cambio democrático. Entonces, Claudín tenía 52 años, y él se me quejaba de que a su edad -yo tenía 50 años- no había podido llevar a cabo ningún proyecto personal: “Mira”, me decía, “es que ya no aguanto más las reuniones del partido, ya no aguanto estar aquí”. En fin, no debían de tener mucha razón *mis disidentes* cuando me acusaban de dirigismo y de falta de democracia interna, porque precisamente en esa época el PCE creció muchísimo.

“Con la muerte en el alma”. Así se metió un viejo zorro como usted en la trama que le lleva a afrontar las elecciones de 1982, que, sin duda, fueron su tumba política frente a la marea socialista. Nunca entenderé por qué se fue solo al matadero.

Con aquella expresión mía, quizá un tanto dramática, lo que yo quería decir es que intuía lo que nos iba a suceder a los comunistas y a mí como chivo expiatorio de la situación, que pasé de la sustitución de la secretaría general a la expulsión del PCE. Estaba intuyendo el golpe terrible que iba a sufrir el partido, como así fue.

Fue en la noche de 1982 cuando yo tuve claro que el PCE había perdido definitivamente la batalla por la hegemonía de la izquierda en este país. Y para mí fue duro tener que asumir que la batalla la había perdido yo, al menos formalmente. Lo que mucha gente no sabe es que, a pesar de aquella terrible noche de 1982, donde reconozco que perdí los papeles, traté de convencer a los camaradas de que, a pesar de que nos había hecho la puñeta, era bueno para el país que hubieran ganado los socialistas, porque ellos estaban en condiciones de ejercer el gobierno con apoyos internacionales y garantizar la consolidación del sistema democrático. Eso no lo sabe mucha gente, pero fue así.

¿Y qué puede hacer ahora, a sus 90 años, en estos tiempos en los que las ideas comunistas parecen no tener presente, y mucho menos futuro?

Sigo siendo un luchador; me considero hoy un francotirador político, y a mi manera sigo sembrando ideas para crear una nueva izquierda en la que yo ya no voy a desempeñar ningún papel, pero que creo que hace falta en este país y en el mundo. Y le puedo asegurar que mis propuestas están encontrando una gran receptividad en la gente joven. Pienso que lo que hago no es inútil porque, si no, ellos, los jóvenes, no me escucharían.

Además de escribir, es usted un lector empedernido, a pesar de su grave limitación de la vista. No me lo imagino sin poder hacer esas dos cosas que le son tan queridas.

Mire, hasta ahora, y con la ayuda de mi oculista, estoy manteniendo la capacidad de leer, que es fundamental para mí. ¡Hombre!, si llega el momento en que pierdo más vista, o que me pasan otras cosas que me pueden pasar a mi edad, lo único que yo quiero es tener el suficiente conocimiento para decidir yo lo que pueda hacer. Desde luego, decidirlo yo. Es lo único que tengo claro:

que si llega un momento en el que no pueda hacer las cosas que estoy haciendo y me convierto en un obstáculo, en un problema, pues que cuando tenga todavía suficiente cabeza pueda decidir el momento en el que todo se acabe.

“Don Juan Carlos supo renunciar al poder dictatorial heredado”

JUAN CARLOS I, 30 AÑOS

JOAQUÍN PRIETO - 22/11/2005

Noventa años de edad y tres pitillos fumados en sesenta minutos de entrevista: una ruina para las campañas antitabaco. Santiago Carrillo, ex secretario general del Partido Comunista de España, se muestra menos inquieto por su salud que por la del país en que vive. Treinta años atrás no creía en don Juan Carlos como líder de un proceso de transición a la democracia, pero cambió de actitud, hasta impulsar el reconocimiento de la Monarquía y de la bandera nacional, para contrapesar la dura repulsa de la cúpula del Ejército a la legalización del Partido Comunista durante el Sábado Santo de 1977. El ex dirigente de izquierda elogia al Monarca por haber renunciado al “poder dictatorial heredado” y sugiere a su hijo que no se meta en batallas políticas.

Pregunta. En 1975, las fuerzas antifranquistas no confiaban en don Juan Carlos. ¿Por falta de contactos con él o por el convencimiento de que una persona designada por el dictador no podía representar el futuro de España?

Respuesta. Ese prejuicio existía. Era muy difícil imaginar que un hombre situado por Franco al frente de la Monarquía no fuera el continuador de la política del Movimiento Nacional. A eso se unía la subestimación del coeficiente intelectual del futuro rey, difundida por elementos de la propia dictadura, falangistas que no eran muy amigos del Monarca. Ese conjunto de factores aconsejaba a las

gentes de oposición una cautela y una reserva respecto al Rey, que luego la práctica demostró injustificada.

P. Antes de ser coronado, ¿hubo algún contacto directo o indirecto entre don Juan Carlos y usted, como secretario general del Partido Comunista?

R. Cuando Nicolás Franco y Pascual de Pobil vino a verme a París, en 1974, y nos entrevistamos en presencia de Teodulfo Lagunero y de José Mario Armero, no me dijo que venía en nombre del Príncipe; habría sido imprudente que se supiera entonces que don Juan Carlos buscaba información y contacto con el Partido Comunista, cuando él sólo era Príncipe. Aquel fue el primer contacto, pero esto lo supe más tarde.

P. ¿Y después de la proclamación del Rey?

R. Nicolae Ceaucescu (presidente de Rumania, fusilado en 1989) me dio un mensaje de don Juan Carlos: que el Partido Comunista de España debería tener paciencia un par de años antes de ser legalizado. Esa consulta habría podido resolverse en Madrid, donde vivíamos tanto don Juan Carlos como yo, pero aún me encontraba en la clandestinidad y tuve que salir de España para enterarme del mensaje y contestar de forma negativa. Después hubo otros contactos con representantes del Gobierno de Adolfo Suárez, y detrás de ellos sin duda estaba el Rey.

P. ¿Cuál fue su primera entrevista con el Monarca?

R. Creo recordar que la primera se celebró tras las elecciones de 1977. Pasamos revista incluso a las causas por las que su abuelo había sido destronado. Entre otras cosas, me dijo algo que entonces me sorprendió: él iba a ser respetuoso con la voluntad popular y, si algún día yo tenía mayoría, me confiaría el Gobierno. En aquellos

momentos no era un compromiso muy grave, puesto que nosotros teníamos una veintena de diputados y no había muchas posibilidades de alcanzar la mayoría. Sin embargo, me causó buena impresión como declaración de principios, que tenía en cuenta el papel jugado por el Partido Comunista en la fase más delicada de la transición, mucho más importante del que podía corresponder a la minoría parlamentaria lograda.

P. A partir de ahí hubo una relación fluida con el Rey...

R. En otras entrevistas, don Juan Carlos me comentó que la reina Sofía le preguntaba de qué hablábamos en aquellas conversaciones tan largas que teníamos. Yo creo que para el Rey era una experiencia novísima hablar con el dirigente del Partido Comunista y, en cierto modo, con un hombre que había vivido la historia española del siglo XX. A partir de ahí, mi relación con el Rey está ya muy documentada.

P. ¿Qué consejo le daría al actual príncipe de Asturias?

R. Simplemente, que tome a su padre como maestro, porque me parece la única posibilidad de que pueda reinar tranquilamente. España no es un país monárquico. Don Juan Carlos ha gozado de gran apoyo popular, sobre todo entre la izquierda y los progresistas, porque se lo ha ganado: supo renunciar a un poder dictatorial heredado y asumir que la soberanía corresponde al pueblo español. El Rey reina, pero no gobierna; ahí reside la única posibilidad de que el desarrollo de la política no llegue a plantear, de manera acuciante, la cuestión de Monarquía o República. El Rey debe estar al margen de las batallas de la política y actuar con arreglo a las mayorías que el país elige, que son el producto de la voluntad popular.

P. ¿Y si esa voluntad se fragmenta por territorios, en diversas voluntades populares?

R. No creo que actualmente exista peligro de ruptura de la unidad de España. Toda la histeria desatada por la derecha en torno a ese tema no responde a realidades. La derecha y, por desgracia, una parte de la izquierda no conciben más Estado que el centralista.

P. ¿Cómo se explica usted la actual escandalera política?

R. Sobre todo, porque la derecha va al encuentro de tendencias ideológicas que han dominado durante siglos entre los españoles, que enfrentan a unas regiones con otras, creando la leyenda de una Cataluña egoísta. Además, el día en que las autonomías se consoliden, ya no podrá haber un partido tan monolítico y vertical como el de la derecha española, porque forzará a los partidos estatales a adoptar también una forma federal. La derecha ya ha perdido la posibilidad de provocar un golpe militar; tampoco dispone de los instrumentos de fuerza que ha poseído a lo largo de la historia para imponer su política al país. Ahora tiene miedo a perder el último instrumento, un partido monolítico, vertical, que actúa con una disciplina de hierro.

P. ¿Ni siquiera reconoce a la derecha haber controlado a la extrema derecha, impidiendo el crecimiento de fuerzas antidemocráticas?

R. Pero es que usted se refiere a lo que fue la derecha en los tiempos de Manuel Fraga. Una vez desaparecido Fraga como dirigente nacional y *confinado* en Galicia, José María Aznar cambió las características del Partido Popular y le imprimió una agresividad de la que hay ejemplos a montones. No comprendo que en un sistema democrático se utilicen formas de provocación como las que se están empleando; no comprendo que parlamentarios del Partido Popular insulten gravemente al presidente del Gobierno, como lo

hacen. En las últimas Cortes republicanas, que vivieron el preludio de la Guerra Civil, hubo debates fortísimos, pero no insultos personales como los escuchados ahora. Cuando Mariano Rajoy dice: “¡Vuelva, señor González!”, yo podría responderle: “¡Vuelva, señor Fraga!”, antes de que sus sucesores nos metan en un conflicto imposible de superar.

P. ¿Cree que existe verdadero riesgo de conflicto?

R. Hay riesgo. Si por la presión del PP fuera imposible llegar a una redacción del Estatuto de Cataluña que pueda ser aprobada tanto en las Cortes Generales como en Cataluña, se crearía una ruptura muy grave en este país.

P. ¿Ve preocupado al Rey con la situación actual?

R. ¿Y quién no lo está?

“Este país no se parece nada al de julio de 1936”

70º aniversario del estallido de la Guerra Civil

Santiago Carrillo encuentra similitudes entre el discurso actual de la derecha y el que mantuvo en vísperas del inicio de la contienda

JOAQUÍN PRIETO - 18/07/2006

Santiago Carrillo tenía 21 años y era dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas cuando el estallido de la Guerra Civil le sorprendió en París, donde había acudido a una reunión de la Internacional Juvenil Comunista. Su fresco cerebro de 91 años recuerda un viaje de semanas hasta volver al Madrid semicercado por las tropas de Franco, en el preludio de una tragedia que las fuerzas de izquierda también habían subestimado. Tras la sublevación del Ejército en Marruecos, Carrillo tomó un tren hacia España y se encontró con los socialistas Rodolfo Llopis y Luis Araquistáin, tan ignorantes como él del alcance del golpe.

“Llegamos a Irún a la mañana siguiente y ya no se podía continuar en tren a Madrid. Fuimos en un taxi a San Sebastián, donde se luchaba en torno a un hotel en el que se habían parapetado los facciosos”. Por la calle tropezaron con Pedro Laín Entralgo, en aquel tiempo militante de Falange: “Buscaba el modo de salir de la zona republicana”. El grupo de izquierda no se lo

impidió -un hermano de Laín iba entre los acompañantes de Carrillo-. “Nosotros intentamos atravesar Castilla en coche y estuvimos a punto de caer dos o tres veces en manos de los fascistas. Entonces nos dirigimos hacia Bilbao, pero al pasar por Torrelavega vimos una columna de marineros y de obreros que marchaba a liberar Aguilar de Campoo (en la montaña palentina) y nos sumamos a ella. No conseguimos recuperar el pueblo”. Carrillo fue a Bilbao y permaneció en el frente de Ochandiano, hasta que llegaron órdenes de volver a Francia y entrar en España por Cataluña, dominada por la CNT / FAI (anarquistas) como vía hacia Madrid.

Pregunta. ¿Cómo era la situación en vísperas del golpe?

Respuesta. Todos lo esperábamos, sólo faltaba la fecha. Las fuerzas de izquierda llevaban días velando; no las armas, que no las tenían, sino para poder reaccionar si los militares se sublevaban. Pensábamos que el golpe podía resolverse en 15 días, pero luego nos dimos cuenta de que se abría un periodo que podía ser mucho más largo y afrontamos la situación con la idea de ganar la guerra.

P. ¿Qué visión tiene de la contienda como superviviente?

R. Pues que la sublevación militar nos obligó a hacerlo. Mi generación tenía la voluntad de impedir que el fascismo se implantara tranquilamente en España y pudiera destruir los partidos políticos y la democracia. La sublevación franquista provocó una revolución popular en la que estábamos los nacionalistas vascos católicos, los anarquistas, los socialistas, los comunistas, los republicanos de izquierda y de centro; todas las fuerzas democráticas convivimos, con dificultades y contradicciones, pero todas sufrimos las consecuencias no sólo de la intervención militar alemana e italiana a favor de los sublevados, sino de la no

intervención de las potencias democráticas, que fue el golpe de muerte para la República Española.

P. Nunca se ha esclarecido la muerte de miles de presos nacionales en Paracuellos del Jarama (Madrid), cuando formaba parte de la Junta de Defensa de Madrid.

R. A los tres días de constituirse la junta, los franquistas llegaron a 200 metros de la Cárcel Modelo. Podían liberar a cerca de 2.000 militares sublevados detenidos allí, con lo que habrían reforzado el Ejército rebelde. Se planteó sacarles de la cárcel y mandarles a Valencia. En Paracuellos o donde fuera, porque yo de eso me enteré después, en un lugar fuera de la jurisdicción de la Junta de Defensa, que se limitaba al perímetro de Madrid, fueron asaltados y ejecutados. Había por allí montones de refugiados que huían de la represión franquista en Extremadura y Andalucía, llenos de odio; había incontrolados... Mi conciencia no me reprocha más que no haber tenido un Estado de verdad, una policía de verdad, para custodiar a los evacuados ni para investigar lo sucedido. Ni siquiera teníamos soldados para cubrir todas las bocacalles por las que el enemigo intentaba entrar en Madrid y colgarnos en la Puerta del Sol... Pero la gente se debería preguntar también por los millares de republicanos fusilados en la plaza de toros de Badajoz; y por qué, terminada la guerra, el franquismo ejecutó a más de 100.000 personas hasta 1944.

P. ¿Ve en la España actual alguna división comparable a las que precedieron a la guerra civil?

R. Observo que la derecha habla y se manifiesta de modo parecido a como lo hacía en vísperas del 18 de julio de 1936. La unidad de España que se rompe; se habla de persecución a la Iglesia, se niega la legitimidad del Gobierno elegido democráticamente; ahora no se habla de la amenaza comunista, pero se denuncia a Zapatero

como el representante de todos los males imaginarios. En aquel tiempo la derecha hacía eso mismo, fracasado ya el proyecto de Gil-Robles de conquistar el poder por la vía legal, pero entonces contaba con el golpe militar que se preparaba a ojos vistas. Hoy no se ve nada de eso y no entiendo por qué la derecha repite casi miméticamente lo que hizo la de 1936. Las empresas y los bancos ganan ahora mucho dinero, millones de españoles inundan las carreteras en busca de descanso; no hay grandes conflictos sociales, los católicos no sólo practican tranquilamente su religión, sino que tienen ayuda económica del Estado para su culto y sus escuelas. Hoy, este país no se parece para nada al de 1936.

“Cuando escucho a algunos obispos me viene a la memoria 1936”

Santiago Carrillo /Político y escritor

JUAN CRUZ - 17/12/2006

Santiago Carrillo acaba de revisar sus memorias, que reedita Planeta. En esta entrevista aborda algunos de sus recuerdos más personales (Paracuellos, las relaciones con su padre), habla de lo que él haría con la memoria histórica y confiesa que cuando escucha a algunos obispos “me viene a la memoria 1936”. La conversación fue en su casa. Y empezó por la edad: tiene 91 años, y dice que ya es anciano, “un viejo”.

Pregunta. ¿Y qué es ser viejo?

Respuesta. Que las piernas no te dejen jugar al fútbol. Muchas cosas que no puedes hacer. Ser viejo es jodido.

P. Cuando habla del episodio más tremendo de su memoria, los fusilamientos de Paracuellos, se le ve muy sereno. ¿Cómo asume ese asunto?

R. Con mucha tranquilidad. Hubo una Guerra Civil, me tocó quedarme en Madrid, cuando todo el mundo se marchaba. Pensaban que Madrid caería en tres días, se fue el Gobierno, pero dejaba en la cárcel a dos mil y pico militares sublevados. Las tropas franquistas habían llegado a 200 metros de la Cárcel Modelo. Si liberaban a esos militares, decían los técnicos, significaba que quedaban libres dos cuerpos del Ejército, y se perdía Madrid. Y

hubo que trasladarlos sin que tuviéramos la tranquilidad necesaria para una operación de ese tipo, ni fuerzas de seguridad para custodiarlos y protegerlos de las iras de la gente. La aviación franquista bombardeaba Madrid, había un odio terrible... Y en el camino, ya fuera de mi jurisdicción [como miembro de la Junta de Defensa de Madrid], alguien sorprendió al convoy y lo atacó; los milicianos antifascistas que los custodiaban no se sintieron con valor para jugarse la vida salvando la de aquellos que al fin y al cabo eran sublevados. Y se produjo esa tragedia...

P. ¿Pudo hacerse más?

R. Si yo hubiera tenido en mis manos un instrumento de Estado serio... Yo no tenía nada; había que improvisarlo todo, eran las primeras horas de la defensa de Madrid. En esas condiciones nadie podía garantizar nada. Yo mismo no estaba seguro de que a las 24 horas no me colgaran en la Puerta del Sol. Es lamentable. Había tanta gente que moría, tantos inocentes. La verdad es que cuando te enteras de lo que ha pasado tienes un momento de estupor, pero luego se acumulan otros problemas, hacen falta soldados, hay que enviar refuerzos, y casi no puedes responder de casi nada. Pero eso fue la guerra, y no provoqué yo esa guerra.

P. ¿Cuál es su sentimiento personal cada vez que le preguntamos por eso?

R. Hombre, comprenderá usted que no me agrada nada. He respondido tanto esa pregunta... Ya me escuece.

P. ¿De veras no se pudo hacer más para evitar esa matanza?

R. En ese momento no creo que se pudiera hacer más. Rojo nos informó de la situación militar y no había fuerzas para defender Madrid; la policía la hacíamos las organizaciones y los partidos, y

mucha gente por su cuenta. No había posibilidad alguna. Yo creo que hay una responsabilidad mucho mayor que la mía, que es la del Gobierno que sacó de Madrid a esa gente, que no la llevó a la retaguardia... Y es que el Gobierno se marchó dejándonos esa bomba en las manos, y yo, francamente, era impotente para hacer frente a la situación. Ninguna organización dejó en Madrid a sus dirigentes, excepto el Partido Comunista. A los dos días llegó una Brigada Internacional, y subió la moral... Es verdad que empezaron a sobrevolar Madrid los aviones rusos; desde el punto de vista militar no era decisivo, pero sí desde el punto de vista moral. La gente sentía mucho odio al fascismo.

P. ¿Qué le parecieron los libros de Ian Gibson y de Jorge Martínez Reverte sobre este episodio?

R. No me he explicado por qué Gibson, que es un progresista, publicó antes de unas elecciones un libro en el que se ponía en cuestión mi conducta. Lo de Reverte yo creo que está bien intencionado, y deja muchas incógnitas... Hay una preocupación de imparcialidad a la hora de enjuiciar hechos que ocurrieron hace tanto tiempo..., y la imparcialidad resulta imposible. Esta gente no tiene ni idea de lo que era Madrid esos días... En la práctica no mandaba nadie, el Gobierno no existía, y enfrente había un Ejército que avanzaba victorioso.

P. En su libro usted aborda la relación con su padre. Cercanía y ruptura. ¿Cómo lo vive?

R. Como un recuerdo. Agridulce. Cuando aprobamos la política de reconciliación nacional me reconcilié con mi padre. Desde niño fui amigo suyo, le admiraba. Era muy honesto. Y cuando me lo encuentro enfrente, reprimiendo a mis camaradas, como miembro de la Junta de Casado... Me comunicaron al tiempo que mi padre estaba con Casado y que mi madre había muerto. Yo estaba en

París; yo quería mucho a mi madre, y en ese momento lo que más me dolió fue lo de mi padre. Hoy lo recuerdo como era antes. Y he leído un diario suyo; en él dice que actuó con una ingenuidad estúpida: se enteró, ya en el exilio, en Londres, de que Casado estaba en contacto con la Quinta Columna de Mola. ¡Antes de formarse la junta ya estaba Casado comprometido con la Quinta Columna! “Y yo en la higuera”, dice mi padre. Hoy me sigue dando pena de su error.

P. ¿Hablaron de ello luego?

R. Le vi en los cincuenta, en Francia; ya él estaba muy enfermo. Nos vimos en el hospital, nos abrazamos. “No hace falta que hablemos de nada”, me dijo. Luego estuvo en París, con nuestros hijos y con nosotros. Jamás volvimos a hablar de Casado, de su participación en la junta. Era un hombre con mucho amor propio, como yo; hubiera sido inútil que discutiéramos, no hubiéramos llegado a ningún sitio, y hubiera sido aún más doloroso.

P. Mucha gente desfila por su libro. ¿Algún flagrante error suyo?

R. Stalin. Tuve fe en él, como muchos comunistas. Creíamos que era un demiurgo. Hasta que conocí los crímenes y las barbaridades; fue un desengaño terrible. Le dije a Arthur London, en 1956, en Bulgaria: “Después de lo que me han contado de cómo han torturado Stalin y a Beria ya sólo creeré en lo que vea y en lo que toque. ¡Se acabó la fe!”.

P. La memoria histórica. ¿Cómo hubiera planteado usted esa ley que se ha aprobado esta semana?

R. Yo hubiera hecho una ley que anulara todas las condenas de los tribunales, y un organismo del Estado debería encargarse del desentierro de cunetas y de tapias, para enterrar los cadáveres en

cementerios civiles o en campos santos. No deben hacerlo organizaciones privadas, es absurdo. Los planes escolares de enseñanza, además, deberían explicar de veras qué fue la República, la Guerra Civil, la dictadura... ¡Los chicos conocen sólo la historia de los Reyes Católicos! Y la memoria histórica debe llevarnos a recuperar la historia real de este país.

P. ¿Hasta cuándo en este país va a ser la palabra paz precedida de la palabra proceso?

R. He visto algunas secuencias del vídeo del PSOE [sobre *la otra* tregua]. Y no sólo he pensado en la doble política y en la doble moral. He pensado que en aquel momento [al PP] le apoyaba todo el mundo, y fueron más decididos al negociar que el Gobierno actual. Hay algo que hace que a veces te preguntes si se busca la paz o se busca la rendición incondicional. ETA no se va a rendir nunca incondicionalmente; lo que se busca es que no haya más muertos y que se cree un estado de convivencia civil en España, en el País Vasco, y ahí yo creo que falla algo.

P. ¿Qué falla?

R. Que el Gobierno está presionado doblemente: por el Partido Popular y por algunos *barones* del PSOE. La presión del PP es muy fuerte.

P. ¿Ha visto usted en este tiempo algo que le haga evocar el pasado?

R. Cuando escucho a algunos obispos hablar en contra de los derechos del Estado, intentando justificar para la Iglesia un papel dirigente en la sociedad, o cuando oigo a alguno de ellos llamar a la desobediencia civil, en ese momento siento como si volviera a 1936 y estuviéramos regresando al mismo túnel de siempre. Es lo que me

hace pensar que el nervio de la derecha no ha cambiado mucho de unos años a esta parte.

P. Una curiosidad. Se dijo que su encuentro con Fraga era simbólico de la reconciliación. Aparte de lo políticamente correcto, ¿qué sintió al darle la mano?

R. Por un lado, sentí cierto repelús, y a lo mejor a él le pasó lo mismo; él había sido un ministro de Franco, dijo cosas terribles contra Julián Grimau [ejecutado por comunista]. Pero al mismo tiempo tuve la idea de que los hombres pueden cambiar. Y que además el futuro de un país que ha vivido guerras civiles está en que los hombres cambien. ¡Y sobre todo que cambien sus hijos y sus nietos! ¡Los hijos y los nietos no tienen la culpa de lo que hicieron sus abuelos!

P. ¿Tiene usted la sensación de haber cambiado más que Fraga?

R. Tengo la impresión de que todos los cambios que he hecho, a medida que la vida también ha cambiado, los he hecho para seguir siendo el mismo que era antes...

P. Como François Mauriac, nacería para ser “el mismo pero mejorado”.

R. Esa definición me va de perlas.

“De Juana es un terrorista y un desgraciado, pero ha cumplido su condena”

Santiago Carrillo, Ex secretario general del PCE

LOLA GALÁN - 24/08/2008

Desde el pequeño despacho de su domicilio, en el distrito de Retiro, se divisa todo el sur de Madrid, la ciudad donde ha residido desde su tumultuoso regreso del exilio, con peluca incorporada, tras la muerte de Franco. Santiago Carrillo (Gijón, 18 de enero de 1915), secretario del PCE entre 1960 y 1982 y uno de los artífices de la Transición española, no deja de trabajar, a los 93 años cumplidos. Prepara un nuevo libro “sobre los camaradas”, explica, y se muestra escandalizado por lo que considera la miopía de Europa hacia Rusia. “Están acorralando a Rusia. La OTAN la está sitiando, la rodea por todas partes. Europa debería jugar un papel de puente, y estamos actuando como un protectorado norteamericano. Vamos a una ampliación del terrorismo, y a una tercera guerra mundial”. Carrillo, recién llegado de sus vacaciones, viste elegantes pantalones grises, sujetos con tirantes, y camisa de rayas blancas sobre fondo azul. La mirada, siempre viva bajo los gruesos cristales de las gafas, y entre los dedos, el eterno cigarrillo humeante.

Pregunta. Cuantos más años cumple, más actividad desarrolla. Después de una etapa de silencio no para usted de hablar.

Respuesta. Estoy más activo de lo que suelen estarlo las personas de mi edad. Tengo bastante buena memoria, sigo los

acontecimientos, trabajo para ganarme la vida... Tengo suerte.

P. Ha vivido siempre volcado en la política.

R. He sido un hombre de ideas, un hombre de partido. La gente de mi generación entró en el partido comunista como se entra en una orden militar...

P. O religiosa...

R. Sí, sí, militar y religiosa: poniendo a disposición del partido todos los minutos del día y la propia vida. Hoy hay ese fenómeno de los mártires que se inmolan pensando que defienden una causa justa, en algunos países musulmanes...

P. Sí... el terrorismo islamista.

R. En el partido comunista ha habido miles de personas que, sin ser creyentes, no han vacilado en arriesgar su vida ni en entregarla en la guerra contra el fascismo, y en la clandestinidad.

P. Los terroristas que se hacen estallar disponen también de las vidas ajenas.

R. No estoy comparando a los comunistas de este país con los terroristas. No. Lo que digo es que el desinterés por la vida propia al servicio de una idea, de una causa, existía en personas no creyentes.

P. Quizá hay un punto de fanatismo en esa forma de defender las ideas.

R. En España no había diez modos de defender las ideas. A mi generación no le quedó más remedio que hacer la guerra con todas las consecuencias, y la resistencia.

P. Usted, que tuvo un papel tan destacado en la Transición, tan elogiado por todos, ¿no tiene la sensación de que la sociedad española está más dividida y crispada de lo que lo estaba al inicio de aquel periodo?

R. Hay un problema. Todavía no hemos asimilado los cambios que nosotros mismos hemos introducido en la estructura del Estado. Con la Constitución de 1978 se liquida el Estado centralista y surge el Estado de las autonomías, que se acerca en cierto modo al federalismo. Yo creo que ni los políticos ni muchos ciudadanos hemos llegado a asimilar ese nuevo Estado.

P. Quizá porque está en constante ebullición. No se sabe hasta dónde llegan las aspiraciones de algunas comunidades.

R. Eso no me alarma. Un cambio de Estado tan profundo no se asimila en poco tiempo. Hace falta rodar ese nuevo Estado y hace falta que nos acostumbremos a ver ese Estado no solamente en el Gobierno que funciona en Madrid, sino en el Estado de las autonomías. Y hoy, los políticos que gobiernan no lo han asimilado. Tampoco las autonomías tienen sentido del Estado nuevo, y no se dan cuenta de que ellas son responsables también de su mantenimiento y que la solidaridad es un factor decisivo.

P. Pero ¿cree que vamos por el buen camino?

R. Sí, yo creo que sí, porque este Estado lo construimos un poco a ciegas. En 1977 y 1978 no sabíamos muy bien lo que estábamos construyendo.

P. ¿Y no procederán nuestros problemas actuales de esa construcción un poco a ciegas del nuevo Estado?

R. Sí, ahí se originan. Todo procede del hecho de que ese Estado no ha sido suficientemente explicado.

P. O suficientemente planificado...

R. Era muy difícil ver en la Constitución adónde desembocaban las cosas. Pero hay elementos muy claros que definían ya el nuevo Estado. Por ejemplo, el reconocimiento de nacionalidades y regiones, por primera vez en la historia de este país. Los políticos tienen que aceptar que ese Estado centralista ha muerto. La derecha no lo ha aceptado.

P. También el Gobierno socialista tiene problemas, como el de la financiación autonómica con Cataluña.

R. Ese problema se va a resolver. No hay que asustarse. Estamos en una situación nueva, y lo que ha faltado para hacer una labor pedagógica sobre el papel del Estado es un Senado que fuese de verdad el Senado territorial en el que se debatieran los problemas.

P. ¿Sospecharon alguna vez, en esos años iniciales de la Transición, que las reivindicaciones lingüísticas llegarían tan lejos?

R. Eso no me preocupa. He estado de vacaciones en un balneario, en Girona, y hablaba castellano y la gente me contestaba en castellano. Si algún idioma puede avasallar al castellano, es el inglés.

P. No me refiero a la salud del idioma, sino a la libertad de estudiar en la lengua materna, que muchos españoles ven limitada en algunas autonomías.

R. En ese balneario del que le hablo había muchas familias, en general modestas, de Extremadura, o de Andalucía, y esta gente que ha nacido en territorio de lengua castellana tiene la idea de que Cataluña es superior. Porque Cataluña asimila a los no oriundos y los convierte en catalanes. Montilla es un ejemplo de esa realidad. Y el nuevo Estado tiene que reconocer esa realidad y convivir con ella.

P. Actos como ese ultraje a España, que se produjo hace unos días en las fiestas del barrio de Gracia, crean mal clima.

R. Lo que ocurrió en el barrio de Gracia es totalmente minoritario en la Cataluña de hoy. La mejor demostración de ello es que un cordobés sea presidente de la Generalitat, por primera vez en la historia. Lo grave aquí es que cuando en Europa había desaparecido ya el viejo régimen, en España todavía estaba vigente. Llevamos un retraso secular. Y por eso tenemos una derecha que no se parece a la europea.

P. ¿No le parece moderno el nuevo PP de Mariano Rajoy?

R. No le veo nada nuevo. No hemos tenido ninguna prueba de que la derecha española haya cambiado. Si nos remontamos a meses atrás y recordamos las marchas que hubo sobre Madrid, yo las he vivido con la sensación de que estábamos en 1936. Lo único que les faltaba a estas marchas para ser iguales que aquéllas era la invocación al Ejército. Lo demás, las quejas de que hay persecución religiosa, era como de 1936. Es inaudito, porque no existe por ningún lado persecución religiosa en este país. Si algo hay, es un déficit en la aplicación de la Constitución. La aconfesionalidad del Estado no se ha aplicado completamente. La Iglesia ha estado siempre detrás de la derecha española. Si en ese congreso del PP hubieran colocado a Ruiz-Gallardón a la cabeza del partido, habría pensado que había cambiado algo en él. Pero Gallardón sigue siendo la guinda de un pastel incomestible. Eso es lo que estamos pagando: los uno o dos siglos de retraso que llevamos con el resto de Europa.

P. ¿No es el terrorismo de ETA lo que nos coloca fuera de este siglo?

R. Sí, evidentemente. El terrorismo de ETA es una reminiscencia del pasado. Algo que podía entenderse, no justificarse, frente a Franco, pero frente al sistema democrático es incomprensible.

P. Es además una fuente de crispación, como lo hemos visto con la salida en libertad del etarra Iñaki de Juana Chaos.

R. Como persona, De Juana es un terrorista, y un desgraciado, pero ha cumplido su condena. Si vuelve a delinquir, tendrán que juzgarle de nuevo. Pero si no lo hace... tendrán que dejarle. Ha cumplido 21 años de prisión. A mí, a veces, me sorprende escuchar que 21 años de prisión no son nada. Cuando es algo trágico. La vez que más he estado en la cárcel ha sido un año y medio, y sé que 21 años es mucho. Este hombre ha pagado según las leyes y no me parece inteligente convertirle en un mártir.

P. Usted defiende con frecuencia al nacionalismo catalán y al vasco, e incluso ha quitado hierro al plan soberanista del *lehendakari* Ibarretxe que tantos disgustos le está dando al Ejecutivo.

R. Me parece que hubiera sido más inteligente tomar en consideración en el Congreso ese plan y eliminar esos elementos soberanistas. Así se habría desarmado a muchos de los más radicales separatistas. La solución a esos problemas exige una finura política y una audacia que desarme. El propio Ibarretxe cree que la mayoría de los vascos no quiere la separación.

P. Puede que de momento no, pero su pulso con el Estado es un mal precedente y enrarece la atmósfera política.

R. O aceptamos convivir con esos problemas y buscarles solución, o tendremos que volver a la dictadura.

P. ¿No se le puede pedir al *lehendakari* Ibarretxe algo más de sentido de Estado? ¿Le parece sensato plantear esa consulta cuando en el País Vasco no existe libertad democrática porque no ha cesado la violencia de ETA y de su entorno?

R. La forma de superar esa cuestión es discutirla en el Parlamento. De todos modos, a mí el que me preocupa es el nacionalismo español. Es el peor.

P. ¿Por qué es el peor?

R. Todo el mundo tiene derecho a defender sus ideas. No vaya a caer usted en la simpleza de pensar que yo aplaudo al nacionalismo vasco o al catalán, no. Yo los respeto. Pero el nacionalismo español es el que ha dominado durante los 40 años de dictadura de Franco. Y si miramos atrás, aparte del breve paréntesis de la República, hay siglos de monarquía autocrática en España.

P. ¿Es un problema entonces sentirse español?

R. No, yo me siento muy español y he contribuido a que la bandera nacional sea la bandera de siempre. Pero mire, en Estados Unidos, el presidente Bill Clinton aprobó una ley que consideraba que la quema de una bandera americana no era un delito. ¿Por qué en España lo es?

P. Parece una cuestión anecdótica, teniendo en cuenta las enormes diferencias que hay entre ambos países.

R. Enormes, desde luego, aunque tenemos que procurar parecernos a un país moderno.

P. Según usted, entonces, la pelota está en el tejado del Gobierno central, y no hay cerrazón en el nacionalismo vasco.

R. Lo que pienso es que el Gobierno central tiene más poder y tiene más posibilidades de actuar. Tiene el Ejército.

P. Le veo bastante en sintonía con Ezker Batua, el partido hermano de Izquierda Unida.

R. No. Me han invitado muchas veces a participar en encuentros y no he querido asistir porque no siento identidad con esa formación.

P. El PNV le entregó un premio importante hace unos meses, el de la Fundación Sabino Arana, un premio que comparte usted con un gran amigo de ese partido, el ex presidente italiano Francesco Cossiga, democristiano para más señas.

R. No lo sabía. Pero mire, el PNV ha sufrido transformaciones muy profundas. Hoy no es un partido confesional.

P. Bueno, la Iglesia vasca está muy próxima al nacionalismo vasco.

R. Igual que la Iglesia española al nacionalismo español. Quizá menos. Los cambios en el PNV han sido muy serios.

P. Se habrá dado cuenta de que no he mencionado la matanza de Paracuellos, ocurrida en 1936. Es una pregunta que siempre le hacen los periodistas, ¿no?

R. Es una obsesión morbosa. Espero que usted me dé pruebas de que no la padece.

P. Es que usted siempre contesta lo mismo, que no estaba al corriente de los hechos. En aquel noviembre de 1936 tenía 21 años y estaba completamente implicado en la guerra. ¿No tiene, a veces, un sentimiento de culpa? ¿No lamenta que le tocara vivir aquella etapa terrible?

R. No. Estoy orgulloso de haber pertenecido a una generación que pudo defender a la República, a la democracia, que dio su vida por el futuro de España.

P. ¿Qué les diría a los jóvenes de la *kale borroka* que también creen que hacen lo mejor?

R. La violencia es inaceptable en el sistema democrático cuando no hay una amenaza a ese sistema, cuando con el voto pueden defenderse todas las ideas.

“Es triste que el heredero del PCE-EPK sea Ezker Batua

Miradas sobre Euskadi

Nacido en el seno de una familia obrera, Santiago Carrillo, (Gijón, 1915) comenzó a militar a los 14 años en la Juventud Socialista. Trabaja de periodista en la redacción de El Socialista y desempeña un papel importante en las JSU durante la Guerra Civil, que finaliza como miembro de la Junta de Defensa en Madrid. En 1939 inicia su largo exilo y es nombrado ministro del Gobierno republicano de José Giral. En 1960, el VI Congreso del PCE lo elige secretario general, cargo que ocupa hasta finales de 1982. Tras regresar en 1976 clandestinamente, consigue la legalización del PCE el Sábado Santo de 1977. Diputado en las Cortes Constituyentes y en las ordinarias de 1979 y 1982, tiene una activa participación en la elaboración de la Constitución. Hoy está considerado una

figura histórica del movimiento comunista internacional, y una de los personas relevantes de la transición.

ANDER LANDABURU -10/11/2008

La relación de Santiago Carrillo con el País Vasco se inició hace más de setenta años, cuando el joven dirigente de las Juventudes Socialistas se traslada a Bilbao, por primera vez, para participar en un tenso mitin en la capital vizcaína. Desde entonces, el que se convertiría más tarde en el secretario general del PCE durante 22 años, y en uno de los históricos dirigentes comunistas, ha mantenido estrechos contactos con políticos y organizaciones vascas, incluida ETA. Bien en sus largos años de exilio con el Gobierno vasco de José Antonio Aguirre, y dirigentes del PNV, como con militantes del Partido Comunista de Euskadi (PCE-EPK), o bien en sus años de la transición, durante los cuales tuvo una participación activa en la elaboración de la Carta Magna de 1978, Carrillo cuidó esa relación fluida con los vascos.

Hoy, a sus 93 años, y fuera de las justas políticas parlamentarias y de partido, rememora todos esos años con evidente humor, indulgencia y a veces aprecio hacía los líderes políticos vascos. EL PAÍS inicia con él una serie de encuentros mensuales con veteranos líderes políticos como Manuel Fraga, Gregorio Peces Barba, Felipe González, Manuel Chaves, Jordi Pujol, Miguel Herrero de Miñón o Alfonso Guerra, en las que repasarán sus vivencias y relaciones con Euskadi.

España, se arranca Carrillo, era el primer país donde jóvenes socialistas y comunistas se unían en una sola agrupación, las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), y la publicación del acuerdo había suscitado enorme entusiasmo entre los trabajadores de muchas zonas del país. “Para informar de aquel pacto, que

consideramos como histórico, me trasladé en marzo de 1936 a Bilbao y junto a dirigentes socialistas y comunistas de la juventud vasca, organizamos un mitin que rápidamente fue reventado de forma contundente y pistola en mano por jóvenes prietistas, dirigidos por Luis Lascurain. No hubo forma de impedirlo. Estábamos en el periodo de máxima tensión entre partidarios de Indalecio Prieto y partidarios de Largo Caballero. Muchas veces la política se hacía a tiro limpio. Sin embargo, y después del incidente de la mañana de aquel domingo, una osada y tensa visita al Círculo Socialista, y la posterior charla con Santiago Aznar y Fulgencio Mateos, permitió un sensato desenlace. Se impuso el buen sentido, no hubo tiros, se pactó una posterior reunión y nos fuimos a Santurce a comer sardinas en el muelle".

Según confiesa hoy, seis décadas más tarde, esa movida jornada se convirtió en su primera experiencia en estas tierras, su "bautismo vasco". Una relación con Euskadi que pocas semanas después iba a reanudarse el estallido de la Guerra Civil. El 17 de julio estaba en París y se entera de la sublevación militar en tierras africanas. Ese mismo día Carrillo, Pepe Laín y Trifón Medrano deciden coger el tren en dirección a Irún, con intención estar cuanto antes en Madrid.

"Al llegar a San Sebastián aquel 18 de julio no teníamos ni idea del alcance del golpe militar. Conseguimos un coche y nos lanzamos a la empresa de atravesar Castilla hasta la capital. No éramos conscientes del peligro, y los fachas estuvieron a punto de cogernos más de una vez. Tuvimos que desistir, y regresamos al País Vasco con la idea de quedarnos unos días". Se entrevistaron con Juan Astigarrabia, el secretario general del PCE de Euskadi. Muy enfrentado al Comité Central del partido, el futuro consejero del Gobierno vasco no les recibe con mucha simpatía y les informa que el frente necesita refuerzos, tras un duro bombardeo sufrido por la localidad de Ochandiano por parte de aviones de los alzados

procedentes de Vitoria. Esa misma tarde un coche les traslada a la zona, y de allí a los montes de Ubidea, para incorporarse al batallón de Fulgencio Mateos, cuyo ayudante era el joven Lascurain, el *reventador* del mitin, con quien Carrillo mantendrá desde entonces una excelente relación.

Esa experiencia militar de Carrillo no fue ni muy gloriosa ni muy excitante. "La vida en aquel frente, durante las semanas en que permanecimos allí, fue más bien monótona. Subíamos al amanecer a las trincheras de Ubidea y al anochecer descendíamos a algún caserío o barracón. Como en África, no se combatía de noche. Y como no había hecho la mili, era un simple soldado raso. Lo peor eran las guardias, y hoy puedo confesar que tampoco fui muy buen centinela. Al ser miope llevaba gafas y las numerosas noches de lluvia se convertían en una tortura. No veía ni oía nada, porque además, con el ruido del viento y de las hojas de los árboles, era imposible discernir el acercamiento de cualquier patrulla enemiga. Sin embargo, al final aprendí a dormir de pie. Fue un mes relativamente tranquilo, si descartamos algunos ataques de aviación que causaron pocas bajas".

Pasado este corto periodo de prueba, Fulgencio Mateos comunicó a Carrillo y sus dos compañeros que se habían recibido instrucciones de Madrid pidiendo su traslado a la capital. El futuro secretario general del PCE tardará cuatro décadas en volver a Euskadi. Sin embargo, durante los terribles años de la Guerra Civil y de la contienda mundial, continuará, aunque a veces de forma esporádica, manteniendo contactos tanto con sus camaradas comunistas vascos como con el Gobierno vasco en el exilio. De ese largo paréntesis, alimentado por una intensa actividad internacional, recuerda con especial emoción aquel almuerzo de mayo de 1945, en un restaurante de París, con el que celebró el final de la II Guerra Mundial junto al *honorable* Josep Tarradellas, Pasionaria, el *lehendakari* José Antonio Aguirre y un representante del PNV. "Era

la época en la que todavía manteníamos a Leandro Carro como consejero en el Gobierno vasco. Personalmente, siempre tuve unas excelentes relaciones con Aguirre, aunque con Leizaola nunca llegué a simpatizar", apunta.

Meses después, Carrillo es nombrado miembro del Gobierno Republicano en el exilio de José Giral y amplía esos contactos con el representante del PNV, Manuel Irujo, con el que compartió muchas iniciativas y alguna que otra merienda en casa del político navarro y ex ministro de Justicia de la República. "Era un hombre formidable".

Sin embargo, esas buenas relaciones se verán algo enturbiadas con la ruptura entre los partidos republicanos del exilio y a raíz de la salida del PC de Euskadi del Gobierno vasco, durante el verano de 1948, después del Pacto de Bayona. "La expulsión de Leandro Carro del Ejecutivo vasco es debida a la política aliada de echar a los comunistas de los gobiernos europeos, como ocurre en Bélgica. Pero también a la contundente petición del PSOE, en la que este partido reafirmaba su incompatibilidad con los comunistas, mientras el PNV la justificaba con consideraciones de "eficacia política". Pese a ello, Carrillo nunca romperá las relaciones con el PNV. "En todo ese periodo el contacto nunca llega a perderse, y cuando nos encontramos en Paris, el trato es amistoso. Los vascos tienen un carácter especial y la relación personal y de amistad está por encima de los partidos y de las ideologías. Eso lo comprobé, sobre todo, en esa época". Esas relaciones a nivel personal con el PNV no impedían el trabajo de Carrillo con su partido en Euskadi o con los dirigentes vascos del PCE. En primer lugar, con Dolores Ibarruri, porque permanecen juntos en París hasta agosto de 1948, cuando *Pasionaria* cae enferma y se traslada a Moscú, en donde residirá hasta su regreso a España en 1977; pero también con Vicente Uribe, o con Ramón Ormazabal, futuro líder en Euskadi. "Ramón era

muy tosco y muy duro, como la mayoría de esos comunistas vascos".

Después de un largo periplo por Argentina, Cuba, México, Marruecos y Argelia, Carrillo regresa a Francia y con Ormazábal intenta reestructurar algo del aparato comunista en Euskadi. Un embrión muy débil, víctima de numerosas detenciones debidas al paso de frontera de algunos *comandos.* "Incluso intentamos montar una guerrilla en Euskadi después del fracaso de la expedición del Valle de Arán. No tuvimos ningún éxito. La situación no estaba madura, aunque intentamos instalarnos en la zona de Rentería. Pero la población no estaba por la labor".

La brutal represión quebró toda posibilidad de asentamiento serio de una guerrilla y en 1948 la acción armada era arrinconada definitivamente en Euskadi por la dirección del PCE. La realidad impuso una nueva estrategia en la que Carrillo participó muy activamente. Se trataba de integrar a esa gente en los comités políticos e infiltrarse, en el más puro estilo leninista, en las organizaciones de legales en el franquismo.

Desde 1944, Santiago Carrillo reside en Francia, donde tiene su base. Durante un largo periodo vive clandestinamente, cuando el Gobierno galo ilegaliza al PCE. La década de los 50 causa un trauma enorme en las filas del Gobierno vasco en el exilio y el PNV, que ven cómo EE UU les deja en la cuneta y prefieren preservar sus intereses con Franco. "Aguirre estaba hundido y sufrió mucho por esa traición". Es también el inicio de un embrión llamado ETA y de la llegada a París de los primeros refugiados de una organización a la que nadie anticipaba un futuro tan macabro. "Nuestros primeros contactos serios [con ETA] se producen a raíz del Juicio de Burgos, en 1970. Movilizamos a toda nuestra gente y el clamor antifranquista se percibe en todas las capitales del mundo para protestar contra las condenas a muerte. Pero no éramos partidarios de la lucha

armada, por considerarla ineficaz, y creíamos, sin embargo, en la posibilidad de una fusión de los comunistas vascos con gente de ETA, que permitiese crear en Euskadi una organización parecida al PSUC de Cataluña. Tuvimos muchas discusiones y, más tarde, un grupo importante de ex etarras, los llamados *minos,* terminó integrándose en el PCE-EPK, entre ellos Roberto Lertxundi. Era gente muy maja, y con mucho entusiasmo. Nuestra relación con ETA la concretábamos a través de un camarada vasco exiliado, Manolo Escobedo, y duró algún tiempo".

Hace unos meses, treinta años después, Carrillo pensó como mucha gente que la última tregua de ETA podía conducir a una posible solución del drama vasco, y que era necesario apoyar la iniciativa del Gobierno de establecer un diálogo con la organización terrorista. A pesar de anteriores experiencias fallidas, el ex secretario general del PCE está hoy convencido de que esa nueva oportunidad había que aprovecharla, pero que no se hizo adecuadamente. "A la tregua de ETA habría que haber respondido con hechos concretos, como el freno a la acción policial por parte del Gobierno para ayudar a los que dentro de ETA querían la paz, y *trabajar* el colectivo de presos y su entorno familiar, así como ofrecer la recolocación de los clandestinos etarras para que puedan reintegrase en la vida legal, aunque eso costase dinero. Programarlo con mucha discreción, haciendo ver a los presos que la única manera de salir de la cárcel es la paz. [El ministro de Interior de UCD que negoció la disolución de ETA p-m, Juan José] Rosón lo hizo y sabía de eso".

Reconoce que en este momento la situación está bloqueada por la ruptura de la tregua por parte de ETA y la nueva escalada de atentados. No obstante, también percibe que la organización está más débil y en proceso de degeneración evidente, pero que aún puede durar mucho tiempo. Él siempre estuvo en contra de la Ley de Partidos y considera un error la ilegalización de Batasuna,

porque cree que hay que mantener la posibilidad de diálogo con los legales.

Sus críticas también se dirigen hacía el PNV, del que afirma que no ha hecho todo lo que podía y se ha escorado hacia un peligroso soberanismo, que Josu Jon Imaz intentó corregir volviendo al pragmatismo de los históricos dirigentes que él conoció. “Tenía mucha simpatía por Arzalluz, al que conocí durante las Cortes Constituyentes, y congeniamos bastante. En esa época nos intercambiábamos puros por champán. Ahora hace tiempo que no nos hablamos, pero creo que ha involucionado, lamentablemente”.

Pese a su decepción por ese giro, Carrillo sigue considerando al ex líder peneuvista un político inteligente y honrado. “Es una de las relaciones que lamento haber perdido. Le tenía estima, y le tocó lidiar con otros dos nacionalistas, estos españoles, como el jacobino Alfonso Guerra y José María Aznar, el de ‘España se rompe”. En su opinión, la radicalización de un sector importante del PNV y del lehendakari *Ibarretxe* rompe con la idea del Frente Autonómico, que pusieron en pie Juan Ajuriaguerra y Ramón Rubial, y la salida de Imaz incrementa la lucha por la hegemonía entre el partido y el *lehendakari.* “Para mí, y creo que para mucha gente, en Euskadi no hay más solución que el pacto entre el PSE y el PNV en este momento”.

En 2004, y en plena campaña electoral, Carrillo hizo el papel de intermediario entre Ibarretxe y el entonces candidato socialista, José Luis Rodríguez Zapatero. En una conversación con el *lehendakari* en Vitoria, éste le comentó que estaba dispuesto a firmar con el futuro presidente una declaración a favor de la unidad del Estado español y le pidió que se lo trasladara al líder socialista. Carrillo vuelve a Madrid y Zapatero le comunica su acuerdo, y promete mandar a Ajuria Enea a un *cocinero* para preparar la fórmula. “Pero ahí se cruzó [Alfredo Pérez] Rubalcaba y se paró el asunto. Me

dejaron en una posición ingrata frente a Ibarretxe". Con sonrisa pícara, el viejo comunista afirma hoy que al *lehendakari* le mira con aprecio. "Es curioso, le tengo cierta ternura, y nos queremos. Creo que es una buena persona, pero corto de entendimiento político, y más testarudo que una mula".

Respecto a su viejo partido y a los *restos* del PCE-EPK en Euskadi, se muestra "apenado" por su inexistente presencia en la sociedad vasca. "Es triste que el heredero del PCE sea IU, y en este caso EB, que no tiene nada que ver con lo que fuimos, con nuestros aciertos y nuestros errores. Madrazo y sus muchachos no tienen ideología, sólo aspiran a tener cargos públicos, sin ningún debate ideológico y estratégico de izquierdas. ¿Dónde están los viejos camaradas como Tueros o Latierro? A algunos los apartaron, y otros se han ido hacia la derecha, coincidiendo objetivamente en la práctica con el PP, o trabajando para la FAES. Y eso también ha provocado crisis personales e ideológicas".

“No imaginábamos una guerra”

75 años después

Santiago Carrillo, exlíder del PCE, pensó que el golpe se aplacaría “en días” y achaca el largo conflicto bélico a Alemania e Italia

NATALIA JUNQUERA - 17/07/2011

El 18 de julio de 1936 Santiago Carrillo, que con 21 años era dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas, llegaba a Irún desde París para afrontar una sublevación que ya esperaba y que confiaba se resolvería en días. “Sabíamos que la iba a haber, pero pensábamos que con la fuerza pública, las milicias y las tropas regulares se aplacaría pronto. No imaginábamos que aquel día empezaba una guerra civil de tres años”.

Carrillo se unió a un batallón de voluntarios que iba a Aguilar de Campóo (Palencia) y después, a otro de comunistas y socialistas dirigido por el socialista vasco Fulgencio Mateos en el frente de Ochandiano (Vizcaya). “Fuimos a reforzarlo porque tras el primer bombardeo franquista se había producido allí una desbandada de republicanos”, recuerda el exdirigente del PCE, que ha cumplido ya los 96. “Pasé por muchos bombardeos y tiroteos, pero no me hirieron. Yo no había hecho el servicio militar, no sabía ni palabra del ejército, ni de estrategias. Hice mis guardias, y disparé, pero no mucho porque en Euskadi hubo más bombardeos que combates”. Más tarde fue comisario político en el Batallón Largo Caballero y en el Octubre: “Tenía una pistola, pero mi función era básicamente la

de alentar a la gente". Carrillo asegura que en un bombardeo en Navalperal de Pinares (Ávila) impidió que los milicianos mataran a siete soldados de Franco que habían capturado: "Eran rifeños. Aquellos moros me parecían altos como casas".

Cuenta que donde más terror vio fue en Madrid. "El Gobierno huye el 6 de noviembre a Valencia y los generales franquistas empiezan a decir que Madrid va a ser liberado por las cuatro columnas del Ejército de África y la quinta oculta en la ciudad. Y cunde el pánico. La gente con miedo hace muchas barbaridades y hubo quien salió a la calle a matar a fascistas que conocían". Y añade: "La diferencia entre los excesos en Madrid esos días y la represión de Franco es que Franco no reprimió solo durante la guerra y para defenderse. Seis años después seguía sacando a gente de la cárcel para fusilarla".

Preguntado por la matanza de Paracuellos, Carrillo responde: "Yo me enteré después porque me lo contaron diplomáticos extranjeros que estaban en Madrid. Miaja y yo habíamos decidido trasladar a Valencia a los militares presos en la cárcel Modelo porque las tropas franquistas estaban a 200 metros de la prisión y, o sacábamos a los presos de allí o los hubieran liberado y perdíamos Madrid. En el traslado, fuera de mi jurisdicción, atacaron al convoy. Nadie sabe exactamente quiénes fueron y los milicianos antifascistas que les custodiaban no hicieron lo que tenían que hacer: jugarse la vida y defenderles. Pero ni Miaja ni yo ordenamos nada semejante".

Para Carrillo su peor recuerdo de la guerra se refiere a las semanas finales: el llamado golpe de Casado, cuando un grupo de anarquistas y socialistas se rebeló el 5 de marzo de 1939 contra el Gobierno de Juan Negrín para negociar la inminente derrota republicana. "Me dolió horrores que mi padre participara en la Junta

de Casado por el Partido Socialista de Madrid", confiesa. Carrillo se enteró ese mismo día de la muerte de su madre.

Está convencido de que "sin el apoyo de Alemania e Italia a Franco, la sublevación no habría derivado en Guerra Civil y en cualquier caso, la habría perdido". Hoy, 75 años después del golpe militar, cree que "en España todavía hay algunos nostálgicos que defienden a Franco y la sublevación y los nostálgicos son peligrosos. En el mismo Partido Popular, por ejemplo, aún hay quien no ha roto del todo con el franquismo".